

UNIVERSIDAD DEL ACONCAGUA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TESIS DE MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS

“LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS”

Lic. Silvia Elsa Arsac

Directora: Lic. María Cristina Brandi

Mendoza, Septiembre de 2010

HOJA DE EVALUACIÓN

TRIBUNAL EXAMINADOR:

PRESIDENTE:

VOCAL:

VOCAL:

PROFESORES INVITADOS:

NOTA:

AGRADECIMIENTOS

-A la memoria de mi padre, que estimuló en sus hijos la curiosidad intelectual y en cuya biblioteca encontré los primeros textos de Freud que leí siendo adolescente.

-A mi madre, que siempre encaró el trabajo con alegría y buen humor.

-A Raquel, mi hermana, una presencia constante de afecto solidario y generoso.

-A Nello Cucchi, a quien prefiero llamar con la bella expresión francesa 'beau frère', cuyos actos contribuyeron a crear un entorno de tranquilidad.

-A Mario Cucchi, mi marido, compañero de siempre, con quien hemos encarado la tarea más importante, formar una familia. Su respeto y valoración por mi trabajo ha sido un sólido apoyo cotidiano.

-A mis hijas, que me enseñaron a un mismo tiempo el orgullo y la humildad.

-A mis nietos, que llenan mis días de ternura y alegría y me permiten recuperar el asombro por las pequeñas cosas cuando miro la vida desde sus ojos.

-A Hilda Karlem, que ofrece una enseñanza seria y rigurosa de Freud y Lacan.

-A Nilda Bistué, que perseveró en ayudarme en la elaboración del proyecto hasta que pude verlo.

-A Cristina Brandi, que se entusiasmó con el tema elegido y supo tolerar mis tiempos de comprender.

-A mis maestros, en especial a Gladys Díaz, que acompaña mi formación desde mis primeros años de facultad. Compartí con ella momentos afectuosos y fértiles al intercambiar reflexiones en torno a los temas que abordo en esta tesis. Le debo además que propiciara el momento de concluir.

-A mi analista, que me mostró que la ética del psicoanálisis es posible y aceptó encarar conmigo el desafío esforzado y apasionante de la travesía de analizante a analista.

-A los colegas que asisten a los grupos de estudio que coordino.

-A Ana Laura Rodríguez, que me estimula y distingue con su amistad y respeto.

Soy afortunada, es una larga lista. Todos ellos me han ofrecido sus dones, intento hacerlos míos.

ÍNDICE

-RESUMEN	6
-ABSTRACT.....	7
-INTRODUCCIÓN	8
-CAPÍTULO I: FREUD Y LA ÉTICA	13
-CAPÍTULO II: 'DESIDERO ERGO SUM'	22
-CAPÍTULO III: LACAN Y SU FORMULACIÓN: "LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS.....	31
-CAPÍTULO IV: SABER LO QUE NO SE SABE	45
-CAPÍTULO V: LO CONTINGENTE QUE SE VUELVE NECESARIO: VERDAD	53
-CAPÍTULO VI: LA PRODUCCION DEL OBJETO <i>a</i> : ALIENACIÓN Y SEPARACIÓN	67
-CAPÍTULO VII: EL DESEO QUE ANIMA AL ANALISTA: UN LUGAR VACIADO DE GOCE	80
-CAPÍTULO VIII: DESDE DONDE Y COMO INTERVIENE EL ANALISTA: POSICIÓN Y DISCURSO	93

-CAPÍTULO IX: CONCLUSIONES	107
-BIBLIOGRAFÍA	119
-ANEXO: MAPAS MENTALES	124

RESUMEN

Este trabajo se ocupa de la ética del psicoanálisis que, aún sin estar formulada como concepto en Freud, se desprende del modo en que trabaja, de la teoría que elabora y del método que diseña como adecuado a los fines que persigue.

En cada concepto se considera tanto el aporte freudiano, cuanto el trabajo que a partir de ese punto realiza Lacan. Este último se sirve de las contribuciones de ciencias nuevas y de los avances de otras ya consolidadas, los toma y usa con libertad para construir niveles nuevos de formalización de conceptos. Colabora así en impedir que el psicoanálisis quede reducido a una teoría que repita conceptos paralizados por sentidos sancionados de una vez y para siempre y a una práctica que sea aplicación mecánica de rituales.

De este modo se exponen las características de una ética solidaria a la función 'deseo del analista' y las implicaciones que tiene para analista y analizante. El psicoanalista debe asumir la responsabilidad de dirigir la cura operando en una posición y discurso que son los que corresponden para abordar al sujeto que, en psicoanálisis, no es óptico sino ético. En torno a este eje se jalonan los otros temas de este trabajo, el saber *a*-subjetivo del inconsciente, la verdad en relación con lo contingente y lo necesario y la producción del objeto *a* con relación a la alienación y la separación.

Lacan no permanece estéril, sometido a la sombra de un ideal sin falta, ni reniega de lo que hereda, tiene por Freud un 'amor hereje'¹, toma con respeto y reconocimiento los dones que recibe del padre del psicoanálisis, pero no teme avanzar más allá de él. Asume por esto, las consecuencias de sus actos, así como Freud asumió las consecuencias de los suyos.

¹ Utilizo las denominaciones que propone Marta Gerez Ambertín (Cf. "Entre deudas y culpas, sacrificios"), y que, expresan de modo luminoso los diferentes modos de posicionarse frente al padre.

ABSTRACT

This work deals with the ethics of psychoanalysis which, although was not explicitly elaborated as a concept by Freud, follows from his working style, the theory he develops and the method he designs as appropriate to accomplish his purposes.

For each concept that is discussed both the freudian thought as the takens of Lacan about it, are considered. This author uses the contributions of new sciences as well as advances in already consolidated ones, and elaborates upon them freely to construct new levels of concept formalization. Thus he contributes to avoid the reduction of psychoanalysis to a theory that reiterates concepts, staled by meanings sanctioned once and for all, and to a practice which applies stereotyped rituals.

In this way, the characteristics of an ethic which corresponds to the “analyst’s wish” function are delineated, as well as its implications for both analyst and analysand. The psychoanalyst must take responsibility for guiding the cure by taken a stand and a discourse appropriate to approach the subject who, in psychoanalysis, is ethic, non ontic. Around this axis, the other topics of this work are vertebrated, the a -subjective knowledge of the unconscious, the truth related to the contingent and the necessary and the production of the a object as it relates to alienation and separation.

Lacan does not remain barren, bowing at the shadow of a faultless ideal, nor does he renegates of his inheritance. He has a ‘heretic love’² for Freud; he takes with respect and recognition the gifts he recibes from psychoanalysis’s father, but is not afraid to go beyond him. He assumes for this the consequenses of his acts, as Freud assumed the consequences of his.

² I use the denominations that Marta Gerez Ambertín proposes (Cf. “Among debts, guilts and sacrifices) that express in a luminous way the different positions taken in front of the father.

INTRODUCCIÓN

El conocimiento y respeto de la ética del psicoanálisis es un tema de importancia fundamental para quien pretenda dedicarse a esta práctica, ninguna erudición teórica disculpa su desconocimiento. Da cuenta de la lógica inherente a una teoría y una práctica distintas de cualquier otro abordaje y justifica el que se hable de una ética que le es propia. En torno a ella se gestan o se precisan, según los casos, conceptos que permiten seguir pensando y produciendo.

El planteo de Freud es novedoso: no se ubica a priori como dueño del saber acerca de lo que aqueja al paciente o de cómo debería conducir su vida. Vuelve a postular como punto de partida algo que empezaba a abandonarse en la práctica médica, la escucha. Descubre así que el conflicto que perturba a quienes lo consultan es moral. Repudian sus deseos, pero no consiguen librarse de ellos, de modo que mantienen vivo el conflicto de no desear de acuerdo con lo que se 'debe'. Propone, a partir de ahí, una clínica del deseo que da lugar a una práctica regida por una ética propia. Se hace receptor del sufrimiento de los sujetos sometidos al imperativo kantiano que los conmina a una moral sin concesiones y los enfrenta al mandato de dominar a voluntad deseos que, no obstante, se niegan a la domesticación de la razón. Escucha los estragos causados por el sometimiento riguroso a los mandatos morales y la paradoja de que, por esa vía, la exigencia y la culpa aumentan. Sin embargo, no se le escapa que tampoco la alternativa de una libertad irrestricta, consigue apaciguar el conflicto moral.

En consonancia con ese descubrimiento, estipula un modo específico de proceder para quien pretenda atender ese padecimiento: neutralidad y abstinencia, es decir, no tomar partido en el conflicto, no postular guías para la vida, no dirigir al paciente. Freud entendió que ningún bien soberano regía en su clínica; ante cada paciente, estaba frente a un bien singular,

inconmensurable, postuló en consecuencia, una ética acorde a esa práctica, una ética para quien asuma como analista la responsabilidad de dirigir la cura. El psicoanálisis entiende que el sujeto está determinado por una falta en ser que es estructural y por la añoranza de un objeto que es mítico, reconstruido a posteriori. Es un ser de lenguaje y de deseo. Al no estar guiado por instinto hacia objetos predeterminados para la satisfacción de necesidades, deberá elegir y, en consecuencia, responder por sus actos, de ahí la afirmación de que el sujeto del que nos ocupamos en psicoanálisis no es óptico (no podemos decir qué es, ni tampoco qué no es), sino ético.

Lacan dedica el Seminario del año 1959-60 a formular como concepto “La ética del psicoanálisis”. A partir del estudio de la clínica freudiana, concluye que se trata de una ética del deseo. Entiende por ética el juicio y la medida de nuestra acción. Afirma que el psicoanálisis es una experiencia simbólica que nos enfrenta con lo real. Plantea que se enfrenta la encrucijada ética de si se quiere lo que se desea, una opción entre el bien y los bienes. Cualquiera sea la opción elegida, siempre implica un pago, pero sólo retrospectivamente se sabe cuál fue el precio.

En el desarrollo elegido para este trabajo, retomo otro aporte revolucionario de Freud, el de darle valor dinámico a lo no sabido por medio de la asociación libre. El yo no tiene sino un conocimiento de sucesos, de fenómenos, de contingencias y, en transferencia, se apunta a producir el saber *a*-subjetivo del inconsciente, cuyo punto límite es su misma incompletud.

En psicoanálisis no hay relación causa-efecto, la correspondencia es retroactiva, del efecto a la causa, expresado en el ‘no... sin’ como imposibilidad lógica. Lo contingente se vuelve entonces necesario y adquiere estatuto de verdad. La verdad no es del acontecimiento, por lo tanto, no se verifica. La verdad es del lenguaje, del significante, es ‘valor’ de verdad y no tiene sentido sino en relación con el sujeto y la palabra. Aparece en los actos fallidos, en las falsas apariencias, en el error. Es el caso del axioma fantasmático, connotado como verdad, y que constituye un velamiento de lo real. Lacan afirma que la

verdad se interpone entre el saber y lo real, es lo que le falta al saber para llegar a lo real.

También tomo el concepto de objeto a que introduce Lacan. En la constitución subjetiva las operaciones que intervienen son la alienación y la separación, producto de ellas surge un $\$$ y aquello de lo que quedó mutilado, el objeto a ; desarrollaré la afirmación de que el 'je' no es sino un vacío.

Con respecto al modo de conducir la cura, Lacan retoma y formaliza los 'Consejos' que Freud fue dando a lo largo de los años. Parte de que, en su práctica, el analista no está como sujeto, sino que introduce la función 'deseo del analista'. Características de esa función son la docta ignorancia, el escepticismo pirroniano y la ironía socrática; un dejarse engañar y ser dócil a las ficciones de lo inconsciente. Recursos indispensables para el analista por la índole de su tarea y de su objeto, dado que no hay marca de la verdad, ni universal del 'bien decir' y se opera con la pérdida.

Lacan aborda también las consecuencias éticas que acarrea la relación con el inconsciente, afirma que el analista paga por su función con interpretaciones, con su persona y con un juicio sobre la propia acción, con la particularidad de que las consecuencias de sus actos se conocerán a posteriori, por sus efectos. El imperativo freudiano que Lacan trabaja reiteradamente, 'Donde ello era, yo (sujeto) debo advenir', indica cuál es la ubicación que le corresponde al analista. Lo previene: no deslumbrar, someterse a la ética del 'bien decir' y respetar los tiempos lógicos: instante de ver, tiempo para comprender, momento de concluir.

La tarea de dirigir la cura la planteo en relación al discurso del analista. Otro aporte importante de Lacan, que formaliza la organización de los lazos sociales como cuatro discursos propuestos para pensar lo individual como estructura, despojándolo de la connotación imaginaria y acentuando las relaciones formales y no el contenido. A diferencia de las teorías de la comunicación, Lacan sostiene que se habla impulsado por una verdad desconocida, en consecuencia, el agente solo lo es en apariencia, y habla-demanda al otro. La

palabra es imperativa, pero entre agente y otro la relación es imposible (en Freud: educar, gobernar, analizar). No obstante, no deja de intentarse conseguir una producción que de en el blanco de la verdad y haga cesar la demanda. Sin embargo, el goce está prohibido, todo lazo deja siempre un resto, lo real que se desconoce. Sostiene Lacan, aunque suene paradójico, que el fracaso de la comunicación es su logro, ya que permite que se siga hablando.

En las conclusiones he elegido una premisa, tres ejes y dos relaciones para desarrollar las reflexiones:

-Parto de esta premisa: **El sujeto del que se ocupa el psicoanálisis no es óntico, sino ético**, la teoría y la práctica deben, en consecuencia, adecuarse a su objeto. El sujeto se enfrenta al conflicto de no aprobar sus deseos, de no desear del modo que considera apropiado.

-El primer eje es el sintagma de Freud: **'Donde ello era, yo (el sujeto) debe advenir'**. En asociación libre y bajo transferencia, se articula en el discurso algo de la verdad del deseo inconsciente.

-El segundo eje, **Deseo del analista**, integra lo que se refiere a la función del analista y lo que implica la responsabilidad de dirigir la cura.

-El tercer eje se ocupa del **'O no pienso o no soy'**, elección forzada que plantea Lacan después de someter el 'Cogito, ergo sum' cartesiano a sucesivas transformaciones. Durante el proceso analítico tiene lugar el paso de la alienación a la verdad por medio de la operación transferencia, del 'soy y no pienso' al 'pienso y no soy'. El analista, que se presenta como semblante de a , acepta la sumisión a la ética del bien decir y el destino que le tocará asumir al final de la operación. Se cumple así la diferencia absoluta que se pretendía obtener, no quedar instaurado como ideal sino, por el contrario, ser abandonado como resto del proceso en el momento de concluir. Se establecen además, dos relaciones:

-El **Cambio de posición** que se ocupa de las relaciones que pueden indicarse en algunos de los momentos decisivos de la cura: la entrada en análisis, ante una verdad nueva y el paso de analizante a analista.

-el **Contrapunto**, entre el 'deseo del analista' como posición ética, con lo que he ubicado como su antípoda y que Lacan denomina '**canallada**'.

CAPÍTULO I

FREUD Y LA ÉTICA

Freud, a diferencia del modelo médico que imperaba en su época, hace un abordaje no mecanicista y plantea una clínica del deseo, esto determina la ética que rige su práctica. Parte de considerar que el placer y el dolor son inevitables en el hombre, sin embargo advierte que el principio del placer-displacer, que impone evitar el sufrimiento y el displacer, no puede asimilarse a las categorías de bien y mal.³ Así se plantean desde el inicio conflictos y paradojas en la relación del sujeto con el deseo.

Cuando Freud define la ética como limitación pulsional, en “Moisés y la religión monoteísta”⁴, en cierto sentido parece coincidir con Aristóteles (384-322 a. C.). Sin embargo, en Aristóteles se trata de un hombre ético en la medida en que retrocede frente a sus deseos y se gobierna a sí mismo. Hay diferencias fundamentales, en Freud no se trata del yo, sino del sujeto del inconsciente, y el placer en juego en el principio que formula, no es el concepto de placer de la antigüedad, no se trata de un placer que pueda ser domesticado con argumentos de la razón. Además, el ser humano, a partir del psicoanálisis, debe renunciar a la ilusión de que se gobierna a sí mismo.

El principio del placer freudiano no puede realizarse de modo acabado, al contrario del placer del que habla la moralidad antigua. Por eso es que Freud, entiende el fracaso inevitable de este principio, y plantea su realización en la alucinación onírica y no en la acción en el mundo. Para dar cuenta de la cantidad que el principio del placer no consigue reducir, introduce un nuevo principio: el de realidad, continuación del primero, que persigue la misma finalidad por otros medios. La diferencia es que este principio, para conseguir algún grado de realización en los hechos, toma en cuenta los datos del mundo

³ Cf. Miller, Jacques-Alain. *Patología de la ética*, en “Lógicas de la vida amorosa”. Buenos Aires. Manantial, 1991, pág. 114.

⁴ Cf. Freud, Sigmund. “Moisés y la religión monoteísta” (1939). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XXIII, pág. 114.

que le aportan los órganos de los sentidos y arbitra los medios para llevar a cabo lo que pretende. Ante la imposibilidad de reducir completamente las tensiones, la cultura propone la ética como modo de lograr menguarlas a través de la renuncia. A diferencia de la renuncia por imposición externa, la que se hace en forma voluntaria produce una ganancia de placer derivada de que el yo obtiene la satisfacción narcisista de merecer el amor del superyó por su sacrificio.

En las sociedades de la antigüedad, la moralidad se vinculaba con la razón y se refería sólo a los amos, no se pensaba en términos de 'para todos'. Regía una moralidad de la particularidad y, en ese sentido "*...el freudismo podría aparecer como más vinculado a la moralidad antigua que a Kant.*"⁵ En la antigüedad se trataba de andar bien consigo mismo sin considerar la responsabilidad de la propia acción en relación al todo.

Por oposición, Kant (1724-1804) plantea una moralidad que sacrifica el placer y obliga más allá de todo límite. El sujeto que debe pensar en todos, que se siente responsable de la humanidad, es producto de la ciencia. Ante la ruptura que implica Kant, aparece el psicoanálisis para soportar la demanda del sujeto por el sufrimiento de lo que va más allá del bienestar, de eso que no puede reducirse con el principio del placer.

Freud le devuelve la palabra a un sujeto al que la medicina de la época, soberbia de ciencia, empezaba a dejar de escuchar. Se privilegiaban los datos cada vez más 'objetivos' que ofrecía la técnica en detrimento del relato del modo particular en que cada uno vivía su padecer.

El sujeto tiene una relación de conflicto con su deseo, ya que prohibición y deseo son inseparables. La pulsión, que siempre insiste, puede encontrar satisfacción incluso en síntomas penosos, aun cuando el sujeto no se satisfaga con ellos; en otros términos, el displacer puede ser el camino que lleve hacia el

⁵ Miller, Jacques-Alain. *La ética en psicoanálisis*, en "Lógicas de la vida amorosa". Buenos Aires. Manantial, 1991, pág. 115.

placer, ambos están en continuidad y se pasa insensiblemente de uno a otro. Con esta concepción, el psicoanálisis enfrenta el problema de un modo completamente diferente al de los filósofos. No es lo mismo el deseo del que habla Aristóteles que el del psicoanálisis, el primero deja explícitamente de lado cierto tipo de deseos que califica de bestiales, impropios del hombre; por el contrario, Freud entiende que el sujeto debe dar cuenta también de ellos. En Aristóteles el deseo desvía de la orientación ética; Freud en cambio, reveló que, para el psicoanálisis, el deseo es justamente la brújula que indica el camino a seguir.

El imperativo que marca la entrada del paciente en análisis: *‘Donde ello era, yo [el sujeto] debo advenir’*, manda que donde impera el goce del ello, surja la palabra del sujeto, en otros términos, conmina al analizante a que acepte conmover la armadura yoica y enfrente la falta en ser. La postura ética particular del psicoanálisis implica abandonar toda pretensión de responder al analizante acerca de cual es su Bien, una posición de respeto por la particularidad de su deseo y de reconocimiento del límite del saber acerca de esa particularidad. El analista no toma como guía valores científicos, ideológicos, políticos o religiosos y no sabe acerca del Bien de ningún sujeto particular.

Hay escritos tempranos en los que Freud, al dejar de lado las ventajas relativas de la hipnosis, va perfilando con nitidez el procedimiento que la práctica le sugiere como más apto a sus fines. Al respecto aclara que *“...en el trato psicoanalítico muchas cosas discurren diversamente de lo que harían esperar las premisas de la psicología de la conciencia.”* Quien no tenga en cuenta esa diferencia y altere el procedimiento de la cura *“...abandona el terreno psicoanalítico y se aproxima a los tratamientos por sugestión.”*⁶ Cuando se refiere al modo de abordar los casos indica actuar *“...con ingenuidad y sin premisas”*, *“...no especular ni cavilar mientras analiza....”* y para conseguirlo, propone al analista dejar de lado *“...los afectos y aun su compasión humana...”*, para concentrarse en *“...realizar una operación lo más acorde posible a las*

⁶ Freud, Sigmund. “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XII, pág. 117.

reglas del arte."⁷ Como consecuencia, indica la "...exigencia de que todo el que pretenda llevar a cabo análisis en otros deba someterse antes a un análisis con un experto." Además alerta contra las tentaciones pedagógicas o terapéuticas y sugiere darse por satisfecho si el paciente "...ha recuperado un poco de la capacidad de producir y de gozar".⁸ Ante las dificultades que plantean las exigencias transferenciales del paciente, considera que se está en "...situación de sustituir la imposición moral por unos miramientos de la técnica analítica, sin alterar el resultado", se refiere a la actitud de abstinencia y de propiciar la continuación del trabajo analítico.⁹

De modo que la investigación freudiana conmueve los planteos éticos previos. Históricamente la ética se propuso responder al interrogante acerca de cuál es el Bien común a todo individuo. Intentó establecer una ley universal de la acción más allá de las diferencias de época, contexto o personas, que ofreciera una guía para la vida a cambio de la promesa de bienestar, incluso de felicidad o, aún más, garantía de bienaventuranza eterna. Freud, por su parte, vincula deseo y moral, claro que el deseo en Freud adquiere una significación propia diferente a la filosófica. En "Proyecto de una psicología para neurólogos" afirma que "...el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos nuestros motivos morales",¹⁰ tema sobre el que vuelve en el Capítulo VII de "La interpretación de los sueños".

El humano, no regido por el instinto por estar inmerso en un universo de lenguaje, es un ser de deseo, dimensión inseparable de la ética. A partir del desvalimiento inicial, que hace que toda demanda sea demanda de amor y que el mal sea equivalente a la pérdida de amor, se van perfilando las categorías de bien y mal. Bajo la égida del deseo, el ser humano queda separado de toda complementariedad biológica entre la necesidad y un objeto predeterminado, específico, de satisfacción; toda adaptación armoniosa a su mundo es fallida,

⁷ Freud, Sigmund. "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico" (1912). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XII, pág. 114.

⁸ Freud, Sigmund. "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico" (1912). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XII, pág. 116 y 118.

⁹ Freud, Sigmund. "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" (1915). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XII, pág. 167.

¹⁰ Freud, Sigmund. "Proyecto de psicología" (1895). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. I, pág. 363.

imposible. De modo que la relación entre desvalimiento, deseo y moral está vinculada al hecho de que el humano está sometido al lenguaje. Al no haber posibilidad de adecuación entre sujeto y objeto, queda un resto insatisfecho y aparece la dimensión del deseo como distinto de la necesidad y con él, el problema ético, que no tiene cabida cuando esa relación está regida por el instinto. En efecto, en el plano de las necesidades, objetos de satisfacción predeterminados y conducta instintiva, no hay elección, y, en consecuencia, tampoco dimensión ética alguna.

El ser humano entonces, separado por el lenguaje de los objetos de satisfacción de las necesidades, queda atrapado en las redes del deseo, deseo que, si bien no puede ser definido en palabras (ya que justamente es el resto que no es articulable en la demanda), aparece insistentemente en el discurso. Es imposible hablar sin que aparezca la estela del deseo en lo dicho explícitamente, en lo dicho a medias y en lo evitado en el decir. Vale la pena insistir en que, no solo en lo puesto en palabras, sino también en lo aludido, lo eludido, lo silenciado, está articulado el deseo. No obstante, a pesar de que el lenguaje lo separa del objeto, también le permite crear en torno al vacío, darle existencia al deseo y darse un objeto. Freud, al ocuparse de los sueños, reparó en la importancia del deseo en la actividad psíquica y en el planteo moral que implicaba para el sujeto el contenido presente en ellos. Precisó que en la producción onírica queda expuesto el deseo inconsciente y también el ser moral, es decir, el sujeto como responsable por el contenido de los sueños.¹¹

El psicoanálisis, a diferencia de la psicología, no se ocupa de los comportamientos, sino de los actos psíquicos, aquellos en los que está implicado el sujeto. En consecuencia, apunta al deseo mismo, nos va a buscar en ese territorio adonde siempre nos encuentra culpables.¹² Este es un punto de contacto con el imperativo kantiano que no evalúa un acto en función de sus resultados. El problema de la ética entonces, no se resuelve con un actuar

¹¹ Cf. Freud, Sigmund. *La responsabilidad moral por el contenido de los sueños*, en "Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto" (1925). Buenos Aires, Amorrortu, 1979, T. XIX, pág. 133-36.

¹² Cf. Freud, Sigmund. *21ª conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*, en "Doctrina general de las neurosis" (1916-17). Buenos Aires, Amorrortu, 1975, T. XVI, pág. 302.

'conforme a la ley', porque eso no conmuta la culpa-deuda del sujeto. El padecimiento subjetivo puede seguir creciendo a pesar del sometimiento a la ley; de hecho, ante cada renuncia a la satisfacción pulsional, la conciencia moral se vuelve más intolerante. Los mandamientos morales se ocupan de que se siga aspirando a un imposible-prohibido, porque al superponer una prohibición a un imposible, se mantiene la ilusión de que si no fuera por la prohibición, sería posible.

Freud señala que estar inscriptos en la cultura, implica un precio, una renuncia al goce pulsional, hay pérdida porque no todo se puede, y además porque lo que se puede, se paga. Sin embargo, insisto, se trata de una deuda que funciona de modo paradójico, en lugar de amortizarse, se indexa proporcionalmente al pago, mientras más se renuncia, más se adeuda. Cualquier propuesta social o religiosa que prometa otra cosa, desconoce el costo de la inclusión en la cultura. En "El malestar en la cultura" Freud parte de la pregunta por el fin de la vida y la aspiración del hombre a la felicidad; decide reemplazarla por un planteo menos pretencioso: ver en su conducta qué ambiciona alcanzar en la vida. Sin entrar en la discusión filosófico-religiosa de definir la felicidad, indica como aspiración general evitar el displacer y buscar el placer. Advierte que es un objetivo imposible, ya que uno y otro son irrealizables, además, tanto el macrocosmos como el microcosmos, conspiran contra esa pretensión; no obstante, reconoce que tampoco es posible dejar de aspirar a ese ideal. Puntúa tres peligros: el sufrimiento del cuerpo, las amenazas de la naturaleza y los vínculos con los demás. Por otra parte, se goza del contraste y no tanto del estado, de modo que la constitución humana misma es un límite a la aspiración de permanecer en un estado de bienestar permanente. Desde siempre los filósofos se abocaron a este problema y los caminos que propusieron para el logro de la dicha, dependían del peligro que consideraran mayor, cada uno de los métodos sin embargo, implicaba también un riesgo. Si se privilegia la satisfacción irrestricta, la falta de precaución se cobra el precio; si se opta en cambio por evitar el displacer, propondrán una regla de vida u otra, según el padecimiento que quieran evitar (del cuerpo, de la naturaleza, de la relación con los otros).

A Freud le interesan más los medios que se proponen influir sobre sí mismo para evitar el sufrimiento. Recorre desde la intoxicación que aminora las sensaciones sufrientes, hasta la pretensión de menguar las pulsiones, para que la renuncia a la satisfacción sea menos penosa que si no están inhibidas. Arguye que si se trasladan las metas pulsionales, se puede esperar que el mundo exterior no exija la renuncia a ellas, aunque el precio sea que el goce obtenido sea menor y que no sea un camino posible para todos. Un último punto en su recorrido lo dedica al amor, que consigue la dicha sin apartarse del mundo sino aferrándose a sus objetos. Una de sus manifestaciones es la satisfacción sexual, al alcance de todos, y que, al ofrecer la experiencia más intensa de placer, se instala como modelo de aspiración a la dicha. Como contrapartida, está la vulnerabilidad de quien ama frente a la pérdida del objeto o del amor de éste.¹³

El desarrollo cultural le promete al hombre la garantía de que, contribuyendo con el sacrificio de sus pulsiones, el estado de derecho lo protegerá de sus semejantes. Freud menciona dos ejemplos que considera paradigmáticos:

1- el imperativo categórico de Kant: *“Actúa siempre de manera tal que la máxima de tu acción pueda ser en principio la de una legislación universal”*, ordena un deber sin contenido ni consideraciones por el sujeto particular sobre el que se impone y en donde algo es bueno por el solo hecho de que la ley lo manda.

2- El mandamiento fundamental de la religión que, en aras de los ideales y de intensificar los vínculos entre los miembros de la comunidad, ordena: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. Freud hace referencia al mal que habita en el prójimo y en el sujeto mismo y equipara lo excesivo de este mandamiento con el que manda amar a los enemigos (Lacan retomará este mandato cuando relacione el imperativo de Kant con el fragmento de Sade “Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos”). Tanto una imposición como la otra,

¹³ Cf. Freud, Sigmund. “El malestar en la cultura” (1930). Buenos Aires, Amorrortu, 1988, T. XXI, pág. 81-82.

tienen pretensión universal, aspiran a ser una ética válida para todos, en todos los casos. Ambas intentan por lo tanto, funcionar como leyes naturales.

Freud advierte que la promesa de lograr bienestar por renuncia a lo pulsional es vana: de hecho, acarrea la paradoja de una conciencia moral que, lejos de aplacarse, se alimenta y crece con cada sacrificio, se vuelve voraz y reclama más renuncia; finalmente aleja del horizonte el ansiado bienestar. En sus palabras: *“El programa que nos impone el principio de placer, el de ser felices, es irrealizable; empero, no es lícito -más bien: no es posible- resignar los empeños por acercarse de algún modo a su cumplimiento.”* Es el punto donde hace entrar en consideración lo particular, porque lo que se entienda por dicha en este sentido moderado, dependerá de la ‘economía libidinal del individuo’: *“...no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza.”*¹⁴

El psicoanálisis atiende a la singularidad, a la particularidad de alguien que, en lo que produce en el análisis (repetición mediante), puede encontrar lo nuevo. *“Donde ello era, yo debo advenir”*¹⁵, imperativo moral que acuña Freud y que marca la entrada en análisis, no se refiere al yo, a la conducta del sujeto, sino a lo dicho y es en torno a lo dicho que se desarrolla el trabajo analítico como queda reiteradamente expuesto en los casos que nos ofrece.

Lacan comienza su trabajo en psicoanálisis proponiendo un retorno a Freud, no para quedarse a su abrigo, sino para, partiendo de los hitos que balizan esa obra, retomar los temas y nutrirlos con el aporte de otras disciplinas. Enfatiza que lo que adviene como sujeto del inconsciente, no es asimilable al Yo: *“...este hueco, que nos abre la aprehensión del inconsciente sólo nos interesa en tanto que nos es designado, por la consigna freudiana, como eso de lo que el sujeto ha de tomar posesión”*¹⁶ Y con respecto a la responsabilidad que le concierne al analista afirma: *“... por lo que respecta al inconsciente, Freud*

¹⁴ Freud, Sigmund. “El malestar en la cultura” (1930). Buenos Aires, Amorrortu, 1988, T. XXI, pág. 83.

¹⁵ Freud, Sigmund. *31ª conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica*, en “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933). Buenos Aires, Amorrortu, 1989, T. XXII, pág. 74.

¹⁶ Lacan, Jacques. *La esquizia del ojo y la mirada*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977, pág. 82.

reduce lo que llega al alcance de su escucha a la función de puros significantes. Es a partir de esa reducción que ello opera, y que puede aparecer, dice Freud, un momento de concluir -un momento en que siente valor para juzgar y concluir. Eso es lo que forma parte de lo que he llamado su testimonio ético.” ¹⁷

¹⁷ Lacan, Jacques. *Del sujeto de la certeza*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977, pág. 51.

CAPÍTULO II

‘DESIDERO ERGO SUM’

‘Wunsch’ y ‘Begierde’, dos palabras en alemán, ofrecen la posibilidad de discriminar el deseo que puede llegar a la conciencia, del deseo inconsciente. ‘Begierde’ es el término que usa Freud cuando habla de deseo en sentido estricto en psicoanálisis. Nuestra lengua no nos ofrece esa diferenciación, de modo que debemos hablar de deseo inconsciente para precisar, o bien tener en cuenta el contexto en el cual la empleamos para saber a qué se refiere.

El deseo inconsciente se enlaza con las primeras experiencias de satisfacción. En 1895, en el “Proyecto de una psicología para neurólogos”, Freud explica los fundamentos del funcionamiento psíquico como un sistema que intenta mantener constante su nivel de tensión, porque cada variación es experimentada como displacer. Contra esa aspiración conspiran distintos estímulos, algunos se resuelven sencillamente porque la vía motora proporciona el recurso de disminuir o eliminar la fuente que perturba el equilibrio y provoca displacer. El problema se plantea con aquellos que operan como una fuerza constante y para los cuales la acción motora no es eficaz. Sin embargo, el despliegue vocal y motriz del niño, logra captar la atención de alguien que interpretará como llamado ese comportamiento y acudirá a asistirlo. El auxilio debe ser externo (la indefensión del niño lo hace impotente para resolverlo por sí mismo), y consiste en una acción específica que pondrá fin a la carga tensional. La acción del niño, inicialmente inespecífica, es inadecuada para calmarlo y no está dirigida a nadie, sin embargo, adquiere secundariamente función de comunicación y logra convocar la acción (esta vez específica) de otro, que deriva en el cese de la perturbación. Primeras experiencias de satisfacción que conmueven y modifican para siempre la respuesta al estímulo. A quién proveyó auxilio externo se lo erige en Otro primordial, omnipotente, vinculado de ahí en más a la satisfacción, y a quien nadie podrá igualar. Quien acude al llamado interpreta las señales de displacer e interviene (desde su historia personal y el contexto cultural que lo determina), y su injerencia establece las primeras marcas en el niño. Esta

inclusión en el mundo del lenguaje lo constituye como sujeto humano. Por la condición de hablante, se aleja del funcionamiento instintivo que determinaría desde la especie la adecuación sujeto-objeto. Esto hace que en el humano, su satisfacción, sólo parcial, deje un remanente de insatisfacción que insistirá buscando tenazmente 'el' objeto (mítico) que colmó sus necesidades. Ese resto no satisfecho que provocó tensión y malestar, constituyó la primera experiencia de dolor y es lo que Freud llamó afecto.

El intento de reencontrar el objeto perdido de la experiencia de satisfacción, es una búsqueda infructuosa desde el punto de vista de la supervivencia, porque la plenitud supuesta de la satisfacción es una reconstrucción a posteriori. Esa búsqueda de Aquel objeto, aleja al sujeto de la conducta adaptativa porque persistir en este camino acabaría por destruirlo, en efecto, tomaría como encuentro lo que logra al re-investir las huellas de las primeras experiencias de satisfacción, o sea, una alucinación. Al considerar la alucinación como nueva percepción se establece el placer de desear que le permite alucinar la presencia esperada. Por esta vía regresiva, se aparta del mundo exterior y no obtiene sino un alivio momentáneo ya que la tensión insiste y se impone.

El instinto, en tanto predeterminación de la especie, sabe qué busca y cómo lograrlo, el deseo en cambio, no aspira a la satisfacción de alguna mítica necesidad sino a su 'realización' (a que se haga realidad), a volver a encontrar los signos de presencia del Otro vinculado para siempre con la satisfacción, presencia entendida además, como signo de amor. De modo que el objeto del deseo no es sino el deseo mismo, porque con el mero desear se alucina (se realiza) su presencia. Tal objeto no existe y no existió nunca, al inscribirlo como perdido queda retrospectivamente asentada su existencia.

Desde el punto de vista económico, en el aparato psíquico domina el principio del placer: el aumento de tensión no ligada es displacentera, se emprende una dirección destinada a mermarla y eso es vivido como ahorro de displacer o producción de placer. El funcionamiento primario del aparato, que responde al displacer con una alucinación desiderativa, si está en juego la supervivencia, es inútil y peligroso.

Freud deduce, por la acción de pulsiones de autoconservación del yo, otro principio, el de realidad, que corrige al del placer. Este nuevo principio, aunque conserva el propósito de arribar al placer, acepta la postergación, renuncia a algunas posibilidades y obliga a tolerar un cierto nivel de displacer, en tanto busca el rodeo que lo lleve al placer posible, por caminos no tan directos pero más seguros. Hay casos en donde, en obediencia al principio del placer, determinadas pulsiones pugnan por lograr su satisfacción, con el resultado de que, en lugar del placer esperado, aparece displacer, en este caso la represión ha conseguido fisurar el poderoso principio del placer. Lo distintivo del displacer neurótico parece ser la dificultad de experimentar el placer como tal, porque lo placentero para un sistema es displacentero para otro.

En otros casos, el displacer está asociado con una coacción que lleva a repetir más allá del principio del placer, como la que se puede atribuir a los sueños en la neurosis traumática, los juegos de los niños y la repetición en transferencia, se trata de la compulsión de repetición de lo reprimido.

De modo que no siempre la actividad psíquica conduce al placer, hay fuerzas poderosas que se oponen a él. La pulsión de muerte y 'eso' más allá del principio del placer, lleva a Freud a plantearse el problema de qué es lo que el hombre busca realmente, a qué tiende. Los fenómenos de repetición en la transferencia, son una forma de la resistencia, que trata de mantenerse en el principio del placer sirviéndose de la represión y cae en la repetición. Ésta parece ser más primitiva y elemental que el principio del placer. La primera labor del aparato psíquico es la de ligar la excitación, no en oposición al principio del placer, pero sí independientemente de él y sólo después de ligar con éxito, puede reinar el principio del placer o su modificación que es el de realidad.

Un concepto central en la teoría freudiana de la sexualidad es el de pulsión ('Trieb'), considerada por Lacan uno de los cuatro conceptos esenciales en la experiencia analítica. Ya vimos que la sexualidad humana se distingue de la animal porque al no estar regulada por el instinto no tiene una relación predeterminada con su objeto. En cambio, está sujeta a los avatares

pulsionales que tienen que ver con la historia particular de cada sujeto y son altamente variables. A diferencia del instinto, que se refiere a una necesidad biológica pre-lingüística, la pulsión no es biológica, no puede ser satisfecha, ni tiene un objeto específico, se complace en girar reiteradamente en torno a un objeto, para volver una y otra vez a la fuente de la que partió. Si apelamos a la topología, diríamos que es un recorrido de banda de Moebius, no hay más que una cara, aunque en cada momento tengamos la ilusión de que podríamos atravesarla y pasar al otro lado. Se puede enunciar como una característica fundamental de la pulsión la continuidad entre satisfacción e insatisfacción a punto tal que se pasa insensiblemente de una a otra.

¿Cuándo se justifica entonces, la intervención analítica? Freud habla de cambiar la miseria neurótica por el infortunio cotidiano y Lacan entiende que se justifica cuando mantener la oscilación entre satisfacción e insatisfacción propia de la vida, resulta para el sujeto demasiado penoso, produce ‘trop de mal’ según su expresión francesa. Lacan menciona un punto interesante, los pacientes no están satisfechos con lo que son y sin embargo, en lo que son, en lo que viven y en sus síntomas está implícita la satisfacción. Satisfacen algo que va en contra de lo que les produciría satisfacción, “*satisfacen ‘a’ algo*” y se contentan en ese estado, pero hay que ver “*qué es ese ‘se’ que ahí es contentado. [...] eso a lo que satisfacen por las vías del displacer, es asimismo, [...] la ley del placer. [...] “...las formas de acuerdo existentes entre lo que marcha bien y lo que marcha mal constituye una serie continua. [...] Es un sistema en el que, todo se acomoda, y que alcanza su propia clase de satisfacción.”* Una satisfacción paradójica, en la que aparece algo nuevo: lo imposible, “*el camino del sujeto pasa entre dos murallas de lo imposible.*”¹⁸ El imposible de la satisfacción de la pulsión, que culmina en insatisfacción y el imposible del principio del placer, ya que la satisfacción sólo se obtiene vía alucinación. No hay objeto para la satisfacción.

La pulsión nunca puede ser conocida por la conciencia, sólo se puede tener acceso a la representación que la representa, en lo inconsciente sólo está

¹⁸ Lacan, Jacques. *Desmontaje de la pulsión*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1974, pág. 172-173.

representada por su representación. Freud en “Pulsión y destinos de pulsión” (1915), habla de distintas vicisitudes posibles para las pulsiones sexuales, que pueden ser consideradas formas de defenderse de ellas:

- a) trastorno hacia lo contrario,
- b) vuelta hacia la propia persona,
- c) represión,
- d) sublimación.

Pulsión y deseo están íntimamente relacionados, Lacan define las pulsiones, que son múltiples, como manifestaciones y realizaciones parciales del deseo que es único. Todas las pulsiones son sexuales y además toda pulsión es pulsión de muerte por ser excesiva, repetitiva y tendiente a la destrucción de conexiones, como se postula en “Más allá del principio del placer”. Lacan considera el concepto de pulsión de muerte como fundamental e insoslayable y sostiene que desconocerlo implica desconocer el psicoanálisis.

Para Freud la pulsión de muerte representa la tendencia de todo lo orgánico a volver al estado inorgánico del cual una vez partió. Por su parte Lacan en un principio la consideró del orden imaginario, un intento de volver a la fusión con el pecho materno. Posteriormente, cuando comienza a hablar de los tres órdenes, sostiene que la pulsión de muerte es la tendencia a la repetición propia del orden simbólico y más adelante afirma que la pulsión de muerte no es sino un aspecto de todas las pulsiones y no una pulsión opuesta a las sexuales. Más que hablar de pulsión de vida y de muerte corresponde hablar de dos aspectos de la pulsión. Siempre se dan los dos tipos de pulsiones mezclados en distintas proporciones, la pulsión de muerte en sí misma es muda y sólo se la detecta por sus efectos. La pulsión de muerte se explica si consideramos que todas persiguen su extinción, coaccionan al sujeto a la repetición y lo llevan más allá del principio de placer hasta un exceso, el goce, que es sentido como sufrimiento. Cuando Lacan postula el más allá del principio del placer como goce, afirma que el deseo es lo que oficia de barrera a ese más allá.

La expresión ‘llevar la tensión a lo más bajo’, fue motivo de discusión entre analistas porque se planteaban si significaba acceder a un cierto equilibrio del

sistema o se trataba de lo más bajo en sentido absoluto: la muerte, con lo que todas las tensiones del ser vivo volverían a cero. Según Lacan, Freud se refiere a algo distinto, no a la muerte sino a algo en el intercambio humano, que hace salir a los hombres de los límites de la vida, un principio que lleva la libido a la muerte, pero no por cualquier medio, en todo caso, no por el camino más corto, sino por determinados caminos de la vida. La pulsión de muerte como algo que se aproxima a una voluntad de destrucción, es también, según Sade, voluntad de creación ex nihilo, a partir de nada. Este es el punto en que se relaciona el goce con el resto insatisfecho que deja la pulsión y que insta a la repetición, *“...el goce es el saldo del movimiento pulsional alrededor del objeto porque eso que se delinea en tal caso es el vacío de la Cosa, el tropiezo con lo real como imposible.”*¹⁹

El goce, a pesar de ser un producto del sistema signifiante, queda por fuera de ese sistema en tanto el signifiante no logra dar cuenta de él. Ese goce tiene la misma función de las cargas no ligadas, lo traumático de lo que habla Freud en “Más allá del principio del placer”. Lacan usa la palabra ‘barrera’ para explicar la función del deseo en relación al goce, es la misma palabra que Freud emplea para hablar de lo que oficia de protección frente a estímulos que, si irrumpieran, acarrearían la aparición de angustia.

El deseo entonces, tiene dos caras y actúa como bisagra entre el principio del placer y su más allá, el goce. En su Seminario “La ética del psicoanálisis”, Lacan compara el deseo como barrera, con la ley fundamental de interdicción del incesto, ya que se desea según una ley que prohíbe algunos objetos en tanto permite otros, e impone la prohibición de ir más allá. Para Freud, el objeto perdido es la madre en su función anaclítica (de apoyo de la necesidad); por su parte, Lacan habla de la pérdida de la madre como pérdida de un lugar vinculado con el goce, con lo pulsional, más allá del principio del placer.

Lo que en Freud es oposición entre principio de placer y de realidad, en Lacan, que se apoya en sus tres registros, se convierte en oposición entre ficción y

¹⁹ Braunstein, Néstor. *Los goces distinguidos*, en “Goce”. México, Siglo XXI Editores, 1998, pág. 50.

realidad. Destaquemos que, en Lacan, ficticio no es sinónimo de ilusorio, sino artificial, efecto del sistema significante. El principio del placer es ficticio en la medida en que no es natural, sino una creación del orden simbólico. O sea que Lacan no concibe este principio como homeostático sino como ficticio. Ficciones que no son optativas sino imperiosas y lo instan a seguir el rastro de la alucinación desiderativa de un objeto perdido para siempre, lo que llevaría al organismo a la destrucción.

Lacan destaca las dos expresiones con que en alemán se designa la cosa: 'das Ding' y 'die Sache', en cambio, en las lenguas romances, sólo hay una, derivada del latín y que significa causa. En este punto empieza a articular 'la Cosa' y 'la causa' del deseo. En el Complejo del 'Nebenmensch' operó la función del juicio primario, que dividió 'das Ding' en dos partes: una que sigue unida, aislada, ajena, inasimilable; y la otra, los atributos, la cualidad, que se puede comprender en función del cuerpo propio, de la experiencia del sujeto y marcará las vías por las que el sujeto podrá acercarse al objeto. Lacan enfatiza que entre la Cosa inasimilable por el sistema significante y las cualidades, se establece una división de la experiencia de la realidad. 'Das Ding' será el objeto, alteridad absoluta para el sujeto, al que tratará de reencontrar, aunque sólo se encontrarán sus coordenadas de placer: la nostalgia de lo que respondía a ciertos atributos; sin embargo, sin esta estructura de alucinación desiderativa, no se podría construir un sistema de referencias para la percepción en el sujeto. 'La Cosa' es el primer exterior inasimilable y, como tal, queda fuera de significado, el sujeto siempre se mantendrá a cierta distancia de ella, en una relación patética (de afecto primario) que en Freud es la experiencia de dolor. Lacan dice que 'la Cosa' es una realidad muda, no ligada al significante y que sin embargo comanda y ordena: *“Lo que a nivel del principio del placer se presenta al sujeto como sustancia, es su bien. En la medida en que el placer gobierna la actividad subjetiva, es el bien, la idea del bien la que lo sostiene. Por esta razón, desde siempre, quienes se dedican a la ética no pudieron dejar de intentar identificar estos dos términos, sin embargo,*

tan fundamentalmente antinómicos, que son el placer y el bien."²⁰ Pero no hay ningún correlato de eso que constituye su bien en el nivel del principio de realidad, ni siquiera la adecuación a la realidad es un bien.

En el capítulo "Homeostasis e insistencia" del Seminario 2: "El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica" (1954-55), Lacan afirma categóricamente que el sujeto es 'personne' (apoyándose en la ambigüedad del término francés, que significa 'persona' y también 'nadie'); o sea: el sujeto es nadie y no está en ninguna parte. Encuentra su unidad en la imagen del otro o del espejo por la que es aspirado. Al quedar cautivado por esa imagen, se establece una relación imaginaria entre dos, que es circular. Calidad fascinante de la intuición del yo, centrada en la conciencia, obstáculo para captar dónde está la realidad del sujeto: "*En el inconsciente, excluido del sistema del yo, el sujeto habla*".²¹ Freud no le restó importancia a la función del yo en tanto exterior al sujeto, pero reconociendo que entre el sujeto del inconsciente y la organización del yo hay una diferencia radical.

El tema de fondo que importaba a Freud en la época de "Más allá del principio del placer" (1920), era determinar el principio que regula al sujeto y cómo articular la función restitutiva propia del principio del placer, con la función repetitiva que encontraba. Había formulado el principio del placer: un organismo semejante a una máquina que tiende a volver a un estado de equilibrio, sin embargo, en su desarrollo del tema, encuentra que la tendencia repetitiva insiste en reaparecer. Hay otra pregunta interesante que se formula Freud: ¿por qué, si lo que se persigue es el placer, enunciarnos un principio que afirma que lo que se busca es la cesación del placer? O sea que el principio del placer es que el placer termine y la intervención del principio de realidad hace que el placer se renueve para que dure lo más posible.

El mundo freudiano es un mundo de deseo, no de cosas ni del ser. La teoría del conocimiento desde la perspectiva clásica, concibe la relación del hombre

²⁰ Lacan, Jacques. *Placer y realidad*, en Seminario 7: "La ética del psicoanálisis" (1959-1960). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 46.

²¹ Lacan, Jacques. *El circuito*, en Seminario 2: "El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica" (1954-55). Buenos Aires, Paidós, 1988, pág. 95.

con su mundo, como la de un ser subjetivo, que se sabe ser, con el objeto que sabe que es. Por el contrario, el deseo en la experiencia freudiana, es una relación de ser a falta, aunque no falta de algo preciso, sino falta de ser. El deseo, por lo tanto, es deseo de nada que pueda ser nombrado. El ser sabe que es, pero no sabe lo que es, eso es lo que falta en el ser. Lacan retoma el argumento y afirma: “*Desidero es el cogito freudiano.*” ²²

²² Lacan, Jacques. *La sexualidad en los desfiladeros del significante*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977, pág. 160.

CAPÍTULO III

LACAN Y SU FORMULACIÓN

“LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS”

“La ética del psicoanálisis” es la reflexión que desarrolla Lacan en el seminario de 1959-60 posterior al que trata sobre “El deseo y su interpretación”. Recordemos que en Freud la dimensión moral se le plantea al hombre justamente en relación a su deseo y la ética del psicoanálisis postula una escucha que permite leer el deseo del analizante.

Lacan destaca como lo más novedoso del aporte freudiano la ética que implica responder a la demanda del enfermo sin alterar su sentido inconsciente. Es atender a lo que va más allá de la demanda consciente, o sea, al deseo que, ya lo vimos, es indestructible e inconsciente. Indestructible porque no hay demanda que pueda capturarlo e inconsciente porque, aunque articulado, no puede ser dicho, puesto en palabras. No hay decir para el ‘désir’.

El seminario se nos presenta dividido en cinco partes:

-En la primera, *Introducción de la Cosa*, se ocupa de situar ‘das Ding’ en relación con la ley moral; considera que más que su relación con el principio de placer y el principio realidad, la ley moral se vincula con el mas allá del placer, con la tendencia que lleva a buscar un objeto que nunca se tuvo. El deseo tiende a revelarse (el deseo es su interpretación), Lacan lo vincula con la fórmula “*Donde ello era, yo (sujeto) debo advenir*”. La Cosa, por lo tanto, no está, no es nada, es una ausencia, (más tarde la llamaré objeto *a*), no obstante, es justamente a partir de ese vacío que se organiza todo el encadenamiento asociativo de las representaciones.

-La segunda parte del Seminario, *El problema de la sublimación*, habla del objeto y los objetos; afirma que en la sublimación se pone al objeto en el lugar de la Cosa. El ejemplo que desarrolla es el del amor cortés, hace un juego entre las palabras ‘dam’ y ‘dame’, homófonas; en lugar de la Cosa, que

es una condena ('dam'), una fisura en nuestro deseo, pone una dama ('dame'), un significante vacío (como todo significante), que en consecuencia, admite la posibilidad de ser llenado.

Marca las distintas formas en que las construcciones de la religión, el arte y la ciencia, organizan algo en torno al vacío: la religión lo respeta y lo evita; la ciencia desconfía de él y lo forcluye en aras de construir un saber absoluto y el arte lo reprime.

-En la tercera parte, *La paradoja del goce*, analiza el mandamiento del amor al prójimo y desarrolla la función del bien y de lo bello como barreras frente a lo real a que conmina ese mandato.

Con respecto al tema del bien y del prójimo, Lacan recuerda que disponer de un bien tiene que ver con el poder, ya que es asegurarse de usufructuar, de gozar de él, lo que implica privar a otros del mismo; diferente por completo de las necesidades que tienen que ver con lo útil y son solidarias de un 'para todos'.

En relación al acceso a lo que se considera el bien, hace dos referencias interesantes, una es Kant, quien propone que la ley es buena por el solo hecho de ser la ley, no importa lo que mande. Debido a que manda un bien, un 'gute' difícil de alcanzar, el indicador de que estamos en la senda que nos acerca a él, es el dolor, o sea, si duele, es bueno y debe ser soportado. La otra referencia es Sade, la ley que propone (y que Lacan formula parafraseando la de Kant), manda gozar del objeto, sin consideración por el dolor ni la compasión. Ambas posturas pretenden ser universales, leyes de la naturaleza más que de la sociedad. Ambas proponen hacer caso omiso del dolor que conllevan en tanto goce intolerable, y que podría desviar del objetivo de alcanzar el bien al cual se tiende.

En cuanto a los mandamientos, son una prohibición de goce de la Cosa, mandatos que, al mismo tiempo que nos mantienen alejados, nos dan la palabra para seguir tratando de acercarnos al Bien imposible.

-Con el desarrollo previo, introduce sus reflexiones sobre el destino trágico de Antígona en *La esencia de la tragedia*.

En la experiencia analítica hay un aspecto trágico que no se puede soslayar, es la evidencia de la fragilidad del ser humano en su intento por ser feliz. Quien encara la aventura analítica, se enfrenta a un deseo que lo atraviesa, lo determina y sin embargo le es fundamentalmente ajeno. Tan ajeno que, al no reconocerse implicado en lo que le pasa, el sujeto habla de destino. Y el destino, no importa qué ocurra, siempre se cumple, porque el Otro, al igual que el oráculo, es ambiguo, de modo que la interpretación que se hace de la sentencia oracular está teñida de deseo.

Para Lacan, la caída del héroe no se produce por error de juicio, sino por fatalidad, porque los dioses ciegan a los hombres con sus pasiones. El oráculo no es engañoso, pero hace caso omiso del sentido, el sentido se lo imprime el sujeto con sus actos. Sólo se verifica, a posteriori, por la interpretación que se dio y que necesariamente va a estar marcada por las cegueras y pasiones del sujeto. Al interpretar la interpretación, lo único que se hace es confirmar en las palabras o los silencios del Otro el propio deseo. Por eso se encuentran retrospectivamente las evidencias previas de aquel deseo que no se supo reconocer antes.²³ La fragilidad humana, el estar a merced del querer inexorable de esos Otros (en la tragedia griega los dioses), equivale al desamparo: un Otro ciego determina y deja al sujeto sin posibilidad de recurrir a nadie a quien reclamarle garantías.

-Este seminario concluye con *La dimensión trágica de la experiencia analítica*, que trata de las metas morales del psicoanálisis y del deseo del analista. Propone una ética sin obligación, que no es la del bien y del mal, sino la que está más allá del único bien: una ética del deseo.

Lacan afirma que 'nadamos en problemas morales' a los que, como analistas, abordamos en su aspecto malsano, porque nos enfrentamos con el enigma que

²³ Cf. Rabant, Claude. *Creso o la seducción del sentido*, en "Inventar lo real", Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, pág. 18.

plantea el 'atractivo de la falta' en el sujeto y con el hecho de que toda falta remite a otra 'más oscura y original'. Freud lo plantea cuando ve que frente a la tragedia de Sófocles "Edipo Rey", el espectador reacciona como si se dijera:

*"En vano te revuelves contra tu responsabilidad y protestas lo que hiciste para contrariar esos propósitos criminales. Eres bien culpable, pues no has podido aniquilarlos, persisten todavía inconscientes en ti." Y ahí se encierra una verdad psicológica. Aun cuando el hombre haya reprimido (desalojado) al inconsciente estas mociones malignas y pueda decirse que no es responsable de ellas, por fuerza sufrirá esta responsabilidad como un sentimiento de culpa cuyo fundamento desconoce."*²⁴

Lacan vincula 'das Ding' con la ley de prohibición del incesto, ambas marcan un límite, dando lugar a la cultura y permitiendo que no quede abolida la demanda. Es decir, sólo hay movimiento en tanto no se alcanza el objetivo, no se encuentra lo que se busca. La Cosa, en tanto soberano bien, permanece ausente, inalcanzable, y ahí se gesta un goce soñado.

Lacan llama 'falla prohibitiva' a la interdicción que persiste aunque se suprima el obstáculo que impedía el acceso. La Cosa se ubica más allá de esa falla, permanece inaccesible como objeto de goce. De modo que a la imposibilidad se le sobreimprime una prohibición, tal el caso que muestra Freud con el mito de la horda primitiva.

Sin embargo, la dimensión ética tiene que ver no sólo con el mandato que obliga, sino también con la dirección de la acción, con el ideal de conducta que está más allá de cualquier mandamiento, es el aspecto que nos interesa para la dirección de la cura.

A partir del descubrimiento de los orígenes paradójicos del deseo (tentación y rechazo), y de la perversión polimorfa, el psicoanálisis aspiró a disminuir la culpa y lograr la armonía, un intento de 'domesticación del goce perverso' en términos de Lacan, que desvirtúa el espíritu freudiano. El psicoanálisis debe

²⁴ Freud, Sigmund. 21ª conferencia. *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*, en "Doctrina general de las neurosis" (1916-17). Buenos Aires, Amorrortu, 1975, T. XVI, pág. 302.

evitar caer en la trampa de los ideales, por eso Lacan alerta contra los principales ideales analíticos: el del amor humano, el de autenticidad y el de la no-dependencia.

Podríamos decir que en Aristóteles la ética es una ciencia del carácter que apunta a la educación y al adiestramiento, esto no es así para el psicoanálisis, porque el inconsciente se inscribe en otro registro. La originalidad de Freud fue el cambio de actitud en la cuestión moral, porque la experiencia analítica muestra lo paradójico e incomprensible de la moral aristotélica vigente.

Habíamos dicho que el placer gobierna la actividad subjetiva y el bien es la idea que lo sostiene, eso llevó a establecer una identidad entre placer y bien, aunque, para el psicoanálisis son discordantes.²⁵ Según Lacan, para Freud el placer se sitúa del lado de lo real y es lo que encadena al hombre. Tal vez porque tiende a la Cosa, para la que no hay significantes y el hablante lo único que tiene para llegar a su objeto es la palabra. Lo simbólico en cambio, es ficticio, y el inconsciente, al estar estructurado de modo simbólico, hace que el hombre en su búsqueda del placer siga signos y no pistas. Para esclarecer el panorama, Lacan propone un marco de referencia con las categorías de imaginario, simbólico y real porque la ética, en el sentido en que Freud la plantea, tiene que ver con la ubicación del hombre en relación a lo real. En este Seminario, la ley moral es definida como el modo en que lo real se hace presente en lo simbólico. El procedimiento analítico, tal como lo propone Freud, es simbólico y él confía en que es adecuado al fin que persigue, de allí que afirme: “... *puedo reconducir aquí el precepto moral a su origen, vale decir, a su condición de adecuado al fin. Esta vez me encuentro en la feliz situación de sustituir la imposición moral por unos miramientos de la técnica analítica, sin alterar el resultado.*”²⁶ Lacan, relaciona lo real con los principios de placer y realidad y el instinto de muerte (que reina más allá del principio del placer como la ley más allá de toda Ley), que gobierna nuestra relación con el mundo.

²⁵ Cf. Lacan, Jacques. *Placer y realidad*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-60). Buenos Aires, Paidós, pág. 46.

²⁶ Freud, Sigmund. “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (1915). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XII, pág. 167.

Argumenta que si el funcionamiento normal de la mente, en lugar de satisfacer la necesidad, la alucina y se dirige al señuelo y al error, no puede esperarse que lleve a la adecuación y el equilibrio. Es el principio de realidad el que se encarga de corregir y compensar esa inclinación fundamental del aparato psíquico. Freud acentúa la discordancia entre ambos sistemas que se desdoblán y en donde uno corrige la inadecuación del otro. Por lo tanto estamos en una dimensión ética, Freud entiende que la estructuración del aparato psíquico está regida por el orden moral (la presencia del juicio acerca de qué es adecuado y qué no lo es). La acción moral introduce entonces, algo nuevo en lo real.

Tenemos entonces, dos afirmaciones como punto de partida: la actividad del sujeto está gobernada por el placer y la adecuación a la realidad no se corresponde con ningún Bien. Hay que ver cómo impedir el displacer que sobrevendría si el aparato quedara librado al principio del placer, ya que si se actúa muy pronto, acarrea displacer, pero el retardo desemboca en la alucinación y, a poco andar, también en displacer.

En Freud los mandamientos son tiránicos y los sentimientos, al ser engañosos, no constituyen una buena guía hacia lo real. El principio de realidad funciona de modo precario porque, de acuerdo con el principio del placer, busca la identidad de percepción real o alucinatoria. El proceso secundario tiende a la identidad de pensamiento, el funcionamiento del aparato psíquico opera por tanteo y da lugar a los ensayos, los desvíos, las rectificaciones, la puesta a prueba de los objetos presentes en ese momento. Como telón de fondo está la expectativa de placer que tiene que realizarse sin esperar nada del exterior. El pensamiento, a nivel de estos ensayos que llevarán a la acción adecuada, no es perceptible porque es inconsciente. Solo aprehendemos esos pensamientos, en la medida en que les ponemos palabras, porque ese es el modo en que conocemos el inconsciente. Por ejemplo, el objeto como hostil, sólo aparece en la conciencia cuando el dolor provoca un grito porque esa descarga es también un puente que le permite identificarlo. La única estructura del inconsciente es el lenguaje, por eso, sólo lo captamos en su explicación, y

el principio de realidad gobierna el pensamiento sólo en tanto se articula en palabras.

La actividad del sujeto está gobernada por el placer, como el bien que guía y sostiene su acción, en cambio, la adecuación a la realidad, no constituye un bien. Por eso, si el principio de realidad incide en los pensamientos, es solo en tanto son puestos en palabras, la ética en psicoanálisis no es en función de ninguna pretendida adecuación a la realidad, sino una ética del bien decir, del 'bien poner' en palabras. Una gran distancia con Aristóteles, que formuló una disciplina de la felicidad, definida como el proceso en que el hombre podía elegir aquello que le permitiera realizarse en su bien propio. Para él, el placer que dirige la realización del hombre, es un principio divino inherente a su naturaleza. Los hábitos de la ética estaban en consonancia con un orden cósmico, con un Bien Soberano.

El psicoanálisis no puede hablar de la 'realización del hombre', busca en cambio, una verdad siempre particular que no coincide con ninguna ley superior, y espera lograr un cierto efecto liberador. El psicoanálisis, aunque esa sea la expectativa de quien se acerca al analista, no es una disciplina de la felicidad. Lacan señala la dificultad agregada de que la felicidad se haya transformado en un tema político, en la medida en que se pretende que no haya 'satisfacción para nadie sin la satisfacción de todos'.

Tanto la demanda de felicidad del paciente como la promesa analítica, son comprendidas por Lacan bajo la denominación de 'dimensión trágica de la experiencia analítica'. Toda demanda siempre exige más que la hipotética satisfacción de la necesidad, por eso la realización del deseo implica la perspectiva de juicio final. Realizar el deseo es haberlo realizado al final, es la intrusión de la muerte sobre la vida, única posibilidad de que la demanda se detenga.

Consideremos lo que reza esta sentencia: *"Hay que considerar todas las cosas por el final"* y además *"Nada puedo decirte de tu felicidad mientras no conozca*

tu muerte”, así responde Solón a Creso²⁷ porque sostiene que solo la muerte permite hacer el balance final. El hombre es sólo incertidumbre, el equilibrio entre desgracia y felicidad no permite que se diga si un hombre es o no dichoso antes de su muerte. Pero cuando eso pueda ser dicho, el sujeto no estará allí, la respuesta llega con su desaparición.²⁸

Cuando Lacan propone articular nuestra experiencia en la perspectiva del juicio final, es porque elige como parámetro para considerar la ética del psicoanálisis, la relación de la acción con el deseo que la guía, que es la característica fundamental de la acción trágica. El juicio ético psicoanalítico tiene valor de juicio final: ‘¿ha usted actuado conforme al deseo que lo habita?’, fórmula a la que hay que preservar para impedir que, a merced del superyó, se transforme en un mandato. Es un interrogante que no puede ser respondido antes del final, como lo expresa una sentencia que reza: “*Hay que considerar todas las cosas por el final*”. Estamos frente a un sujeto ético, Lacan nos lo recuerda con estas palabras: “*De nuestra posición de sujetos somos siempre responsables*”, sujeto deseante que tendrá que ver si elige lo que desea.²⁹

Para Freud la posibilidad más cierta de dicha, vinculada con la satisfacción de una tendencia, es la sublimación. La presenta como el recurso del artista de transformar sus deseos en productos comerciables. Lacan cuestiona que la sublimación sea satisfacción de la tendencia en el cambio de objeto sin represión. Según él, no se trata de un nuevo objeto, porque la sublimación, a diferencia de la idealización, no atañe al objeto sino a la pulsión misma. La sublimación, entendida como satisfacción sin represión, implica el paso del no saber al saber, en ese caso no sería una posibilidad de algunos pocos, sería más bien estructural. Saber que el deseo no es más que la metonimia de la

²⁷ **Creso** (560-546 a. C.), rey de Lidia, ante el avance de Ciro II de Persia, consulta el oráculo de Delfos quien vaticina que en esa guerra un gran imperio sería destruido, Creso interpreta que lo espera la victoria y emprende una guerra que destruye su propio imperio a manos de los persas.

Solón: sabio ateniense que ante la pregunta de Creso sobre cuál era el hombre más dichoso, mencionó hombres muertos tras una vida tranquila. Consideraba al hombre ‘pura contingencia’, de modo que nada podía afirmarse de su dicha antes de su muerte. wikipedia.org

²⁸Rabant, Claude. *Creso o la seducción del sentido*, en “Inventar lo real”, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, pág. 34-35.

²⁹ Cf. Lacan, Jacques. *La ciencia y la verdad y Observación sobre el informe de Daniel Lagache*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pág. 837 y 662 respectivamente.

demanda, el cambio en sí mismo, no el nuevo objeto ni el anterior. Más que un cambio de meta, es un cambio en la articulación, porque la tendencia es la articulación significativa misma.³⁰

El descubrimiento del inconsciente, es la posibilidad de darle valor dinámico a la articulación del no saber, es poder hacer algo con lo no sabido. El significativo le permite al sujeto plantearse su relación con la muerte, porque lo obliga a dar cuenta de que no es, a dar cuenta de él como falta.

El acceso a la Cosa no conoce moderación, el bien y lo bello son consideraciones éticas y estéticas del yo que se erigen como vallas que impiden el acceso a la Cosa. La forma del cuerpo, la imagen, el narcisismo, es el espejismo central que indica el lugar del deseo, deseo sin objeto, deseo de nada, que relaciona al hombre con su falla en ser, espejismo que, al mostrarle, le impide ver. Podemos verlo en el deslumbramiento que provoca lo bello, y que oculta la muerte. No necesariamente el deslumbramiento de la belleza ideal, cualquier objeto puede ser significativo de lo bello. La naturaleza muerta por ejemplo, muestra y oculta al mismo tiempo la amenaza de descomposición y presenta lo bello en relación a lo temporal, a la cercanía del límite de transición entre la vida y la muerte.

La otra barrera frente al horror fundamental de la Cosa, es la del pudor, que dificulta la posibilidad de captar lo que hay en el centro de la conjunción sexual: la falta de complementariedad, la castración, el vacío.

Freud dice en "Análisis terminable e interminable", que la aspiración del paciente sucumbe ante la nostalgia de no poder ser el falo, sólo puede tenerlo, y por lo tanto, perderlo. Esto es algo que el analista debe tener presente ante la demanda del analizante (dejar de sufrir, éxito, felicidad, o cualquier otra forma que tome). Si bien el tema del Soberano Bien aguijonea al hombre desde siempre, el analista sabe, no sólo que él no puede ofrecer la respuesta a esa demanda, sino que no existe tal respuesta. Ese es el proceso del análisis:

³⁰ Cf. Eidselstein, Alfredo. *La ética del Psicoanálisis* (2001-2002), en "Apertura - Buenos Aires Sociedad Psicoanalítica", www.apertura.org.

encontrar el límite en el que se plantea la problemática del deseo, problemática central a ser trabajada cuando se habla de la realización del sujeto.

En el curso del trabajo analítico el sujeto encuentra muchos bienes, pero sólo encontrará su bien *“...extrayendo a cada instante de su querer los falsos bienes, al agotar no solamente la vanidad de sus demandas, en la medida en que todas siempre son para nosotros demandas regresivas, sino también la vanidad de sus dones.”*³¹ Proceso en que el analizante arriba a su propia ley, la Atè (destino, fatalidad), que se viene articulando desde generaciones pasadas, y que, aunque no llegue a lo trágico, siempre se vincula con la infelicidad, con un tope a sus aspiraciones de absoluto.

El analista, por su parte, debe pagar con goce por su deseo, que es lo único que tiene para dar, igual que el analizado, pero con la salvedad de que el suyo es un deseo advertido. En la medida en que ha transitado su propio análisis, no desea lo imposible, evita el deslizamiento hacia los bienes, se cuida incluso del riesgo de desear hacer el bien.

Lacan propone detenerse en la consideración de las metas morales del psicoanálisis, considera que ha sido un tema que se mantiene velado. Alerta que plantearse como objetivo la normalización psicológica, es caer en la moralización, igual que la pretensión de lograr el estadio genital y la maduración de la tendencia y del objeto, como lo que permitiría una relación apropiada con lo real.

Cuando Freud afirma en “El malestar en la cultura”, que la instancia moral en el hombre no es racional, se refiere a que el superyó se vuelve más ávido cuantos más sacrificios le ofrenda el sujeto. Ese es el desgarró del ser moral, que el analista no debe dejar de tener presente en sus promesas al paciente. Si se tiene en cuenta la dialéctica de la demanda, de la necesidad y del deseo, puede afirmarse que no es posible *“reducir el éxito del análisis a una posición de confort individual vinculada a esa función con toda seguridad fundada y*

³¹ Lacan, Jacques. *La demanda de felicidad y la promesa analítica*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-60). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 357.

*legítima que podemos llamar el servicio de los bienes –bienes privados, bienes de la familia, bienes de la casa, y también otros bienes que nos solicitan, bienes de la profesión, del oficio, de la ciudad.”*³²

Es el caso de Edipo que se castiga por una falta que no cometió porque al intentar evitar un crimen, lo ejecuta.³³ En el tiempo que transcurre entre el momento de la ceguera de Edipo y el de su muerte, atraviesa una región intermedia, es cuando descubre que lograr la felicidad lo engañó, sólo entonces renuncia a todo lo que lo había cautivado y más allá del servicio de los bienes, entra en la zona donde busca su deseo. Lacan plantea que avanza en esa zona, como todo héroe, solo y traicionado. Considera que el ser humano común, se detiene en la zona límite de la relación con el deseo, porque trata de no arriesgar la otra muerte, *“primum vivere, las cuestiones del ser son siempre dejadas para más tarde.”*³⁴ La experiencia analítica, revela que es más cómodo soportar la prohibición que arriesgarse a la castración. Y plantearse ‘las cuestiones del ser’ es enfrentarse a la incompletud, a la falta, en suma, exponerse a la castración.

El héroe, en cambio, como Edipo, avanza y *“si se arranca al mundo por el acto que consiste en enceguecerse, es porque sólo quien escapa a las apariencias puede llegar a la verdad.”*³⁵ Ahí se juega para Edipo su deseo y hasta el fin exige todo, no renuncia a nada, permanece no reconciliado. Enfrenta la consecuencia del deseo de saber que lo llevó a franquear el límite.

La ética es un juicio sobre la acción, aunque ya la acción en sí misma, implica un juicio en la medida en que es una elección, por lo tanto, si hay ética del psicoanálisis, es en tanto aporta algo que se propone como medida de nuestra acción.

³² Lacan, Jacques. *Las metas morales del psicoanálisis*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-60). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 361.

³³ Cf. Freud, Sigmund. *21ª conferencia: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*, en “Doctrina general de las neurosis” (1917). Buenos Aires, Amorrortu, T. XVI, pág. 301, 302 y Lacan, Jacques. *Las metas morales del psicoanálisis*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-60). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 363.

³⁴ Lacan, Jacques. *Las metas morales del psicoanálisis*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-1960). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 365.

³⁵ Lacan, Jacques. *Las metas morales del psicoanálisis*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-1960). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 369.

La hipótesis freudiana del inconsciente, supone que toda acción humana tiene un sentido oculto al que se puede acceder. Freud supera la incompatibilidad entre deseo y palabra, con la asociación libre. Pudo, a pesar de la censura, seguir la pista de un deseo que no se acomodaba a las exigencias de la moral. Es el saber inconsciente el que da cuenta del deseo del sujeto. Interpretar el deseo es reconocer un deseo que insiste desde la infancia y que, indestructible, determina el destino del sujeto. Lo ya vivido es lo oculto que guía aquello a lo que es posible acceder. Pero una vez que se libera el sentido de lo ya vivido, queda en pie decidir cómo se sigue después, si se quiere, si se elige lo que se desea.³⁶

La moral de Aristóteles se funda en un orden ideal, orden acorde a la política de su tiempo en que imperaba una moral de amo. Y la postura del amo con relación al deseo fue siempre una moral del poder, del servicio de los bienes, es decir, sólo importa que las cosas funcionen. La moral tradicional, planteaba lo que se debía hacer en la medida de lo posible, Kant da un paso más, cuando plantea que el imperativo moral no se preocupa por lo que se puede o no. Obliga con un 'tú debes' incondicional. Kant plantea el juicio moral como despojado de todo interés humano, sensible, vital. El 'tú debes' de Kant, puede, para Lacan, ser sustituido por el fantasma del goce de Sade, una voluntad de goce que es también imperativa.

Una parte del mundo siempre se orienta hacia el servicio de los bienes y rechaza todo lo que se refiere a la relación del hombre con el deseo. Cuando Lacan plantea la oposición entre el deseo y el servicio de los bienes, ofrece algunas formulaciones en forma de paradojas:

-Primera: desde la perspectiva analítica, de lo único que se puede ser culpable, es de haber cedido en su deseo. Cuando el sujeto cede en su deseo suele ser por un buen motivo, pero la buena intención no evita la culpa. Es necesario plantearse por el bien de quién se procede, porque si se trata del

³⁶ Cf. Rabinovich, Diana. *El objeto perdido, el deseo del Otro y el deseo del psicoanalista: falta, pérdida, causa*, en "El deseo del psicoanalista". Buenos Aires, Manantial, 1999, pág. 101.

bien de otro, quedamos igualmente expuestos a la culpa, la neurosis y sus consecuencias. El deseo tiene una articulación propia, más allá de que el sujeto pueda o no reconocerlo y lo liga a un destino particular, exige el pago de la deuda y nos remite reiteradamente a lo que, en palabras de Lacan, es 'nuestro asunto'. La culpa, por su íntima relación con el deseo, es un indicador que señala que algo del deseo se ha jugado, de modo que no hay que apurarse a quitarle ese peso al analizante, sí puede ser necesario trabajar para disminuir la angustia que hace obstáculo a la labor analítica. Ceder en el deseo se acompaña siempre de alguna traición: o la traición a sí mismo o tolerar que alguien traicione las expectativas no actuando como se había pactado. Cuando se tolera la traición llevado por la idea del bien del otro, del que ha traicionado, se reducen las propias pretensiones con la consideración de que uno no vale más que el otro y se vuelve a entrar en la vía ordinaria: esa es la estructura de lo que significa ceder en su deseo.

-Segunda: héroe es aquel que puede ser traicionado impunemente, porque, a pesar de eso, aún en soledad, continúa, no retrocede, no se desvía.

-Tercera: la diferencia entre el hombre común y el héroe, es que al hombre común, la traición lo arroja al servicio de los bienes y nunca volverá a encontrar lo que lo oriente.

-Cuarta: no hay otro bien que el que puede servir para pagar el precio de acceder al deseo, porque si el deseo es la metonimia de nuestro ser, ese es el mayor bien, el único bien.

Lograr el acceso al deseo, lleva a que se franqueen dos límites: el temor y la compasión. No es fácil mantenerse en una vía en la que no es posible avanzar sin pagar, a pesar de lo cual, al héroe no lo detiene la compasión por el bien del otro. Freud enseña en "El malestar en la cultura", que toda sublimación se paga con algo, con goce, con la propia carne. Ese es el bien, el objeto que se sacrifica por la satisfacción del deseo, lo que el deseo pierde por el bien. Es un pasaje del silencio a la palabra, del goce a la castración.

La lección de la tragedia no es moral en el sentido común de la palabra. El espectador se desengaña cuando ve que las cosas no son fáciles para quien avanza hasta el final de su deseo, del mismo modo que tampoco lo son para el que, por prudencia, se aleja de él. La tragedia es estar condenados, no importa qué se elija, a perder siempre algo; es más, a aceptar el pago sin saber cuánto y qué se pagará.

CAPÍTULO IV

SABER LO QUE NO SE SABE

La novedad de un saber no sabido que opera en el ser humano, que produce efectos más allá de su voluntad y sus posibilidades de control es, según sostenía Freud, lo que explicaba la resistencia al psicoanálisis. Lacan agrega que esa afirmación ataca la “... *consistencia del saber que hace que cuando se sabe algo, lo mínimo que se puede decir, es que se sabe que se lo sabe.*” Quien pretende saberlo es alguien a quien Lacan llama con rudeza ‘el mamarracho con forma de yo (moi)’.³⁷ Afirma además que lo sorprendente del inconsciente es que se trata de un saber que está articulado, estructurado como un lenguaje.

El punto de partida del análisis, la asociación libre, es permitir que ‘opere el engaño de la palabra’, para acercar al paciente a lo verdadero, para que el peso mismo de la palabra lo enfrente con el ‘sinsentido’ de lo que afirma. La regla fundamental de decir todo, lo lleva a través de banalidades, al momento en que la palabra muestre algo de otro orden, dicho ‘sin querer, sin saber’. Llega al punto en que el sujeto no sabe por qué actúa de un determinado modo, ni qué valores lo rigen, en suma, queda frente a su división constitutiva. Ese saber no sabido es el que Freud, con el cernidor de una escucha especial, pudo discriminar articulado en el discurso del paciente.

La regla de atención flotante, indica al analista escuchar sin destacar nada en particular, sin tomar algo como verdadero o falso, escuchar hasta que algo del inconsciente comience a desplegarse y permita subrayar, puntuar. Freud, en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), exhorta a “...*no querer fijarse en nada en particular y en prestar a todo cuanto uno escucha la misma ‘atención parejamente flotante’...*”

La meta de estas reglas es “... *crear el correspondiente, para el médico, de la ‘regla analítica fundamental’ instituida para el analizado.*” Así acomoda su

³⁷ Cf. Lacan, Jacques. “El saber del psicoanalista.” Charlas en Sainte Anne. 1971 – 1972, pág. 17. Inédito.

escucha *“para restablecer, desde los retoños a él comunicados de lo inconsciente, esto inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del enfermo.”* Advierte sobre el peligro de *“...escoger entre el material ofrecido...”* porque *“... esa selección obedece a sus propias expectativas o inclinaciones.”* Recomienda tener en cuenta que *“...uno tiene que escuchar cosas cuyo significado solo con posterioridad discernirá.”* Añade: *“En este recordar, solo ocurren errores en tiempos y lugares donde uno es perturbado por haberse envuelto uno mismo y, por lo tanto, quedó enojosamente a la zaga del ideal del analista.”*³⁸ Ideal que, desde luego, nadie encarna aunque, no obstante, guía nuestra acción.

Lacan, retornando a la riqueza de estas enseñanzas freudianas, afirma que lo mejor para el analista sería *“aprender a mantenerse él mismo en la posición de subjetividad segunda en que la situación pone de entrada al controlador”*³⁹ (análisis de control o supervisión).

Dado que el inconsciente es un saber sin sujeto, sólo se puede aspirar a acceder a ese saber que lo determina. No obstante, el trabajo analítico no pretende acabar y cerrar algo, porque lo que lo hace eficaz es su incompletud, que debe ser impugnada y superada, relanzando así la tarea analítica a medida que avanza el proceso. Si no se respeta el límite de la imposibilidad lógica, el psicoanálisis se transforma en algo análogo a las creencias, que por definición no se cuestionan, se consideran completas en sí mismas. En su posición, el analista se maneja con un saber incompleto, abierto, que no tiene límites. Rendirse a esa verdad, es ser respetuosos de lo imposible de decir, de aquello ante lo cual el sistema significante se revela insuficiente, de lo que sólo se puede bordear como agujero, como ranura, lo real.

La brújula de la experiencia analítica está guiada por *“...esta pretensión de tocar lo real con el significante aun sabiendo que las palabras no están hechas para rellenar el vacío de la Cosa [...] sino para contornear el vacío, delimitar el*

³⁸ Freud, Sigmund. “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912). Buenos Aires, Amorrortu, 1986, T. XII, pág. 111 y sig.

³⁹ Lacan, Jacques. *Función y campo de la palabra* en “Escritos I”. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pág. 243.

*hueco, reconocer lo incolmable.”*⁴⁰ Y allí, entre amores, temores, sufrimientos y anhelos, es donde “*la subjetividad germina, se expande en esta grieta fecunda que se abre entre la escritura del goce y el decir que la ciñe hasta topar con lo imposible de su (e)misión...*”⁴¹

No se trata entonces de la arrogancia de saber, sino de dejarse llevar, aceptar dócilmente ser ‘engañado’ por las ficciones del deseo, las que permiten la emergencia de la insistencia repetitiva en las fisuras del discurso. El mantener cierta ingenuidad frente al saber inconsciente, protege al analista de equivocarse el camino, porque aún cuando se conozcan bien las leyes del inconsciente, sólo el discurso del analizante aportará los elementos que permitan acercarse a la particularidad del sujeto y no caer en prejuicios o dogmatismos preconcebidos a propósito de qué debe ser un sujeto y cuál es su Bien. La ética del psicoanálisis, está vinculada íntimamente al deseo y, dado que el deseo es causado por algo que no tiene medida común entre analista y paciente, el saber teórico del analista es, por fuerza, general, un saber que no da cuenta de la particularidad de ese paciente. La ética en juego es, como el deseo mismo, de lo singular, no hay un universal del ‘bien decir’. Conocer la teoría es ineludible, tan fundamental como tolerar que quede en suspenso lo que se sabe durante el trabajo analítico. El sujeto que llega al análisis, es, muchas veces, alguien abrumado ante lo real como imposible y la actitud analítica es de respetuosa humildad ante ese imposible.

Lacan diferencia ausencia de saber e ignorancia, esta última, junto al amor y al odio, está comprendida entre las pasiones del ser, que es una de las vías en las que se forma el ser. Ausencia de saber significa reconocer que falta algo y da lugar a interrogantes, la ignorancia en cambio, no es un vacío, es una certeza de algo (que no falta), y que impide hacerse preguntas. Cuando se reconoce la ignorancia, deja de ser una pasión (en el sentido de padecimiento del sujeto), y puede hacer lugar al no saber. La posición del analista no es de ignorancia, sino de no saber de antemano lo que el analizante podrá ir

⁴⁰ Braunstein, Néstor. *Goce y ética en la experiencia analítica*, en “Goce”. México, Siglo XXI Editores, 1998, pág. 211.

⁴¹ Braunstein, Néstor. *Goce y ética en la experiencia analítica*, en “Goce”. México, Siglo XXI Editores, 1998, pág. 211.

produciendo acerca de su inconsciente a través de la asociación libre. Lo que determina al sujeto como deseante, es su relación con la falta en el Otro. El objetivo del tratamiento analítico es acercarse a la verdad sobre el deseo inconsciente del analizante, al saber de la relación del sujeto con el orden simbólico, así lo expresa Lacan cuando dice que el psicoanálisis *“está gobernado por un objetivo particular, históricamente definido por la elaboración de la noción de sujeto. Plantea esta noción de una nueva manera, conduciendo al sujeto a su dependencia significativa.”*⁴²

No hay ninguna marca que evidencie la verdad en el discurso, ésta borbotea aquí y allá siempre entre líneas. El psicoanálisis puede darle valor dinámico al no saber, como cuando en ciencia se llega a un punto oscuro y, sin embargo, en lugar de detener la investigación, se le da nombre para poder seguir adelante, operando con él como incógnita.

Para Lacan, el saber es simbólico, a diferencia del conocimiento que es imaginario. S_2 , es saber simbólico, desconocido para el sujeto, por lo tanto, sinónimo de inconsciente. Es la articulación de significantes que arman cadena en el universo simbólico del sujeto. Y entre el S_1 y el S_2 hay una brecha, el analista tiene que situarse allí, en una posición de cierto rechazo del saber teórico y de aceptación de su falta de saber acerca del inconsciente del analizante. Debe además dejar vacío el lugar del deseo propio, para que allí se aloje el deseo del paciente como deseo del Otro de su historia particular. Porque en su función, no desea en cuanto sujeto, ya que no es como sujeto que está ahí, sino como objeto a , como un vacío, ocupando un lugar en el que no cuentan su deseo ni su saber.

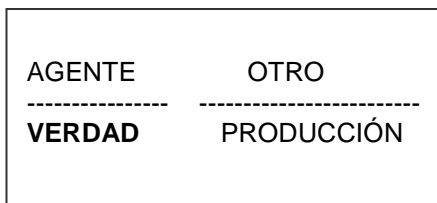
La cura se propone ir revelando el saber particular por el único medio posible: la asociación libre. Acceder a todo el saber no es posible, ya lo dijimos, el inconsciente es irreductible, entre saber y sujeto hay una división insalvable. El saber del que hablamos, saber sin sujeto, a -subjetivo, no preexiste, sino que

⁴² Lacan, Jacques. *La esquizia del ojo y la mirada*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977, pág. 87.

se produce en la relación, en la articulación, no es patrimonio de un sujeto determinado ni de un lugar (A). Lo cual no impide que siempre se suponga la existencia de un sujeto que posea ese saber simbólico. Miller juega con la escritura SsS y relaciona 'Sujeto supuesto Saber' con 'Saber sin Sujeto'.⁴³

El objeto es contingente, ninguno es más valioso que otro, sin embargo, ese objeto contingente se transforma, por retroacción, en necesario. Los objetos no tienen medida común, en el deseo del Otro todos son inconmensurables, por eso no existe el Bien común a todos. La ausencia de un único Bien que se comparta y permita la 'comunidad', es un duelo que el sujeto enfrenta y el duelo es una falta, un agujero en lo real. El deseo entonces, es causado por algo que no tiene medida común entre el analista y su paciente, por lo que el saber teórico de aquel, no le dice nada sobre ese paciente en particular.

La transferencia es el amor al saber que se supone a un sujeto, un saber sobre el inconsciente que, en el discurso analítico, ocupa el lugar de la verdad, abajo, a la izquierda:



'Liquidar' la transferencia consiste en "*revelar ese modo lógico que le es esencial, la contingencia.*"⁴⁴

Cuando me refiera a la posición del analista, explicaré con qué particularidades éste asume inicialmente la posición del ser del saber. Aclaro desde ya que se presta a asumir el ser del saber conservando siempre cierto escepticismo, cierto rechazo del saber en el sentido de abandonar en el ejercicio de su práctica los prejuicios, los falsos saberes. Lacan trata este particular,

⁴³ Cf. Brodsky, Graciela. "El acto psicoanalítico y otros textos." Bogotá, Nueva Escuela Lacaniana, 2002, pág. 157.

⁴⁴ Rabinovich, Diana. *Modos lógicos y amor*, en "Modos lógicos del amor de transferencia." Buenos Aires, Manantial, 1992, pág. 96.

comparando lo que se requiere del analista con lo que Nicolás de Cusa llamaba 'docta ignorancia'⁴⁵, con la ironía socrática y con el escepticismo pirroniano⁴⁶. Docta ignorancia del analista, que es docta porque sabe, e ignorancia porque debe saber ignorar lo que sabe, está relacionada por un lado con el deseo y por otro con el saber del analista. Ignorancia, dice Lacan, "*...no es para mí una minusvalía, tampoco es un déficit. Es otra cosa: la ignorancia está ligada al saber.*"⁴⁷

El saber en el discurso del analista es un saber en trozos, (trozos del propio análisis, de las contingencias de la relación de algunos sujetos con el objeto causa del deseo). No es un saber total, ni necesario, es un saber que se relaciona con el 'bien decir' del inconsciente. La afirmación de Lacan acerca de que el analista 'finge olvidar' que es su acto el que causa el proceso analítico, debe ser entendida a la luz de la ironía socrática. La ironía es un recurso retórico en el que se da a entender lo contrario de lo que dicen las palabras, o en que algo serio se dice en forma un poco burlona. La posición de Sócrates es la de aquel que no sabe y pregunta sin cesar. Su famosa ironía consiste entonces, en el ocultamiento del saber, en destacar la propia ignorancia para desde ahí interrogar al interlocutor y hacerle asumir poco a poco las consecuencias de su posición. Ese método perturba al otro hasta el punto de provocarle angustia.

Algo análogo a lo que ocurre con el analizante que es llevado a responsabilizarse por su palabra. El analista finge olvidar la no verdad y la no esencia del ser de su analizante, así como también su destino en el proceso analítico, que consiste en ser objeto causa de deseo, desechado cuando al fin quede en evidencia el vacío de esa causa, la inexistencia de un valor universal, mensurable, ausencia del objeto que es el fundamento del falso ser al que se aferraba el analizante.

⁴⁵ La Docta ignorancia hace referencia al título de una obra del matemático medieval Nicolás de Cusa que influyó en el pensamiento de los fundadores de la revolución científica moderna.

⁴⁶ Por Pirrón, fundador de la escuela escéptica, heredera de Sócrates.

⁴⁷ Lacan, Jacques. "El saber del psicoanalista." Charlas en Sainte Anne (1971-1972). pág. 10. Inédito.

El vacío que el analista preserva al hacer semblante de objeto *a*, crea las condiciones de posibilidad para el surgimiento del objeto *a* como causa de deseo del analizante y promueve el trabajo analítico.

El anhelo de saber es insaciable y el conocimiento total de un objeto es imposible, de manera que un anhelo insaciable se corresponde con una imposibilidad de conocimiento acabado. Sin embargo, cada nuevo paso en el conocimiento, es un grado de docta ignorancia, docta por lo que aporta e ignorancia por lo que falta. Este concepto de saber superable, valoriza la curiosidad e impulsa al sujeto en la búsqueda de un saber cada vez más preciso. Nicolás de Cusa le quita a la curiosidad el estigma de pecado de soberbia, que era la opinión de su época, y le adjudica una connotación positiva digna de ser cultivada.

Lacan afirma que el deseo del hombre ha sido adormecido por los moralistas, domesticado por los educadores para refugiarse por fin en la pasión más sutil y ciega: la pasión del saber.⁴⁸ El hombre acumula significantes y aumenta el saber en un intento de recuperar su unidad perdida. Por eso afirma Lacan que el saber es el goce del Otro, porque es el único al que engorda la producción de saber, sin que el sujeto se acerque más a su ser.

Freud operó un viraje al vincular la ética a la relación del sujeto con el deseo y no con los bienes. Lacan dice que solamente repudiando el ideal del bien, es posible avanzar en la experiencia analítica. Miguel Méndez lo compara con el 'potlach', la destrucción de bienes como medio para hacer aparecer el valor. Considera que dejarse llevar por la pasión de saber, también es un deslizamiento hacia los bienes.⁴⁹ Del mismo modo desear el bien es traicionar el inconsciente, que sólo está sostenido por el deseo, por el discurso.

⁴⁸ Cf. Lacan, Jacques. *Las paradojas de la ética*, en Seminario 7: "La ética del psicoanálisis" (1959-60), Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 385.

⁴⁹ Cf. Méndez, Miguel. *De los bienes*, en Bekerman, J. y otros, "Acerca de la ética del psicoanálisis". Buenos Aires, Manantial, 1990, pág. 23-24.

El resto entre el saber y su aplicación a lo real, es lo que Lacan llama objeto *a*, un resto que no es abarcable por el saber, porque opera más allá de él aunque sea su producto y, aunque resulte paradójico, también es su causa, lo que lo estimula.

El psicoanálisis se ocupa de un saber ignorado acerca del deseo, eso es lo que cuenta como verdad. Terminemos este apartado con una sucinta frase de Lacan que nos lleva a nuestro próximo tema, la verdad:

*“... insistí sobre la diferencia entre saber y verdad. Por lo tanto, si la verdad no es el saber, es que es el no-saber.”*⁵⁰

⁵⁰ Lacan, Jacques. “El saber del psicoanalista.” Charlas en Sainte Anne. 1971 – 1972, pág. 13. Inédito.

CAPÍTULO V

LO CONTINGENTE QUE SE VUELVE NECESARIO: VERDAD ⁵¹

*“Dai diamanti non nasce niente,
dal letame crescono i fiori.” ⁵²*

Las reflexiones precedentes acerca del saber nos dan la vinculación con el tema de la verdad. Establecer qué se considera verdad ha sido, desde siempre, objeto de estudio para la filosofía y la teología. El Diccionario define así las principales acepciones de verdad:⁵³

(Del lat. *veritas*, -*ātis*):

- Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente.
- Conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa.
- Propiedad que tiene una cosa de mantenerse siempre la misma sin mutación alguna.
- Juicio o proposición que no se puede negar racionalmente.
- Existencia real de algo.

Tenemos además:

1- Criterio de verdad en Aristóteles: se refiere al ser porque intenta nombrar la sustancia de una cosa.

2- Verdad contrapuesta a falsedad: para Aristóteles son los juicios.

⁵¹ **Contingente**: 'lo que cesa de no escribirse': -por la contingencia de lo que el sujeto fue para el deseo del otro; -porque la verdad lo es en tanto toma estatuto de verdad. **Necesario**: 'lo que no cesa de escribirse': -'no...sin', causa necesaria, (aunque no suficiente); -**axioma fantasmático**: frase con valor de verdad, que no se cuestiona y a partir de la cual se construyen el marco y la pantalla con que organiza la realidad el sujeto.

⁵² *“De los diamantes no nace nada, del estiércol crecen las flores”*, (la traducción es mía), de la canción 'Bocca di rosa' (Boca de rosa), de Fabrizio De André (Faber): Génova, 1940 – Milán, 1999. Cantante y compositor. En su obra, cantó principalmente historias de marginados, rebeldes y desheredados. Prestaba gran atención a la calidad de sus obras y muchas de sus letras, entre las que se incluyen textos en dialecto genovés, son estudiadas como expresión importante de la poesía del siglo XX en Italia.

⁵³ Diccionario: www.rae.es.

3- Verdad como revelación: para San Agustín la verdad está en Dios, que emite señales para mostrársela al sujeto.

4- Verdadero entendido como eficaz: es el criterio del utilitarismo del siglo XIX, lo que no es eficaz, es falso. También Freud se planteaba que una interpretación era verdadera si producía efectos.

5- El hegeliano que dice que la verdad es lo que le falta al saber para completarse (uno de los dos los criterios de más peso en Lacan). Supone que el saber puede avanzar sobre lo real; cuando aparece algo que le falta al saber en relación al conocimiento de lo real, adquiere valor de verdad, no obstante, inmediatamente queda capturado por el saber y ya no es más verdad, sólo lo es en el momento de irrupción en que agujerea el saber. Para Lacan, esto es estructural, porque lo real es inagotable, nunca el saber podrá llegar a tomar todo lo real. Es sólo un instante, inmediatamente es captado y queda a merced del yo que le da sentido, con lo que deja de provocar efectos. La verdad se construye a partir de significantes y dada la ambigüedad propia del significante ninguno puede dar cuenta de toda la verdad. Este es el criterio que funciona en los cuatro discursos.

6- La otra concepción de peso en Lacan es el criterio lógico de verdad, que desarrolla cuando habla de la lógica del fantasma. El 'no... sin', que hace referencia a una causa necesaria pero no suficiente.

Nos ocuparemos de estos criterios para abordar el problema de la verdad en psicoanálisis.

a- Verdad no es exactitud: esta última es una medición en lo real, es la meta de las ciencias exactas. La ciencia toma como verdad (en el sentido de exactitud) cada avance en el saber sobre lo real y después pretende hacer algo en lo real con lo sabido, consigue así ir corriendo las fronteras entre ambos. La verdad en cambio, aparece con el lenguaje, antes de la palabra no hay nada cierto o falso. Para el psicoanálisis la palabra es la única manera de revelar la verdad sobre el deseo.

b- Verdad y ciencia: La ciencia apunta al conocimiento de la verdad (entendida como exactitud), pero no puede pretender que sólo ella tiene acceso a la verdad. Para Lacan la ciencia excluye al sujeto. Ese sujeto excluido es el que aborda el psicoanalista, es el que, por ejemplo, además de beneficiarse de los avances en todas las áreas de la medicina, quiere acceder a una verdad que es desestimada por la ciencia médica porque no es pasible de ser medida.

Los términos en que aparece aquello que sin ser exacto es verdadero, no pueden ser apreciados sino por quienes hacen justamente de esos 'desechos' una materia prima del mayor valor y de lo excluido lo imprescindible, es todo aquello sin lo cual no avanza el trabajo analítico: "...*dal letame crescono i fiori*".

c- Verdad y falsas apariencias: las apariencias son engañosas, sin embargo, las falsas apariencias no constituyen un obstáculo para el analista, porque las toma en cuenta como una forma de presentación de la verdad. Lacan establece además, una relación importante con lo imaginario y lo simbólico: lo imaginario son los fenómenos observables que funcionan como señuelos y lo simbólico son las estructuras que no pueden observarse pero sí deducirse. Un término que emplea Lacan al hablar de falsas apariencias es 'semblante', que a lo largo de su obra va teniendo distintas significaciones: la dimensión de mascarada de la sexualidad femenina; el orden simbólico en sus relaciones con lo imaginario y lo real; en "De un discurso que no fuera semblante" (1971), verdad y apariencia no se oponen sino que son dos caras de una banda de Moebius (o sea, una única cara); en el Seminario 20: "Aún", sostiene que el objeto *a* es un semblante (apariencia) del ser.

d- Verdad, mentiras, engaño: engaño y mentiras no se oponen a verdad, forman parte de ella y es tarea del analista mostrar la verdad inscripta en el engaño de lo que dice el analizante. Las mentiras permiten a menudo, acercarse a la verdad sobre el deseo. Y también es cierto lo contrario, en una verdad (del enunciado) puede leerse el engaño del sujeto de la enunciación.⁵⁴

⁵⁴ Cf. Ejemplo de Freud citado por Lacan: '¿Por qué me dices que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg, cuando vas de veras a Cracovia?'

e- Verdad, error y actos fallidos: la verdad sobre el deseo puede mostrarse en los actos fallidos y el error, por eso un acto fallido lo es sólo desde la perspectiva de lo consciente, con frecuencia, sin embargo, es un acto logrado.

f- Verdad y real: Lacan afirma que la verdad es similar a lo real, aunque también señala la oposición entre verdad y real. Tomemos la primera afirmación, si la verdad es lo que le falta al saber para llegar a lo real, podemos entender la verdad como una falta (del mismo modo que lo real es una falta, un vacío), nunca podrá llenarse la brecha entre saber y real, porque lo real es una falta insalvable. Con respecto a la verdad como opuesta a real, recordemos que lo real es lo imposible que *'no cesa de no escribirse'*: aquí la oposición entre verdad y real se da en que la verdad, en tanto certeza, tiene la pretensión de que lo real dejará de aparecer y de enfrentar al sujeto con un límite. Solo al tejer significantes en los bordes (siempre volubles) de lo real, se va produciendo una creación en torno de aquello que se escapa.

La semejanza entre verdad y real podemos verla en el axioma fantasmático que tiene valor de verdad, y en donde las palabras para dar cuenta del axioma faltan, del mismo modo que cuando se quiere dar cuenta de lo real. Es la imposibilidad de lo simbólico ante lo real.

g- Verdad y ficción: ficción no es sinónimo de falso, sino una construcción, una convención y está más cerca de la verdad que de la falsedad porque, sostiene Lacan, la verdad está estructurada como una ficción:

“La palabra define el lugar de lo que se llama la verdad. Lo que marco... es su estructura de ficción, es decir, también de mentira. En verdad, viene al caso decirlo, la verdad no dice la verdad -no a medias- más que en un caso: es cuando dice “miento”. Es el único caso en el que se está seguro de que no miente porque ella es supuesta saberlo. Pero de Otro modo (‘Autrement’), es decir de Otro modo con A mayúscula, es muy posible que diga de todos modos

*la verdad sin saberlo. Es lo que intenté marcar con mi S mayúscula, paréntesis de A mayúscula, precisamente, y tachada.*⁵⁵

La verdad siempre aparece velada, por eso el discurso que incumbe al psicoanálisis es el discurso roto, vacilante, que permita vislumbrar alguna verdad que rasgó el velo del relato organizado.

Lacan diferencia 'discurso verdadero', que es la aspiración al conocimiento de lo real, el intento de adecuación a los objetos (uno de los criterios de verdad que enumeramos), de 'palabra verdadera', aquella en la que el sujeto se involucra, da su 'palabra', se compromete con lo que dice, que es la que nos interesa.

La verdad no es única ni común a todos, sino singular para cada sujeto. Lacan agrega que no es bella y no siempre resulta beneficioso conocerla. En efecto, no se presenta con los ornatos que le son gratos al criterio lógico, estético y moral del yo, no es una buena forma, armoniosa, completa y con sentido.

El que consulta al analista rechaza que el saber sancionado como verdadero pueda dar cuenta de su padecer, de una verdad singular que lo hace sufrir y que vincula con un saber todavía no sabido. Confía en que si logra saber, se librará del sufrimiento. El trabajo analítico se dirige al punto donde el saber vacila, titubea, porque se acerca a los confines de lo conocido y avanza en el territorio inexplorado de lo no sabido. El psicoanalista intenta abordar lo real por lo simbólico.

La investigación científica se basa en superar las apariencias tratando de penetrar hasta la realidad oculta, también el psicoanálisis a partir de las apariencias y sorteando los obstáculos, intenta acercarse a la verdad. Sin embargo, las apariencias no son lo mismo en una que en otra. Para el científico, la falsa apariencia no tiene la connotación de engaño deliberado, por lo que Lacan dice que un axioma de la ciencia es creer en un Dios que no

⁵⁵ Lacan, Jacques. "El saber del psicoanalista." Charlas en Sainte Anne. 1971 – 72, pág. 19. Inédito.

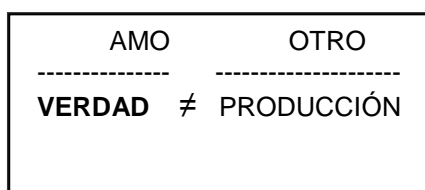
engaña, en psicoanálisis en cambio, la falsedad puede estar motivada por el engaño.

Por otra parte el sujeto cartesiano no busca la verdad sino la certeza, y sobre todo la certeza de ser: 'si dudo es porque pienso y si pienso, soy', apunta a lo real de su existencia. La ciencia, que aspira al saber sobre lo real, opta por la exactitud y deja el problema de la verdad a cargo de Dios (que no engaña).

También en Freud la vacilación, la duda, constituyen una certeza, la de estar ante un pensamiento inconsciente, solo que en él remite a una verdad que implicaba al sujeto. Es lo que quiere mostrar Lacan cuando sostiene que el estatuto del sujeto del inconsciente no es óptico (porque no podemos decir que es, ni que no es), sino ético, en la medida en que el imperativo freudiano nos manda acudir allí donde aparece a ocuparnos de él y así acercarnos a la verdad del deseo.⁵⁶

La verdad siempre aparece en el discurso, pero vimos que su modo de presentación es variado, no viene con los emblemas de su rango para que la identifiquemos fácilmente. Se puede presentar en los fallos, las mentiras, los engaños, las falsas apariencias. El analista, que conoce esta particularidad del discurso, no se siente engañado y por eso puede discernir la verdad disimulada en la palabra.

En los discursos que Lacan formula para mostrar la estructura de los distintos lazos sociales, reserva un lugar para la verdad, que puede ser ocupado por cada uno de los cuatro términos que propone: es decir que al lugar de la verdad puede venir: S_1 , S_2 , a , $\$$, según el discurso de que se trate.



⁵⁶ Cf. Safouan, Moustapha. "Lacanian II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979". Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 40.

La verdad es lo que hace funcionar a quien aparece como agente aunque éste desconoce que se mueve impelido por algo que está más allá de su propia determinación. En el caso del amo, la verdad oculta es su división subjetiva; en el discurso universitario, es el amo que consigue hablar por su boca; en el caso de la histérica es el objeto *a*, que no puede ser pedido en la demanda y tampoco puede ser satisfecho con objeto alguno y en el caso del discurso del analista, la verdad oculta es el saber en tanto es incompleto y no puede dar cuenta del deseo singular del analizante que es lo que cuenta como verdad en la situación analítica.

Acercarse a la verdad sobre el deseo inconsciente del analizante, es saber de la relación del sujeto con el orden simbólico, con los significantes que lo determinan. Sin embargo, la verdad no es un preexistente listo a la espera de que el analista la revele, se va construyendo durante la cura.

El deseo del analista tiene estrecha relación con el lugar de causa de deseo y con el valor de la verdad como contingente. El analista en posición de objeto *a*, ocupa el lugar de causa para promover la labor analítica y tiene la mira puesta en que el analizante no se desvíe de su trabajo: aproximarse a la verdad en juego en su deseo. En el proceso analítico, el analizante se enfrenta a la contingencia de lo que él fue para el deseo del Otro.

Diana Rabinovich vincula ética e inconmensurabilidad ya que si bien el deseo es la medida común para todos los hablantes, *“la ley del deseo no tiene común medida, no es conmensurable con la ley en su estatuto social”*⁵⁷. La ley que determina qué se desea y cuáles son las condiciones de amor, es particular. El sujeto que en el análisis accede a su propia ley del deseo: la *Átè* (fatalidad, destino, maldición familiar), encuentra lo trágico en los determinantes que han guiado sus actos. La tesis de Lacan en este seminario es que un mandamiento o ley moral *“...es aquello por lo cual, en nuestra actividad en tanto que estructurada por lo simbólico, se presentifica lo real...”*⁵⁸

⁵⁷ Rabinovich, Diana. *Modos lógicos del amor de transferencia*. Buenos Aires, Manantial, 1992, pág. 8.

⁵⁸ Lacan, Jacques. *Introducción de la cosa. Placer y realidad*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-60), Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 30.

Reconocer la contingencia de lo verdadero, implica la pérdida de la necesidad, permite que esa verdad contingente pueda caer una vez terminado el análisis y permite también, en el mejor de los casos, una mirada de humor ante la vacilación de lo que parecía inconmovible.⁵⁹

En “La lógica del fantasma”, Lacan muestra el modo en que Descartes salta la problemática entre el pensar y el ser sustituyéndola por un ser del ‘je’, salto que califica como pasaje al acto. Afirma que en la fórmula cartesiana lo importante no es el ‘cogito’ ni el ‘sum’ sino el nexa lógico del ‘ergo’ que equivale a la implicación: “si y sólo si ‘a’ entonces ‘b’”. Como trabaja con la tabla de verdad que admite que de lo verdadero se siga lo verdadero, pero también que de lo falso se siga lo verdadero, tenemos que centrarnos en la legitimidad o no de la implicación y no en la exactitud de las premisas.

Para operar con la lógica de proposiciones, hace falta que las premisas se encadenen en relación con lo verdadero y lo falso. Hablamos de implicación cuando lo verdadero engendra lo verdadero, e intervienen dos tiempos: la prótasis, primera parte en donde se plantea que lo afirmado es verdadero y la apódosis, segunda parte, que también será verdadera.

También puede darse el caso de una prótasis falsa y una apódosis verdadera, para los estoicos eso también es verdadero, porque de lo falso puede ser implicado tanto lo verdadero como lo falso. Lo que no puede darse es una prótasis verdadera y una apódosis falsa.

De modo que el ‘yo pienso’ puede ser premisa verdadera o falsa y en cualquier caso la conclusión ‘yo soy’ sería tomada por verdadera. Planteo de interés para el psicoanálisis que, aunque no trabaja con la relación causa-efecto, capta lo sugestivo de la relación proposicional que reduce el ser, a un ser centrado en la condición de pensante, ser que Lacan le va a arrebatarse.

⁵⁹ Cf. Rabinovich, Diana. *El deseo del analista y la ironía socrática*, en “El deseo del psicoanalista”. Buenos Aires, Manantial, 1999, pág. 36.

La conclusión instala un ser del 'je' que Lacan trabaja y que abordaré al ocuparme de los conceptos de alienación y separación. El 'cogito' cartesiano es totalmente contrario al estatuto del inconsciente, por lo tanto no podemos partir de él para abordar la estructura inconsciente. Lacan nos recuerda que hay *"... ciertas funciones en las que el sujeto no se encuentra simplemente en posición de ser agente sino en posición de sujeto, en tanto que el sujeto está más que interesado, forzosamente determinado por el acto del que se trata."*⁶⁰

Lo importante es saber que aun si 'soy' es verdadero, eso no impide que 'pienso' sea falso. Hay que determinar si la implicación es falsa, porque en ese caso, el lazo entre los dos términos podría ser rechazado:

*"Pienso es yo quien lo dice. Puede ser que crea que pienso y que no piense, ocurre a menudo. La implicación pura y simple que se llama implicación material no exige más que una cosa: que la conclusión sea verdadera."*⁶¹

Lo que explica que la interpretación, aún sin ser completa ni verdadera, pueda provocar efecto de verdad. Miller sintetiza con una frase lo específico del término 'verdad' en psicoanálisis:

*"La verdad de que se trata en psicoanálisis no se verifica, si verificar es certificar la conformidad."*⁶²

Es decir, no podríamos aseverar que se corresponde con un suceso realmente acaecido de esa forma, no hay correspondencia con el referente (para usar un término de Frege⁶³).

"La verdad en psicoanálisis no es del enunciado sino de la enunciación. Por eso Lacan la hace hablar en primera persona. "Yo, la verdad, hablo" y no "yo

⁶⁰ Lacan, Jacques. Seminario 14: "La lógica del fantasma" (1966-67). Inédito. Clase 4, pág. 45.

⁶¹ Lacan, Jacques. Seminario 14: "La lógica del fantasma" (1966-67). Inédito. Clase 4, pág. 44-45.

⁶² Miller, Jacques-Alain. *Un viaje a las islas*, en "Matemas II". Manantial, Buenos Aires, 1994, pág. 79.

⁶³ Gottlob Frege: (1848-1925). Matemático, filósofo y lógico alemán. En 1879 publicó "Escritura conceptual", sobre la lógica matemática moderna, introdujo una nueva sintaxis, en la que destaca la inclusión de los llamados cuantificadores («para todo» o «para algún caso de»), siendo el primero en separar la caracterización formal de las leyes lógicas de su contenido semántico. biografiasyvidas.com

*digo la verdad”, la verdad no dice la verdad. No es sino uno de los nombres del Otro del que no hay Otro: el mentiroso sin mentor.”*⁶⁴

Queda por aclarar donde se evidencia la duplicidad entre sujeto del enunciado-sujeto de la enunciación. El sujeto del enunciado funciona transformando las evidencias en coartadas, semejante al funcionamiento post hipnótico de los pacientes de Charcot, pretende poder dar cuenta en todos los casos de las razones de sus dichos y comportamientos. El sujeto de la enunciación, por su parte, se sitúa en la sincronía y se hace manifiesto en cada traspie del discurso, cuando se revela que el sujeto del enunciado y el de la enunciación no coinciden en uno indiviso. Lo que surge, lo que nace, provoca sorpresa ante el hallazgo, aunque inmediatamente parece ya sabido y por añadidura vuelve a desvanecerse. Esa es la particularidad del inconsciente, la intermitencia de su aparición y su desvanecimiento, un sujeto que surge como ausencia. En esa falla en la continuidad, en ese corte, en esa ruptura, se evidencia la presencia del deseo.⁶⁵

La verdad en psicoanálisis no se plantea en relación a la realidad en juego sino en relación a la palabra, “...*sólo puede haber adecuación a la cosa fuera del registro del significante y del sujeto.*”⁶⁶ La palabra solo se plantea como verdad o mentira por relación a un lugar tercero, diferente de los participantes. Es por eso que se puede hablar de mentira aún en un enunciado verdadero, como en el ejemplo que Lacan retoma Freud acerca del viajero acusado de mentir porque le dice a otro que va a Lemberg (y allí va) para que crea que va a Cracovia. Vemos entonces, que se puede ser mentiroso diciendo la verdad y se puede ser veraz mintiendo.

Otro interés de esta lógica, es que permite un imposible lógico absolutamente formal: ‘si...entonces’, del que por negación e inversión se pasa al ‘no hay...sin’, un imposible también utilizado por Freud. La proposición ‘no.... sin’, implica que la condición se vuelve necesaria, es allí donde surge la causa.

⁶⁴ Miller, Jacques-Alain. *Un viaje a las islas*, en “Matemas II”. Manantial, Buenos Aires, 1994, pág. 80.

⁶⁵ Cf. Safouan, Moustapha. “Lacanian II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979”. Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 37.

⁶⁶ Chemama y Vandermersch. “Diccionario del psicoanálisis”, Buenos Aires, Amorrortu, 2004, pág. 688.

Aunque hay que considerar que es condición necesaria pero, a menudo, no suficiente.

Freud habla de líneas de asociación que convergen en puntos privilegiados, es decir, muestra cómo funciona la estructura de red. Sabiendo que el traumatismo no es un acontecimiento, siempre lo preocupó la dimensión de la verdad entendida como la relación con el significante. También en esto Lacan es fiel a Freud:

*“Sobre lo verdadero y lo falso los estoicos se han interrogado por esta vía lógica, a saber, qué hace falta para que lo verdadero y lo falso tengan relación con la lógica, en el sentido que le damos aquí: que el fundamento de la lógica no hay que tomarlo en otro lado más que en la articulación del lenguaje en la cadena significante.”*⁶⁷

La lógica moderna se funda en ciertas reglas llamadas axiomas. Un axioma se define como un postulado primero que no se discute, se trabaja a partir de él y determina lo que se considerará verdadero o falso. Hasta Kant un axioma quedaba eximido de ser demostrado, era una verdad indiscutible, se lo consideraba evidente en sí mismo, el más importante era el principio de contradicción.

Las características que debe cumplir un conjunto axiomático son:

- ser coherente, es decir que no pueda deducirse de él una proposición y su contraria,
- ser decidible, es decir que de dos proposiciones contradictorias una de ellas debe poder demostrarse y, en consecuencia, debe ser posible decidirse por una u otra,
- ser independiente, o sea que un axioma no debe depender de otro.

El psicoanálisis nos plantea el desafío de operar con un discurso que no se aviene a los principios de no contradicción y de decibilidad, el inconsciente no

⁶⁷ Lacan, Jacques. Seminario 14: “La lógica del fantasma” (1966-67). Inédito. Clase 3, pág. 30.

se somete al 'patrón' (medida patrón) con que se maneja la ciencia en el resto de sus objetos de estudio.

Actualmente no se considera que un axioma sea evidente por sí, sino que se los entiende como convenciones que no implican en sí mismas valor de verdad o falsedad:

*“Tenemos el derecho de inscribir en los significantes lo verdadero y lo falso como algo maleable lógicamente.”*⁶⁸

La significación de verdad del fantasma opera como cuando en lógica se pone 'V' de verdadero, pero en este caso la frase, al estar separada de todo contexto, no remite a otra significación. Un axioma fantasmático es una creación del significante que no tiene justificación previa posible, no se deduce de otra, es una significación absoluta y marca un comienzo. Sin embargo, no se puede predecir el desarrollo imaginario que le seguirá. Sí se puede decir, que esta afirmación, desgajada de su contexto y con valor de verdad, así como no se deduce de otra, tampoco remite a otra. Eso vuelve muy dificultoso el trabajo de transformar la relación entre el sujeto y la condición de verdad absoluta, indiscutible, que sentencia el fantasma.

Esa primera sentencia, no revela lo real, sino que más bien lo vela. Más allá no podemos buscar una verdad, porque lo que encontramos es lo real, que es a lo que tiende el análisis. Por eso se habla de atravesar el fantasma, en el sentido de ir más allá del axioma fantasmático, al encuentro de lo real.

Como la significación no se puede fijar, no es unívoca, no queda otra posibilidad que atribuir la significación a un agrupamiento significante y esa es la función que le reconoce al fantasma, que consiste en una posibilidad significante de capturar al objeto *a* y al sujeto en una frase. El fantasma adquiere el estatuto de axioma y se lo debe tomar tan literalmente como sea

⁶⁸ Lacan, Jacques. Seminario 14: "La lógica del fantasma" (1966-67). Inédito, Clase 3, pág. 30.

posible. Plantea el modo en que el sujeto se las arregla frente a la falta de complementariedad sexual.⁶⁹

De modo que el axioma fantasmático le sirve al sujeto como un escudo frente a lo real y es una proposición que no es en sí misma verdadera o falsa sino que depende del momento y el lugar en que fue acuñada. El sujeto toma esa aseveración sin objeciones y aún en el caso de que conozca su contenido, no alcanza a evaluar las implicaciones que tiene para él. El contenido del fantasma está vinculado a la pulsión y determina al sujeto en la medida en que construye la escena y los roles que jugarán el sujeto y sus otros significativos.

El fantasma como axioma es lo que queda cuando se va desvaneciendo el orden simbólico a medida que se avanza en el saber. No es que el sujeto se resista a decir, sino que se encuentra ante una falta de palabras, una falta del saber: “No sé más. Se pega a un niño”. Millán considera que la expresión ‘no sé qué’, de la lengua castellana, es muy apropiada para explicar el punto donde cesa el discurso. El hecho de que el fantasma sea una frase, no quiere decir que obedece a las reglas del significante. Lo determinante en el axioma fantasmático es que se trata de una lógica y que son las premisas en que el sistema se funda, constituyen el punto de partida de todo el sistema que, sin embargo, no queda sujeto a sus leyes.

En esa falta del saber, encuentra su lugar ese resto de lo simbólico que es el axioma fantasmático. Son frases primeras que se postulan y no solo no están en discusión sino que a partir de ellas se va determinando lo verdadero y lo falso.

Se consideran entonces, tres pilares fundamentales:

- la verdad toma estatuto de valor de verdad,
- no hay universo del discurso,
- un significante no puede significarse a sí mismo.

⁶⁹ Cf. Safouan, Moustapha. “Lacanian I: Los seminarios de Jacques Lacan, 1953-1963”. Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 39, 55.

*“...es de la naturaleza de todos y cada uno de los significantes no poder en ningún caso significarse a sí mismo.”*⁷⁰ Admitir que el significante no puede significarse a sí mismo, implica que hay algo que no pertenece al conjunto de los significantes. El lenguaje no podrá entonces constituir un sistema cerrado, porque no hay universo de discurso, o, lo que es lo mismo, en el universo de discurso no hay nada que contenga todo, siempre habrá un significante en más o un significante en menos, según como se lo considere.

Las intervenciones del analista no apuntan a los enunciados y al yo (que plantearía una relación dual en el plano imaginario), sino que se interesa por la enunciación y el sujeto.

La verdad, en esta concepción, tiene un tope, el registro simbólico no puede absorber todo lo real, por eso Lacan afirma que la verdad se dice solo a medias, hasta un punto en el trabajo analítico en que se llega a una ‘verdad incurable’, que implica haber alcanzado un saber acerca de los límites (estructurales) de la relación del sujeto con lo real:

*“...el análisis no cambia nada en lo real y (que) ‘lo cambia todo’ para el sujeto...”*⁷¹

Quisiera terminar recordando la cita de lo que Lacan llamó *“una de las verdades fundamentales que Freud volvió a encontrar por medio del psicoanálisis: Es que a una verdad nueva, no es posible contentarse con darle su lugar, pues de lo que se trata es de tomar nuestro lugar en ella. Ella exige que uno se tome la molestia. No se podría lograr simplemente habituándose a ella. Se habitúa uno a lo real. A la verdad, se la reprime.”*⁷²

⁷⁰ Lacan, Jacques. Seminario 14: “La lógica del fantasma” (1966-67). Inédito. Clase 1, pág. 12.

⁷¹ Lacan, Jacques. *Variantes de la cura tipo*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 337.

⁷² Lacan, Jacques. *La instancia de la letra en el inconsciente*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 501.

CAPÍTULO VI

LA PRODUCCION DEL OBJETO *a*:

ALIENACIÓN Y SEPARACIÓN

El humano, como ser de reproducción sexual, está condenado a la muerte individual, esta carencia real es seguida por una carencia segunda, la de su determinación por el encadenamiento significativo en el campo del Otro.

En un mismo movimiento cae preso de la dependencia del lenguaje para poder funcionar como ser parlante y queda reducido a no ser sino un significante en relación a otro. Recordemos que es propio del significante no poder significarse a sí mismo más que engendrando una falta de lógica (los ejemplos más conocidos son la paradoja del barbero y la de los catálogos). Como todo significante, no es sustancial, no tiene una esencia, un ser que pueda ser dicho, sólo se define por oposición a otros, de modo que siempre son necesarios al menos dos significantes. En la brecha entre ambos, queda en suspenso, ni en uno ni en otro, es decir que en el campo del Otro el sujeto tiene una localización indeterminada.

Hay dos operaciones fundamentales en la constitución subjetiva: la alienación y la separación. Alienación al significante primero, S_1 , que lo sujeta al discurso que lo preexiste. Al intentar salir de esta determinación primera apela al S_2 , con lo cual entra en la indeterminación significativa sin encontrar ninguno que lo signifique totalmente, por lo que quedará constituido como sujeto dividido, ni en S_1 ni en S_2 , surgirá entre ambos, Lacan lo escribe \$:

*“...lo que no está allí el significante no lo designa, lo engendra, lo que no está en el origen es el sujeto.”*⁷³

La primera operación esencial en la que se funda el sujeto es la alienación, y consiste en que el sujeto está condenado a aparecer en la división: si aparece como sentido producto del significante, es a costa de su desaparición en otra

⁷³ Lacan, Jacques. Seminario 14: “La lógica del fantasma”. Inédito. Clase 1, pág. 10.

parte. *“La verdad de la alienación no se muestra más que en la parte perdida.”*

⁷⁴ El S_1 es el significante unario, el sujeto aparece en primer lugar en el campo del Otro y representa al sujeto para otro significante S_2 (significante binario), que tiene como efecto la afanisis del sujeto. El fading consiste en que si el sujeto aparece en un significante, en el otro se desvanece. Una consecuencia de la alienación es que el sujeto queda en suspenso, vacila ante el efecto afanísico del significante. La alienación puede formularse como “no hay de eso...sin eso otro”, es decir, una condición necesaria que se convierte en razón suficiente para causar la pérdida. La posición de alienación en la estructura no es optativa, es inevitable para la instauración del sujeto.

En “La lógica del fantasma”, Lacan plantea las fórmulas lógicas que considera decisivas para entender el inconsciente. La alternativa ‘o no pienso o no soy’, impone una elección que le permite trabajar las operaciones de alienación y separación. Para eso transforma el “Cogito, ergo sum” de Descartes con la negación de de Morgan en una disyunción que toma la forma siguiente: ‘o yo no pienso o yo no soy’. Hace un desarrollo que le permite afirmar que ambas no pueden ser verdaderas simultáneamente y tampoco por implicación. La conjunción del ser y del saber no es posible, no por contingencia sino por estructura. Este ‘vel’ alienante, el ‘o’ que impone elegir entre el ser o el sentido, entraña una pérdida. Lo que se pierde es el sin-sentido, dimensión del inconsciente, el sujeto, en consecuencia, queda dividido y en esa grieta se desvanece, aunque queda un resto como vestigio de esa pérdida: el objeto a .

⁷⁵ Vemos la afanisis del sujeto ante el significante en la fórmula de la pulsión ($\$ \langle \rangle D$), que es la demanda que insiste más allá de la intención consciente y también en el caso de la fórmula del fantasma ($\$ \langle \rangle a$).

La elección es forzada porque debe elegir entre el ser y el sentido en una ilusión de alternativa semejante a la de “la bolsa o la vida”. Entre dos opciones malas, opta por el ‘no pienso’ para aferrarse a un ser aún a costa de esa renuncia; sin embargo, la consecuencia es que al ser que preserva de este

⁷⁴ Lacan, Jacques. Seminario 14: “La lógica del fantasma” (1966-1967). Inédito. Clase 6, pág. 63.

⁷⁵ Cf. Safouan, Moustapha. “Lacanianana II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979”. Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 55-58.

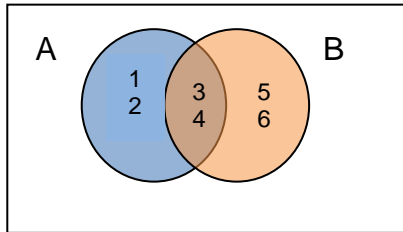
modo, solo podrá designarlo, pero no podrá pensar nada de él. Se produce la paradoja de que no hay emergencia del sujeto sin su concomitante afanisis, no surge al nivel del sentido a menos que se desvanezca en el lugar del ser.

A Lacan le interesa el planteo de Descartes porque el 'Cogito, ergo sum' rompe con la metafísica aristotélica que se centraba en el ser y la reduce a la de un ser del yo. Descartes, a diferencia de la posición habitual de los escépticos de su época que refutaban todos los saberes porque sostenían que no se podía saber nada, encuentra un nuevo camino para arribar a una certeza. Sin embargo, la certeza no se adquiere de una vez, y dado que es necesaria la repetición, su método será la duda sistemática. Si la elaboración cartesiana acota el problema del ser a un ser del yo, Lacan avanza hasta arrebatarle también ese ser. Sostiene que el descubrimiento de Freud conduce a rechazar el ser del yo, de modo tal que no es posible volver a plantear un ser ni del lado del inconsciente ni del lado del ello.

El "Cogito, ergo sum" por su estructura de lenguaje nos permite ver que el sujeto no se encuentra en posición de agente sino que es consecuencia del acto de pensar.⁷⁶ La conclusión cartesiana que afirma el ser en el hecho de pensar es calificada por Lacan como un pasaje al acto. En efecto, Descartes soslaya con esta afirmación el problema del ser que la filosofía arrastraba y la sustituye por un ser del 'je'. En el "Cogito, ergo sum" el acento no recae sobre el 'cogito' ni el 'sum', sino sobre el nexos lógico del 'ergo' (luego, entonces, por lo tanto), porque equivale a la implicación "si y sólo si *a* entonces *b*". Lacan recuerda que la tabla de verdad ofrece como posibilidad que de lo verdadero se siga lo verdadero, pero también que de lo falso se siga lo verdadero, de modo que la premisa 'yo pienso' podría ser tanto verdadera como falsa y en cualquier caso la conclusión 'yo soy' sería tomada por verdadera. Esta conclusión que instala un ser del 'je' es lo que cuestiona y trabaja Lacan. De este modo al ocuparnos de la sentencia cartesiana, desembocamos en el problema de la verdad.

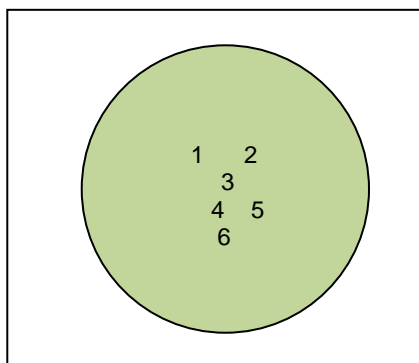
⁷⁶ Cf. Lacan, Jacques. Seminario 14: "La lógica del fantasma" (1966-1967). Inédito. Clase 4, pág. 45.

En las operaciones con conjuntos la unión reproduce los elementos sin repetirlos, tomemos un conjunto A cuyos elementos son 1, 2, 3, 4 y un segundo conjunto B con 3, 4, 5, 6:



La unión de ambos será 1, 2, 3, 4, 5, 6; el 3 y el 4 no figuran dos veces:

$A \cup B$

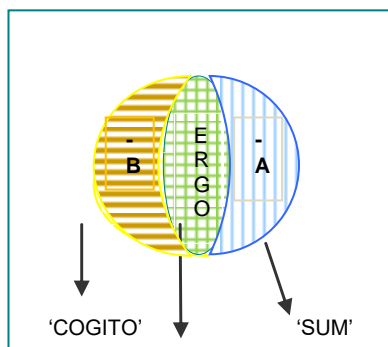


Esta es la lógica de la alienación, se plantea como una unión en la que el elemento común a ambos se pierde, es un término imposible de conservar, no se puede elegir sin que la pérdida sea inevitable.

Al trabajar con el “Cogito ergo sum” cartesiano, Lacan se ocupa del ‘ergo’, enlace lógico que equivale a implicación material. Dibuja dos conjuntos: el ‘cogito’ se equipara a un conjunto llamado A, el ‘sum’ al B, queda la conjunción ‘ergo’ en la intersección entre ellos. A la unión le aplica la negación: un no excluyente para afirmar que ambos no pueden ser verdaderos al mismo tiempo. Pensar y ser se excluyen uno al otro. Ubica el ‘yo no soy’ del lado del ‘sum’ y el ‘yo no pienso’ del lado del ‘cogito’, a partir de esta transformación se aleja de Descartes para entrar en el terreno psicoanalítico.

La pregunta que permite despejar el ‘cogito’ cartesiano, es si hay un ser del ‘je’ fuera del discurso. En el ‘cogito’ que propone Descartes el ser se sostiene en el ‘ergo’ porque está planteado como un ‘ergo’ de la necesidad:

“Es en esto un camino fecundo, tiene el mismo perfil que aquel del razonamiento por recurrencia, de llevar al otro mucho tiempo sobre un camino de renuncia a tal o cual, o más bien a todas las vías del saber, y en una vuelta sorprenderlo en esta confesión: que ahí al menos, por haberlo hecho recorrer ese camino, hace falta que sea.”⁷⁷



Conjunto A = amarillo + verde = ‘cogito’ (pienso) + ergo

Conjunto B = verde + azul = ‘ergo’ + ‘sum’ (soy)

No B = amarillo = ‘cogito’

No A = azul = ‘sum’

Intersección A y B = verde = ‘ergo’

La parte perdida es común a los dos campos. En el diagrama de arriba la parte verde es la intersección, lo que ambos tienen en común. Si se niega que dos proposiciones tengan algo en común (se niega la intersección -verde- que es lo común a los dos campos), se hace lo mismo que si se niega la unión de cada una de las dos negaciones, porque la zona negada es la intersección. En el diagrama, la negación de lo amarillo es lo azul, la negación de lo azul, es lo amarillo, el punto de unión de lo no azul y lo no amarillo es lo verde. Esta fórmula, importante para la lógica simbólica, es conocida como principio de dualidad.

⁷⁷ Lacan, Jacques. Seminario 14: “La lógica del fantasma” (1966-1967). Inédito. Clase 6, pág. 59.

Lacan aclara que la negación no afecta al pensar o al ser sino al 'je': 'o yo no pienso o yo no soy', con lo que obtenemos un 'pensar sin je' y un 'ser sin je'. Lo que *no* aparece en la reunión de ambos conjuntos es 'je' porque la negación común es 'pas je' (no yo). De modo que lo que queda en la reunión del pensar y el ser es un conjunto vacío. El conjunto vacío es un elemento que se considera presente en todos los conjuntos, la utilidad de esto es permitirle a Lacan trabajar ligando dos conjuntos que no tienen nada en común (salvo el conjunto vacío), análogo a la función del 'losange' con el que vincula elementos heterodoxos, por ejemplo en la fórmula del fantasma ($\$ \langle a \rangle$).

Lacan señala que el 'no yo' designa lo que Freud denomina ello, el ello es lo que no es yo. Sostiene que el discurso es una estructura lógica (gramatical) que escapa al yo, como se manifiesta en la frase fantasmática que afirma una verdad como axioma, con exclusión de un yo que sea sujeto de esa frase.

El conjunto vacío permite operar con dos elementos heterogéneos como son el pensar y el ser, en una lógica que tiene en cuenta el fundamento del psicoanálisis, el 'no todo'. Así expresa la crítica del universo del discurso: no hay unidad posible, el sujeto nunca estará totalmente en el pensar o en el ser, siempre algo falta y lo que falta tiene que ver con una estructura producto de la alienación. Cuando el sujeto no piensa, queda a merced de sus pensamientos y sin embargo, es cuando no piensa cuando está más seguro de su ser:

*"Este ergo sum toma el atajo de ser aquel que piensa" y fuera de eso no tiene lugar, es un puro "pienso ser" porque "no hay lugar ahí como Ego fuera de la captura en la cual el Ser puede abrazar el pensamiento".*⁷⁸

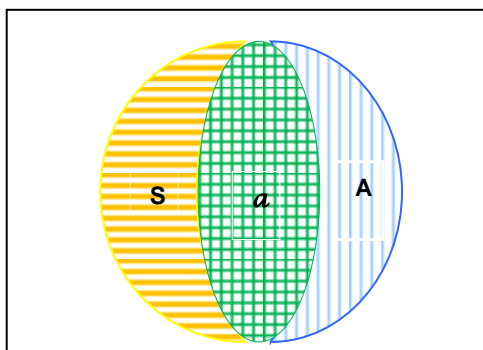
Al hablar del soy ('je') como un conjunto vacío que no contiene ningún elemento, se afirma que no queda nada a lo que pueda aferrarse el ser, más allá de lo que se le ha asignado como límite: el pensar. De modo que el ser está excluido, pero lo rechazado en lo simbólico reaparece en lo real y el ser del hombre que reaparece en lo real es el detritus. Ese desecho (excluido,

⁷⁸ Cf. Lacan, Jacques. Seminario 14: "La lógica del fantasma" (1966-1967). Inédito. Clase 6, pág. 59.

rechazado), representa algo esencial alrededor de lo cual va a girar la alienación. A partir de la falta por estructura (que impone una elección forzada), se produce una pérdida que es 'no soy para los otros'. Se trata de la pérdida de algo esencial: del objeto que el sujeto fue para el Otro, es muy importante que opere la separación, operación difícil porque es separarse de lo que es más propio. A pesar de ser tan íntimo, es una falsa esencia de sí y es lo que se tiene que perder en un análisis. En realidad, está perdido de antemano, porque no hay tal esencia, no hay ser, aunque el sujeto tenga la ilusión de que la hay.

Resumiendo, el sujeto atraviesa el desfiladero del significante y eso produce la pérdida de naturalidad. La inscripción en el campo del Otro, del lenguaje, deja un resto que cae, el objeto a , que es el primer ser del sujeto, un vacío, una falta en ser. El sujeto se instala a partir de ahí en un falso ser, el único posible por otra parte. El pensamiento existe, pero no es 'je' quien lo piensa, este pensamiento, separado del 'je', tiene el estatuto de un pensamiento del inconsciente, por lo tanto, de ese pensar, no se puede deducir la existencia para afirmar 'entonces, soy', pero tampoco 'entonces, no soy'. Si la negación no afecta al pensar o al ser sino al 'je', lo que ambas negaciones tienen en común es el 'pas je', porque los dos conjuntos al reunirse pierden el 'je'. Esa ausencia de 'je' es lo que lleva a un pensar sin yo y un ser sin yo.

El psicoanalista, por lo tanto, trabaja con un \$, no con un ser unificado, la representación con los círculos de Euler muestra la relación del sujeto al Otro: un primer círculo representa al 'S', otro representa al 'A' y se delimita una lúnula que es la ligazón que obtenemos de la reunión entre ambos. En esa intersección que produce la reunión queda el objeto a del que tanto el sujeto como el Otro quedan cercenados.



Cuando Lacan trabaja la sentencia cartesiana con estos círculos, ubica el 'je' en la intersección como un conjunto vacío, que no contiene ningún elemento, pero que no obstante, afirma su existencia para evitar seguirse interrogando sobre su ser. Esta forclusión del sujeto trae como consecuencia que en lo real retorne el desecho; ningún significante puede definir acabadamente al sujeto, que sólo queda indicado por un vestigio, un resto que no puede ser dicho y al que Lacan nombra objeto *a*.

El sujeto del psicoanálisis no busca la verdad sino una certeza, la certeza de su existencia, por eso la elección forzada es 'soy'. Lacan trabaja esto con el cuadrángulo de Klein, se trata de dos operaciones diferentes, la elección obligada de 'yo no pienso' en la operación alienación, y la operación verdad, que sitúa al inconsciente como el lugar donde ningún pensamiento puede ser atribuido al yo, un 'yo no soy', o sea que el sujeto es indeterminable a nivel del inconsciente.

Del lado del 'yo no pienso' hay un ser sin je que se equipara al Ello freudiano, al Es, al Eso, es impersonal, nadie enuncia, es la estructura misma que se enuncia. El 'pas je' que corresponde a la elección del ser es el Ello, y el 'pas je' del pensar es el inconsciente.

Hay que precisar que la alienación no es que el sujeto deba surgir en el campo del Otro, sino que enfrenta una elección en la que forzosamente tiene que optar por la alternativa que lo condena a la división, porque si aparece como sentido producido por el significante, se desvanece como ser. De modo que la alienación no expresa la dependencia del Otro, sino la condición que resulta para el sujeto de su relación con el significante y que lo lleva a una elección forzada entre un ser y el sentido de sus pensamientos, si opta por uno, pierde el otro.

La negación del 'je' se refiere al sujeto de la enunciación y no al del enunciado. La división entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación es

consecuencia del objeto *a*, porque el sujeto, al elegir el sentido, no solo no conserva el ser, sino que queda también desposeído de una parte del sentido que permanece como 'sin-sentido', el inconsciente.

Por eso la interpretación no apunta a establecer un sentido sino a despojar de sentido, para que los significantes que determinan al sujeto fijándolo a una 'manera de ser', queden expuestos en su 'sin-sentido'⁷⁹. La interpretación no está abierta a todo sentido, no es una significación cualquiera, aunque el efecto de la interpretación es aislar en el sujeto un punto de sin-sentido. El hecho de que el significante primordial sea un puro sin-sentido, no hace que esté abierto a todos los sentidos, sino que mate el sentido, por eso la relación de alienación requiere que se hable de libertad. Lo esencial de la interpretación es ver, más allá de la significación, a qué significante (sin-sentido, irreductible, traumático), está sometido como sujeto. Por ejemplo, en *El hombre de los lobos*, la aparición de los lobos es el significante como representante de la pérdida del sujeto, la mirada de los lobos en la ventana es el sujeto.

Esto lleva a dar cuenta de la posición del sujeto, que Lacan planteó como posiciones subjetivas de la existencia o posiciones subjetivas del ser: ser del sujeto, del saber, del sexo. En el caso del ser del sexo, por ejemplo, el 'yo no pienso' se manifiesta en un ser: macho o hembra.

La alienación no solo se ve en el esclavo que renuncia a la libertad para conservar la vida aunque sea mutilada: 'no hay libertad sin vida'. También hay una fundamental alienación en el amo, que prefiere morir antes que vivir sin libertad: 'no hay vida sin libertad'. Para disponer de un cierto margen de libertad el sujeto tiene que poder liberarse del efecto afanístico del significante binario.

La separación interrumpe la circularidad de la relación del sujeto con el Otro y le ofrece la vía de retorno del 'vel' de la alienación, porque el sujeto encuentra ahí el punto débil de la primitiva pareja significante cuya esencia es alienante. En el intervalo entre estos dos significantes el sujeto encuentra el deseo en el

⁷⁹ Cf. Safouan, Moustapha. "Lacanian II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979". Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 56.

que puede localizarse en el discurso del Otro, al caer en la cuenta de que el deseo del Otro está más allá o más acá del sentido de lo que dice. En el sujeto aparece el interrogante: 'dice eso pero ¿qué quiere?' ante el enigma del deseo del Otro y responde a esa falta con su hipotética pérdida, se ofrece, en consecuencia, como objeto para colmar la falta. Esta operación de separación puede ser asimilada a la intersección, en el ejemplo de los números mencionado arriba, serían los elementos que pertenecen a ambos conjuntos. La intersección delimita la lúnula en donde se localiza el recubrimiento de dos carencias: una es la que revela al Otro como deseante, la otra es la que produce el sujeto como respuesta para salir de la incertidumbre y que consiste en plantear su pérdida: '¿puede perderme?'. Para Lacan toda negación expresa una pérdida, en el caso del 'pas je' la operación de separación se centra en plantearse su propia pérdida. Esto es consecuencia de que al hablar se enfrenta a la castración, se pasa de un significante al otro porque, como expresa un dicho: "una palabra es poca y dos son muchas". Ante el Otro deseante el niño se pregunta qué quiere el Otro más allá de lo que dice, y su respuesta tentativa es preguntarse si es él lo que el Otro desea, para ver si 'le hace falta' es que debe desaparecer. El sujeto y el lenguaje son heterogéneos, el único punto de intersección, lo único en común, es la falta (conjunto vacío).⁸⁰

Esta segunda operación es tan esencial como la primera y en ella aparece el campo de la transferencia, porque lo que permite pasar de la posición de alienación (yo no pienso=soy) a la posición propia de la operación verdad (yo no soy=pienso), es la transferencia. Lacan juega con las palabras y apela a un significante análogo a nuestro 'prepararse' que tanto puede usarse en el sentido de 'arreglarse' (adornarse), cuanto de 'pertrecharse' (defenderse); trabaja el 'separar' a partir del 'se parer' (engalanarse y defenderse), y llega a 'se parere': engendrarse, para significar que el sujeto se produce, nace en esa operación. Si la alienación es producto del sojuzgamiento del significante al sentido, lo que le da la posibilidad de salir de la alienación es la brecha inter-significante. La oportunidad se la da al sujeto no el significante sino el intervalo entre ellos. Todo significante abre la brecha mencionada en el Otro, '¿qué

⁸⁰ Cf. Safouan, Moustapha. "Lacanian II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979". Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 57.

quiere más allá de lo que dice?', ante esa falla que lo muestra como deseante, el sujeto, para hacerse objeto que colme la falta, apela a los objetos *a* (metáforas de la falta), y de ese modo el sujeto al "...se *parare* (*adornarse*), [consigue] se *parere* (*parirse, engendrarse*)..."⁸¹, es decir, se separa y se produce.

La metáfora paterna también expresa las posibilidades del sujeto: ser el falo de la madre o recibir el significante del padre que lo introduce en el orden del sentido a costa de perder la condición de falo. Una operación por la que pierde al mismo tiempo el ser y la supuesta completud del Otro materno que queda castrado. De modo que la metáfora paterna se salda por una separación del sujeto.

En el grafo del deseo, tal como está desarrollado en "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", aparece en la 'S' del significante la marca de la presencia del uno en más, que es también lo que falta en la cadena significante, S(A) es la fórmula para escribir que no hay universo de discurso. Este uno en más, significante de la falta, sirve para escribir el uno en menos, y debe ser mantenido porque es esencial a la estructura de lenguaje del inconsciente.⁸² En efecto, se trata de una estructura incompleta. En tanto tratamos la estructura del lenguaje por medio de la escritura, resulta importante asentar en el plano escrito la inexistencia del universo de discurso. El álgebra ofrece la ventaja de plantear los problemas de la lógica atendiendo a lo que en ella es pura estructura, haciendo caso omiso del contenido. Permite por ejemplo, operar con el significante del uno en menos como si el obstáculo fuera visible y ver cómo circula en la cadena lo que no puede entrar ahí.

En la alienación el sujeto se eclipsa ante el significante, en la separación encontramos el fantasma, en donde el sujeto se eclipsa ante el objeto *a* ($\$ \langle a \rangle$). Si la libertad es un fantasma, ¿qué se promete en la cura?, liberar al sujeto del sentido que lo paraliza.

⁸¹ Cf. Safouan, Moustapha. "Lacanianana II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979". Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 57.

⁸² Cf. Lacan, Jacques. Seminario 14: "La lógica del fantasma" (1966-1967). Inédito. Clase 4, pág. 41-42.

Queda por un lado el ser y por el otro el pensamiento, la pérdida en el nivel del pensamiento se compensa con un ser, la pérdida del ser en la alternativa del 'yo no soy' es de lo que se trata en el inconsciente. En lo fenomenológico el inconsciente se produce como sorpresa, donde el sujeto no se reconoce, donde no es. En el inconsciente con 'yo no soy' se produce el mismo tipo de inversión que se daba en el 'yo no pienso': del yo no pienso se pasaba al soy algo, con el 'yo no soy' la inversión lleva a un 'pienso donde no soy', un pensamiento que ha perdido algo, un 'de-ser', ser al costo de no pensar, pensar al costo de no ser.

La articulación entre los dos campos heterogéneos del viviente y el lenguaje sólo puede hacerse por sus faltas, la de uno recubre la del otro. Tenemos dos faltas, la falta en ser del sujeto (objeto *a* como causa del deseo), y la falta a nivel del significante S(A). Tampoco el 'yo no pienso' y 'yo no soy' se reúnen, sino que se ocultan uno al otro. En el lugar del 'yo no pienso' el ello se positiviza en 'yo soy/estoy (en) ello', para Lacan a esto se refiere el imperativo freudiano 'Wo Es war, soll Ich werden', si el 'Ich' debe advenir es porque no está allí.

El analista, instituye con su acto el comienzo de la cura que se definirá por tres operaciones: alienación, verdad y transferencia. El analista encuentra su lugar en la transferencia como depositario del objeto *a*. Lacan afirma que la regla fundamental 'hable libremente', da lugar a un pensamiento inconsciente y por esa vía no se llega a ningún ser.

La opción preferencial es no querer saber nada de los pensamientos, y escoger un soy del yo que impide el recorrido del análisis. Es el vector de la alienación en un yo. La segunda opción 'pienso y no soy' es rechazada, salvo que intervenga la transferencia que posibilita la operación verdad y permite pasar al 'pienso y no soy'. En el cuadrángulo de Klein Lacan ubica tres lugares: el superior derecho que rechaza que pienso y soy pueden ir juntos, el superior izquierdo de la operación alienación: soy y no pienso, el inferior derecho que es la operación verdad, pienso y no soy. Sólo se puede pasar del soy y pienso al

no pienso y no soy, por la vía de la diagonal a la que llama operación transferencia. Es por la transferencia que el sujeto acepta abandonar el confort de la alienación en un yo para meterse en un dispositivo que produzca la pérdida del soy. Mientras más se libra a sus pensamientos, menos sabe quién es. En eso consiste la falta en ser: pienso y no soy, es decir que Lacan no coloca la producción de la falta en ser como resultado del análisis abajo a la izquierda, sino como entrada en análisis y deberá volver a poner el inconsciente en cada comienzo.

Del lado de la alienación el punto de goce es la posición inicial del 'yo no pienso', un goce que se opone a la verdad (el vector va en otra dirección que el vector de la operación verdad). La operación analítica consiste en llevar al sujeto a la otra opción que inicialmente es imposible para el sujeto, la del 'yo no soy', la del inconsciente. El 'pensar sin yo' produce la emergencia de algo propio del inconsciente que es el efecto verdad.

CAPÍTULO VII

EL DESEO QUE ANIMA AL ANALISTA: UN LUGAR VACIADO DE GOCE

“No se debe educar al enfermo para que se asemeje a nosotros sino para que se libere y consuma su propio ser.”

*“Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio, un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y con la arrogancia del creador a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza.”*⁸³

Freud enfatiza en estas citas un aspecto que Lacan, al hablar del deseo del analista, retoma cuando afirma que se trata de obtener una diferencia total, una distancia máxima entre Ideal del yo y objeto *a*. ‘Deseo del psicoanalista’ es un concepto sobre el que Lacan vuelve en numerosas ocasiones. Tiene que ver con la ética propia del psicoanálisis y la responsabilidad que ésta implica: *“...el deseo del psicoanalista es, en última instancia, lo que opera en un psicoanálisis.”*⁸⁴ Con estas palabras lo definía en 1964 en un coloquio en la Universidad de Roma.

Lacan apela al Sócrates de “El Banquete”, que no aborda el deseo como subjetividad sino en posición de objeto, postura común a Sócrates, Freud y Lacan, que coinciden en considerar que lo deseable es ser deseado. No es un tema menor, quiere decir que el deseo, más allá de ser o tener, se vincula con la relación entre el sujeto y la falta que muestra al Otro como deseante. Definir el deseo como deseo del Otro, es entenderlo como objeto en sí mismo: deseo

⁸³ Freud, Sigmund. “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919). Buenos Aires, Amorrortu, 1975, T. XVII, pág. 160.

⁸⁴ Lacan, Jacques. *Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 833.

de ser deseado. Afirmación que no implica quedar atados a un destino prefijado en donde toda libertad quedaría aplastada por una determinación ineludible.

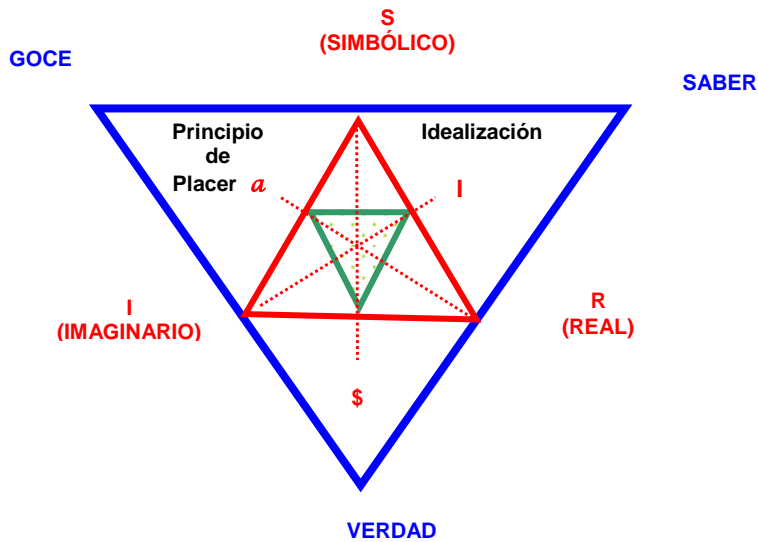
El deseo como objeto de deseo, se relaciona con su causa y su contingencia, contingencia que, a posteriori, se supone necesaria, aclaración que permite perfilar las posibilidades que se abren con el análisis. Si se privilegia el determinismo, no se tiene en cuenta que el acontecimiento (accidente, trauma, casualidad), es contingencia: 'lo que cesa de no escribirse', posteriormente en caso de ser connotado como verdad, se vuelve necesario: 'lo que no cesa de escribirse'.⁸⁵

Ante todo hay que recordar que la ausencia de ser propia del hablante (de la que nos ocupamos en capítulos anteriores), lo lleva a asumir diferentes posiciones subjetivas que funcionen como sucedáneos: el ser del sexo, el ser del saber y el ser del sujeto. Una de las características de la función deseo del analista, es que en un primer momento el analista debe soportar la transferencia como 'Sujeto supuesto Saber' (SsS), posición que debe dar paso a la de objeto *a* que es la que conviene al discurso psicoanalítico y que, no hay que olvidar, es el que sostiene el analista, no el analizante. Sin embargo, es de un modo especial que asume la posición del ser del saber, veamos con qué particularidades. En principio se debe señalar que se presta a asumirlo conservando siempre cierto escepticismo, cierto rechazo del saber 'prêt a porter', en el sentido de mantenerse en una cierta postura de 'no saber'. No se trata de no saber a secas, sino de saber que no sabe lo singular de cada caso. Cuando Lacan explica su expresión 'SsS' aclara que el analista tiene que colocarse en un lugar de ausencia de saber, sobre todo del saber de la ciencia, no lograrlo es uno de los peligros de quedar en un atolladero, porque el saber es "*una función imaginaria de idealización*"⁸⁶ por eso la posición del analista es delicada, se sostiene en un lugar central, el lugar del deseo. En el Seminario 15: "El acto psicoanalítico", en la clase 4 del 6/12/67 Lacan elabora un esquema de tres triángulos, uno dentro de otro, en donde ubica 'S' (de Simbólico) en el vértice superior del triángulo mediano (en rojo); en el vértice de la derecha 'R' (Real) y en el de la izquierda 'I' (Imaginario). El \$, (que está

⁸⁵ Cf. Rabinovich, Diana. *El deseo del psicoanalista*. Buenos Aires, Manantial, 1999, pág. 11.

⁸⁶ Lacan, Jacques. Seminario 15: "El acto analítico" (1967-1958). Inédito, Clase 4, pág. 47.

determinado por dos significantes), es colocado como una proyección de lo simbólico. También muestra la Idealización como proyección de lo Imaginario y el Saber relacionado con la función imaginaria de la Idealización. Con respecto al deseo quedaría ubicado en la zona punteada en el interior del triángulo verde.



La ausencia de saber no equivale a ignorancia, a esta última Lacan la considera una de las pasiones del ser, como el amor y el odio. Entiende que tanto el saber como el no saber, son síntomas de ignorancia. Sólo cuando el sujeto reconoce su ignorancia, se abre un vacío que da lugar al no saber, es en ese momento en el que deja de ser una pasión (en el sentido de un padecer del sujeto). Si bien quien ocupa el lugar de analista está en posición de no saber, no está en posición de ignorancia: por el contrario, es sin renegar de su saber teórico, pero aceptando que éste no suple aquello que únicamente el trabajo con el analizante irá produciendo. El deseo del analista y el saber del analista son los carriles por donde pasa la docta ignorancia, impulsando el trabajo en un saber que no es estático, es un 'ir sabiendo', que conlleva siempre cierta ignorancia. La brecha siempre insiste, insalvable. Lacan afirma que el analista 'finge olvidar' lo que no puede olvidar: que es su acto el que causa el proceso analítico. La famosa ironía socrática, consistía en ocultar su saber, destacar la propia ignorancia, para desde ahí interrogar al interlocutor y hacerle asumir las consecuencias de su posición. El psicoanalista está inicialmente en la posición

del ser del saber, pero en las condiciones especiales de un cierto abandono, en cuanto analista, de los saberes y prejuicios, para así poder dejarse engañar con calculada ingenuidad por su paciente. Caso contrario cae en la soberbia de creer que sabe la verdad acerca del analizante y supone innecesario someter sus conocimientos teóricos a comprobación alguna. Desestima todo signo que no confirme su saber previo, niega todo aquello que ponga en duda la certeza de la cual parte, se comporta como el creyente que pretende hacer de su creencia la verdad para todos.⁸⁷ Lacan se ocupa de esto porque es uno de los riesgos de desviación en psicoanálisis, sin escuchar al paciente, aventurar afirmaciones basadas en conocimientos teóricos que lo único que muestran es un funcionamiento dogmático basado en preconceptos acerca de qué debe ser un sujeto y cuál el bien hacia el que debe tender. Posición sospechosamente parecida a aquella de que hace ostentación el agente en el discurso del amo. Lacan sostiene que “...la impotencia para sostener auténticamente una praxis, se reduce [...] al ejercicio de un poder.”⁸⁸

El analista en tanto semblante de a , responde desde una posición opuesta a la del Ideal, tal como recomendaba Freud cuando decía que el trabajo analítico se encontraba en máxima oposición al de la relación hipnótica. Implica vaciar el lugar de su deseo en tanto sujeto del inconsciente, para que aparezca el vacío estructural de ese Otro que constituyó el deseo del paciente. Tiene que tolerar que surja en su paciente la hiancia entre el S_1 y el S_2 .

Es el punto de partida de todo análisis, que opere el ‘engaño de la palabra’ para acercar al paciente a lo verdadero, que lleve a sus últimas consecuencias lo que dice hasta que, por el peso mismo de la palabra, se tope con el sin-sentido de lo que sostiene. Tal es la propuesta del análisis: que se diga todo, porque diciendo banalidades podrá ser dicho lo que tiene para decir, podrá ser dicho su ‘*désir*’. Llegará así el momento en que la palabra deje de ser vacía para mostrar algo de otro orden, formulado de manera indirecta, ‘sin querer’. Sócrates al conservar para sí el rol de quien pregunta, de quien no tiene

⁸⁷ Cf. Rabant, Claude. *El fetichismo y lo arbitrario del signo*, en “Inventar lo real”, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, pág. 111.

⁸⁸ Lacan, Jacques. *La dirección de la cura*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 566.

respuestas, poco a poco le hacía asumir al interlocutor las consecuencias de sus aseveraciones, tal como el analizante que es llevado a responsabilizarse por su palabra. Llegado el punto en que el interlocutor se percata de que no sabe por qué actúa, ya no puede asegurar qué lo llevó a obrar de un modo determinado ni qué valores lo rigen, queda dividido entre un antes y un después de ver las consecuencias de sus afirmaciones.

El analista sabe que, dado que el valor de verdad del objeto como causa es singular, no se comparte, no se intercambia ni compara, escapa a la medida común. El deseo del analista es solidario del lugar de causa del objeto y del valor de la verdad como contingente. Precisamente el proceso de análisis permite descubrir una contingencia de ese sujeto: lo que fue para el deseo del Otro. Si es una contingencia, es una verdad sobre la que se puede tener una mirada diferente, que puede eventualmente virar del matiz trágico cuando se la tomaba como necesaria, determinante inmodificable, para pasar a una mirada de cierto humor llegado el caso, cuando se puede ver que lo que se erigía en necesario no es inmovible, que el axioma que lo regía no es sino una frase a la que se le adjudicó valor de verdad.

Freud percibe que el conflicto que enfrenta quien demanda análisis es moral y debe ser respetado, no será el arbitraje del analista el que resuelva el dilema. No se lo debe eximir al analizante del peso de la elección, que no es sino asumir su responsabilidad subjetiva. En términos éticos, comprueba que los seres humanos pueden enfermar si resignan un ideal, pero también si se esfuerzan en alcanzarlo más allá de sus posibilidades. Esto confirma la necesidad de que el analista mantenga una cierta reserva y no tome partido por ninguno de los términos en conflicto. La división subjetiva es estructural, todo intento de usar la interpretación para sellar la brecha sería un modo de sugestión. El sufrimiento neurótico tiene que ver con la angustia de no desear de acuerdo a los dictados del superyó y si el analista ocupa la posición de amo lo estaría reforzando.⁸⁹

⁸⁹ Cf. Cottet, Serge. *La ética del deseo* en "Freud y el deseo del psicoanalista", Buenos Aires, Manantial, 1988, pág. 123-124.

En la tragedia, son los dioses quienes marcan un destino para el héroe y determinan su caída; la grandeza heroica consiste precisamente en realizar ese destino aceptando la responsabilidad propia. El héroe no retrocede, se mantiene fiel en el camino de su deseo. En cambio, el hombre común, queda atrapado por los bienes, porque se acobarda cuando intenta atravesar esos límites y se deja seducir por el bienestar que proponen los bienes compartidos. En la analogía de Lacan, el héroe de la experiencia analítica es el analizante y enfrenta las alternativas de una elección que nunca es sin pérdida. La propuesta del psicoanálisis es adentrarse más allá del principio del placer, más allá de su bienestar. Si cede, se traiciona y perderá incluso la posibilidad de abocarse al servicio de los bienes de una manera que no esté reñida con su deseo. Rabinovich trabaja la alternativa trágica que implica optar entre el bienestar y el más allá del principio del placer que plantea el psicoanálisis. Si el sujeto opta por estar en función de los bienes, del amor al prójimo, de los placeres de la vida, el riesgo es renunciar al deseo en aras de cualquiera de estas 'buenas razones'.

Un aporte de la autora que me parece digno de destacar para no caer en simplificaciones, es que no necesariamente el deseo y el servicio de los bienes están reñidos. Lo importante es que quien cede en el deseo, no podrá abocarse al servicio de su ciudad o de cualquier responsabilidad social que decida asumir, de modo coherente con su deseo.⁹⁰

Cuando Lacan formula la pregunta “¿has actuado conforme al deseo que te habita?”, plantea un interrogante válido para el analizante pero también para el analista en su práctica. Pone el acento en lo actuado, en la responsabilidad que corresponde al analista por las consecuencias que se derivan de la dirección de la cura. Con respecto a la posición del analista conviene, para evitar deslizamientos y confusiones, hacerse eco de las advertencias de que se trata de una posición determinada por el deseo del analista y le ética del psicoanálisis rige sólo para ese lazo social: “*La ética del acto ha de juzgarse en*

⁹⁰ Cf. Rabinovich, Diana. *Ética y topología del deseo*, en “Modos lógicos del amor de transferencia”. Buenos Aires, Manantial, 1992, pág. 22.

el marco del discurso en que el acto mismo se inserta: no siendo la ética del psicoanálisis válida para todo discurso.”⁹¹

A diferencia de la psicología que, con el aval de la ciencia, promueve los ideales sociales de normalidad, salud y madurez, los psicoanalistas ven los efectos de esos ideales en el sufrimiento del sujeto, efecto paralizante y mortífero para el deseo, de ahí que la dirección de la cura apunte a la diferenciación máxima entre amarrarlo a un ideal o propiciar el movimiento del deseo.

Es de la mayor importancia que el analista sea soporte del vacío asumiendo la posición a que está obligado (el otro sentido del *‘Donde ello era/estaba, el sujeto debe advenir’*), porque se trata de un vacío que puede crear las condiciones de posibilidad para que opere el objeto *a* como causa de deseo del analizante. En principio cualquier objeto puede ocupar ese lugar, ya que ninguno es más valioso que otro, esa es la contingencia propia del objeto. Lo que ocurre es que luego, como ya nos enseñó Freud, se transforma en necesario y determina las condiciones de amor. El concepto de objeto *a* de Lacan intenta también expresar la diferencia entre el saber y su aplicación a lo real, opera más allá del saber, lo impulsa y lo causa aunque sea su producto. El analista sabe que no puede anticipar nada sobre la singularidad del deseo de su analizante, porque entre la causa de su deseo y la causa del deseo de su analizante, no hay referencia común que permita la comparación.

Vuelvo una vez más a la analogía del héroe que sucumbe por error de juicio más que por fatalidad porque los dioses ciegan a los hombres con las pasiones. De modo que cuando el héroe recibe del oráculo una sentencia, la interpreta en función de su deseo (poder discrecional del oyente), por eso lo que oye es su propio discurso viniendo de afuera. Cuando retrospectivamente descubre que fue el desconocer las leyes de la palabra lo que lo traicionó, ya es tarde, el hombre, como la carta, siempre llega a su destino. Dice Claude Rabant: *“...ese vacío en la causa que llamamos destino cuando no sabemos*

⁹¹ Rabinovich, Diana. *Ética del psicoanálisis e incommensurabilidad*, en Bekerman, J., “Acerca de la ‘Ética del psicoanálisis’”. Buenos Aires, Manantial, 1990, pág. 6.

destramar los hilos inconscientes que conducen a él".⁹² La tragedia de que el deseo que lo habita le sea tan ajeno que no pueda reconocerlo como propio, como causa de sus avatares, hace que se lo atribuya al destino que, inexorablemente, se cumplirá.

No está de más subrayar esa diferencia simple pero fulgurante que marca Lacan cuando advierte que dirigir la cura no es dirigir al paciente. Pretenderlo, es colocarse en amo, tentarse con la ilusión de completud, con la autosuficiencia de todo amo de creer que se determina a sí mismo. Si así ocurre, el histérico, siempre en busca del amo, lo enfrenta con su división subjetiva y lo hace caer. Un amo pretende que los otros abandonen su lengua para imponerles la propia y, por lo tanto, no soporta la producción de lo inconsciente, no le importa el saber sobre el deseo, le importa que 'sus asuntos' marchen. Es Emmy von N. quien, al pedir a Freud que deje de preguntar insistentemente y escuche lo que tiene para contar, le asigna un lugar inédito: el de psicoanalista. Le mostró que sus preguntas interferían en su relato, eran obstáculo para la producción de lo no sabido.⁹³

Freud advirtió que los mecanismos de defensa frente a viejos peligros se actualizan en el tratamiento, porque la cura misma es vivida como un nuevo peligro. También insistió sobre la exigencia del análisis personal para quienes pretendieran ejercer como analistas, porque sólo la vivencia de los procesos postulados por el psicoanálisis en la propia persona, producen la convicción que guía al analista. Le certifican que los tropiezos, las dificultades, inseguridades, titubeos, señalan algo acerca de lo que hay que cuestionarse y, a condición de que no se frene el proceso, son momentos fértiles que permiten continuar con el trabajo. Dice Cosentino en "La práctica de los analistas": *"Ocuparse constantemente de todo lo reprimido que pugna por libertarse conmueve y despierta también en el analista todas aquellas exigencias pulsionales que de ordinario él es capaz de mantener en la sofocación. También estos son peligros del análisis, que lo amenazan y no debería dejar de*

⁹² Rabant, Claude. *Creso o la seducción del sentido*, en "Inventar lo real", Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, pág. 39.

⁹³ Cf. Freud, Sigmund. *Historiales clínicos (Breuer y Freud)*, en "Estudios sobre la histeria" (1893-95). Buenos Aires, Amorrortu, 1985, T. II, pág. 84.

salirles al paso."⁹⁴ Para el analista, la responsabilidad ética de dirigir la cura es insoslayable, no obstante, también él es vulnerable a los peligros del bien y la belleza. Riesgos que muy bien pueden estar ejemplificados con las desviaciones ante las que Lacan alerta una y otra vez: la del amor genital, la oblatividad, la no dependencia, como metas ideales del psicoanálisis.

Freud comprobó que aunque el analista pretenda curar, no siempre contará con la aceptación del paciente, de modo que debe protegerse del orgullo terapéutico. Es un modo de prevenirse de la ambición de 'curar' que no toma en consideración el deseo inconsciente del paciente. Además advirtió acerca de la carga que le significa al paciente deber, una vez más (ahora a su analista), reconocimiento. Lacan, por su parte, precisó que, como respuesta a la caridad, lo que se recibe es a menudo un contraataque agresivo.

No apresurarse a liberar al paciente de sus síntomas, tiene sentido si recordamos que éstos son satisfacciones sustitutivas, el dolor que conllevan es lo real del goce prohibido. La reacción terapéutica negativa se presenta con frecuencia bajo la forma de una reivindicación orgullosa por parte del paciente de su derecho a sufrir. De modo que no vemos el síntoma como algo a erradicar para eliminar lo que perturba un hipotético buen funcionamiento, más bien lo entendemos como un recurso posibilitador del sujeto, y en el análisis, le 'damos la palabra'. La función de la sesión analítica no apunta a la cesación del síntoma, sino a sacudir el adormecimiento en el cual transcurre la vida. Desde esa perspectiva, tanto la puntuación como el corte, tienden a enfatizar el encuentro nunca logrado con lo real, entre el sueño y el despertar.

Es la función 'deseo del analista' la que opera en el lugar de agente en el discurso del analista, un lugar vacío de deseo y saber del analista como sujeto. El psicoanalista está en disyunción con el goce, el suyo es un deseo evacuado de goce, incluso del goce de la verdad. Lacan señala que el '*Wo Es war, soll Ich werden*' se dirige al analista en la medida en que al lugar del goce debe advenir el sujeto que, en la experiencia analítica, es el analizante. El analista

⁹⁴ Cosentino, Juan Carlos. "La práctica de los analistas". Trabajo presentado en el Coloquio 'El deseo del analista'. Mendoza, 2004. También en su trabajo "Análisis, institución".

por su parte, cumple una función por la que se le paga, pero él, a su vez, paga con su presencia, su palabra, su persona⁹⁵ y, retrospectivamente, con un juicio sobre su acción: la dirección de la cura.

Recordemos que de las dos operaciones de la constitución subjetiva, la separación le permite escapar, a costa de su pérdida, de la indeterminación a la que lo condena quedar entre S_1 y S_2 . Rabinovich destaca la articulación del deseo del analista con la separación. Lo propio del psicoanálisis es operar con la pérdida de lo que el sujeto fue para el deseo del Otro, hacer de ella un instrumento, servirse del analista (que hace semblante de a), como objeto causa de deseo. El S_1 (alienación en el ser) y el objeto a , parte perdida, remiten al efecto del lenguaje por el que el ser del sujeto queda perdido, y lo perdido en lo simbólico, retorna en lo real, como objeto a . La recuperación de la falta se da en el encuentro del sujeto con la falta del Otro, con la fisura de la pareja significativa primordial $S_1 S_2$. Ante el Otro deseante el sujeto se posiciona como objeto pretendiendo colmarlo: '¿le puedo faltar?'. Así prueba cual es la reacción ante su pérdida, ante su ausencia, en qué medida es causa de deseo para el Otro. Plantearse la propia pérdida es lo que encontramos en las fantasías acerca del dolor que la propia muerte provocará en los demás. Es un recubrimiento de una falta con otra, un intento de colmar la falta propia suturando la ajena, restablecer una completud que no por mítica produce menos añoranza. La topología lo expresa con dos toros encadenados como eslabones, en el hueco de la demanda de uno de ellos, se inserta el alma del toro del otro.

Sin embargo, el psicoanálisis no opera con la relación causa-efecto, el 'a priori' no permite derivar las consecuencias, sólo el 'a posteriori' que implica ir del efecto a la causa, lo que Lacan llama 'no... sin', revela una causa necesaria aunque no suficiente.

⁹⁵ Cf. Rabinovich, Diana. *Ética del psicoanálisis e incommensurabilidad*, en Bekerman, J. y otros, "Acerca de la 'Ética del psicoanálisis'". Buenos Aires, Manantial, 1990, pág. 11.

La ascesis que muestra el analista es un semblante destinado a favorecer que el mensaje vuelva al locutor. Al escuchar del otro su mensaje, podrá preguntarse quien habla y a quien se dirige. El analista le da a la palabra, que es una función común a todos los hablantes, un uso que no está al alcance de todos. Carga con el peso de la palabra, y hasta su silencio está impregnado de ese peso, porque también el silencio puede ser una respuesta a la demanda, y no de las más fáciles.

Se ve entonces que la relación con el inconsciente entraña consecuencias éticas. Ya se dijo que el analista paga para sostener su función: con palabras: en forma de interpretaciones; con su persona porque en la transferencia se despoja de ella y también con un juicio sobre su acción.⁹⁶ Un juicio que sólo puede hacerse cuando se evidencian los efectos que ha producido su tarea, es probablemente esto lo que lo lleva a afirmar que el analista siente horror de su acto. Juicio de características especiales porque el analista no sabe acabadamente qué hace, una parte de su acción queda velada aún para él mismo, sólo la conocerá a posteriori, por sus efectos. La actitud ética tiene que ver con el respeto por el deseo que no es sino su interpretación; pero como deseo y palabra son incompatibles, la importancia de la interpretación reside en su capacidad alusiva. La ética en juego es la del 'bien decir' del analista, no entendido como belleza de la expresión (el analista no debe brillar), sino como la posibilidad de la palabra de hacer acto. Lacan era claro al señalar que el acto analítico implicaba primero soportar la transferencia como sujeto supuesto al saber y después como soporte del objeto *a*, la tentación de sustraerse de este lugar, tiene que ver con no querer pagar el precio de ser derrocado al final de la labor analítica. El mantener cierta ingenuidad frente al saber inconsciente, protege al analista de equivocarse y de extraviar el camino, es necesario ser dócil a ese saber porque, aun cuando conozca bien las leyes del inconsciente, el saber del cual se trata es el de cada paciente en particular, no hay un universal del bien decir.

Un riesgo para el analista inmerso en la escucha de su paciente, es el poder adormecedor de todo discurso. Amenaza a ambos integrantes de la pareja

⁹⁶ Cf. Lacan, Jacques. *La demanda de felicidad y la promesa analítica*, en Seminario 7: "La ética del psicoanálisis." Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 347.

analítica: dejarse llevar por lo metonímico del discurso, eternizando el tiempo de comprender y no afrontar el momento de concluir, el análisis, en consecuencia, se vuelve interminable. El repertorio predilecto de recursos retóricos de un sujeto, le asegura el bienestar de mantenerse arropado por el fantasma. De ahí que Lacan recomiende no esforzarse en comprender, porque implica quedar atrapado en una relación dual en donde se escuchan e intercambian sentidos. Otra tentación que el analista debe evitar es la de la claridad, la ilusión de que se tienen muchos conocimientos y se comprende, se comprende en un 'a priori' que dificulta la escucha. No se toleran los momentos del tiempo lógico: el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir.

No sólo se sueña cuando se duerme. Si la angustia despierta al sujeto, es para lograr que satisfaga su deseo de adormilarse nuevamente. Sumergirse en otra ensoñación en el momento en que se aproximaba a aquello de lo que no quiere saber nada, cuando quiere huir del despertar ante lo real, aunque de hecho, despertar a lo real es imposible. Freud advierte que el analista introduce un proceso, a partir de ahí *"...puede supervisarlos, promoverlos, quitarle obstáculos del camino, y también por cierto viciarlos en buena medida. Pero, en líneas generales, ese proceso, una vez iniciado, sigue su propio camino y no admite que se le prescriban ni su dirección ni la secuencia de los puntos que acometerá."*⁹⁷ Freud acota el poder del analista cuando señala que inicia un proceso complejo, determinado en gran parte por antiguos sucesos y que termina con la separación cuando cae al final de la experiencia analítica. La función del analista es obtener una diferencia absoluta, el analizante debe ir disolviendo sus identificaciones transferenciales y quedar frente a la posición en que lo coloca la atadura a sus significantes primordiales para ver a partir de allí cómo arreglárselas con eso.⁹⁸ Algunas citas breves de los "Escritos" hablan del punto en que el sujeto se enfrenta a sus espejismos:

"No he sido esto sino para llegar a ser lo que puedo ser."

⁹⁷ Freud, Sigmund. "Sobre la iniciación del tratamiento" (1913). Buenos Aires, Amorrortu editores, 1986, T. XII, pág.132.

⁹⁸ Cf. Safouan, Moustapha. "Lacanianos II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979". Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 59-60.

“El análisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro.”⁹⁹

El analista debe estar a la altura de su tarea, tener el coraje de acompañar en esa travesía siempre azarosa al analizante; Lacan lo reconoce en Freud cuando dice que, si no despierta frente al horror de la garganta de Irma, es porque tiene, precisamente, coraje.

⁹⁹ Lacan, Jacques. *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 241 y 290 respectivamente.

CAPÍTULO VIII

CÓMO Y DESDE DÓNDE INTERVIENE EL ANALISTA: DISCURSO Y POSICIÓN

Así como Freud partió del paciente individual y fue a los mitos, Lacan parte de los mitos y nutriéndose de los aportes del estructuralismo, llega a las estructuras formales.¹⁰⁰ La más importante de esas estructuras es la de los cuatro discursos. Cada discurso expresa un tipo de relación fundamental, un vínculo social basado en el lenguaje. Propone cuatro discursos, cuatro posibles relaciones en esa red simbólica que regula las relaciones humanas, para dar formalización a otros tantos lazos sociales, ellos son:

- discurso del amo
- discurso de la universidad
- discurso de la histérica
- discurso del analista

Señalo a continuación sus semejanzas:

1- conforman una estructura: cada discurso es un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante.

2- en cada uno de ellos hay cuatro lugares:

AGENTE	OTRO
-----	-----
VERDAD	PRODUCCIÓN

3- los cuatro son estructuras planteadas como algoritmos.

4- los elementos de la estructura son cuatro símbolos algebraicos:

¹⁰⁰ Cf. Verhaeghe, Paul. *Lacan y el discurso de la histérica*, en "¿Existe la Mujer?". Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 128-129.

S₁: significante amo

S₂: el saber

\$: el sujeto

a: plus de goce

5- los elementos no se relacionan en función de propiedades que les sean inherentes, son elementos significantes, de modo que lo que cuenta es la posición que ocupan en la estructura.

6- la forma en que los elementos se articulan entre sí da lugar a los cuatro tipos de discursos mencionados.

7- la posición del agente domina y da nombre a cada discurso.

8- quien mueve al agente es la verdad que él desconoce y que queda bajo la barra.

9- en cada discurso se dan dos relaciones:

-entre el agente y el otro una relación que califica como 'imposibilidad'.

-entre la producción y la verdad una disyunción a la que llama 'impotencia'.

10- las relaciones permanecen invariables aún cuando cambien los elementos, porque son relaciones fijas entre lugares vacíos.

Con respecto a los elementos que juegan en los discursos dice Lacan: *"Si aquí he puesto sólo estas letritas, no es por casualidad. Es porque no quiero poner cosas que aparenten significar. No quiero significarlas en absoluto, sino que quiero autorizarlas."*¹⁰¹

Para centrarme en el discurso analítico, que es el que nos interesa, sin abundar en explicaciones sobre cada uno de los otros, veamos en un cuadro en qué se diferencian:

¹⁰¹ Lacan, Jacques. *La impotencia de la verdad*, en Seminario 17: "El reverso del psicoanálisis" (1979-1980). Paidós, Buenos Aires, 2006, pág. 182.

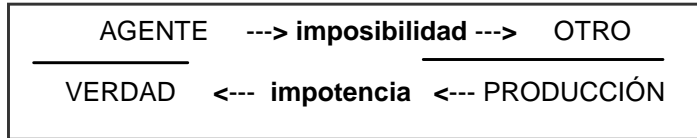
DISCURSO DEL AMO	DISCURSO DE LA UNIVERSIDAD	CON RELACIÓN A:	DISCURSO DE LA HISTÉRICA	DISCURSO DEL ANALISTA
$S_1 \rightarrow S_2$ ---- ---- \$ <i>a</i>	$S_2 \rightarrow a$ ---- ---- S_1 \$	ESCRITURA DEL DISCURSO	\$ $\rightarrow S_1$ --- ---- <i>a</i> S_2	<i>a</i> \rightarrow \$ ---- ---- S_2 S_1
ocupado por S_1	ocupado por S_2	LUGAR DEL AGENTE	ocupado por \$	ocupado por <i>a</i>
ocupado por S_2	ocupado por <i>a</i>	LUGAR DEL OTRO	ocupado por S_1	ocupado por \$
ocupado por \$	ocupado por S_1	LUGAR DE LA VERDAD	ocupado por <i>a</i>	ocupado por S_2
ocupado por <i>a</i>	ocupado por \$	LUGAR DE LA PRODUCCIÓN	ocupado por S_2	ocupado por S_1
entre S_1 y S_2	entre S_2 y <i>a</i>	RELACIÓN DE IMPOSIBILIDAD	entre \$ y S_1	entre <i>a</i> y \$
entre <i>a</i> y \$	entre \$ y S_1	RELACIÓN DE IMPOTENCIA	entre S_2 y <i>a</i>	entre S_1 y S_2
el \$	el S_1	VERDAD DE LA QUE EL AGENTE ES SEMBLANTE	el <i>a</i>	el S_2

Es en el Seminario 17 (1969-70) “El reverso del psicoanálisis”, cuando Lacan coloca en cada algoritmo una flecha que va del agente al otro e indica imposibilidad y en 1972 agrega a esa primera flecha una segunda que va de la producción a la verdad y que llama impotencia.¹⁰²

¹⁰² **-Posibilidad.** (Del lat. *possibilitas,-tis*): 1- f. Aptitud, potencia u ocasión para ser o existir algo; 2- f. Aptitud o facultad para hacer o no hacer algo; 3- f. Medios disponibles, hacienda propia.

-Potencia. (Del lat. *potenta*): 1- f. Capacidad para ejecutar algo o producir un efecto; 2- f. Capacidad generativa. www.rae.es

La ruptura de la comunicación se ve en esas dos disyunciones: arriba la imposibilidad y abajo la impotencia:



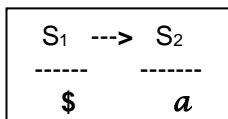
-Imposibilidad, porque en cada algoritmo la flecha que va del agente al otro indica quien demanda, pero la verdad del deseo no puede ser dicha al otro, el deseo no es articulable en significantes, al menos no todo, por eso queda como el resto de la demanda. Freud incluye el psicoanálisis en la serie de las que considera profesiones imposibles: gobernar, educar y analizar.

-Impotencia, solidaria de esa imposibilidad, porque la producción del otro no da respuesta a la verdad del agente. La producción es lo que resulta del trabajo y, cualquiera sea su carácter, no podrá satisfacer el deseo que clama implícito en cada demanda. Ni siquiera es posible encontrar significantes para nombrar el deseo, tampoco hay manera de hacer corresponder una producción con lo que lo satisfaría. Algo se produce, pero no da cuenta de lo que se pretendía recibir ni producir. Por lo tanto, queda un plus de goce con el que no se sabe qué hacer. La producción que ha resultado expresa una verdad que se intenta desconocer, y es que el agente, que cree que actúa por sí mismo, está determinado por una verdad, bajo la barra, que aún desconocida, produce efectos.

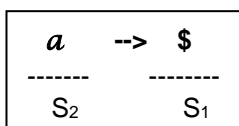
Recordé al principio de este trabajo la afirmación de Lacan: “...*el camino del sujeto pasa entre dos murallas de lo imposible.*”¹⁰³ El imposible de la satisfacción de la pulsión, que no puede hacerse de un objeto que la satisfaga y vuelve sobre sus pasos, y el imposible del principio del placer, que se realiza vía alucinación. No hay objeto para la satisfacción plena.

¹⁰³ Lacan, Jacques. *Desmontaje de la pulsión*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977, pág. 173.

En el discurso del amo que marca la norma, la relación del fantasma ($\$ \langle \rightarrow a$) queda bajo la barra, es inconsciente y está afectada por la impotencia propia de la relación entre la producción y la verdad, la impotencia de todo objeto de colmar la falta estructural.



En el del analista, que es inverso al del amo, esa relación queda en primer plano e invertida: $a \dashrightarrow \$$. Se ha pasado de la impotencia a la imposibilidad, a lo que, en tanto causa, no cesa de no escribirse, pero de lo que se pueden rastrear los efectos.



La primera línea en el discurso del amo muestra que es imposible que el agente haga funcionar su mundo, decía Lacan que hacer trabajar a otros es imposible y, en términos de Freud, gobernar es una de las profesiones imposibles.

El S_1 , discurso del amo, oculta la división del sujeto e ilustra la relación amo-esclavo, el amo (agente) pone a trabajar al esclavo (el otro) y el resultado es un plus, un excedente, a , del que el amo intenta apropiarse pero del que no va a gozar, porque debe reinvertirlo en continuar el proceso. En consecuencia, ninguno puede apropiarse de la totalidad de lo producido para goce propio.

Desde el punto de vista lógico el discurso del amo es el primero, funda el orden simbólico, y expresa la constitución del sujeto. El amo-maestro finge ser uno sin dividir: maestro, en francés 'maître', es homófono de 'm'être' ('ser-me'). El mejor ejemplo del significante amo es 'yo', porque expresa la pretensión del amo de ser idéntico a si mismo para cerrar la brecha entre el yo del enunciado

y el de la enunciación. El sujeto en posición de amo, trata de alcanzar el saber como camino al goce perdido, pero fracasa porque para asumir la cadena, debería dejar su lugar en S_1 , en consecuencia, el saber sigue fuera de su alcance. En efecto, para evitar la falta, la fisura de la división, trata de unirse al S_2 , pero resulta imposible porque en cuanto aparece un segundo significante el sujeto queda dividido entre ambos ya que ninguno lo significa. La división subjetiva está oculta en la posición de la verdad y a pesar del constante esfuerzo del amo por ser indiviso, hay una incesante producción del objeto perdido a . Sin embargo, ese a no puede vincularse con la división del sujeto, por lo tanto, no puede suturarla. El otro debe mantener en el amo la ilusión de que forma una unidad con su saber (los discípulos hacen al maestro). El amo desea ser la encarnación del saber deseado por el otro. En consecuencia es ciego a su propia verdad (que está bajo la barra), porque si la reconociera caería de la posición de amo. La única posibilidad de permanecer en posición de amo o maestro es permanecer en silencio, evitar los significantes, de lo contrario resulta dividido por ellos, es por eso que el único amo exitoso es el amo muerto.

S_2 es el campo que corresponde al esclavo, al saber. En la Antigüedad, en la época de Aristóteles, el esclavo no era sólo una clase social, sino una función en la familia y en el Estado, asumía un 'saber hacer'. Lo que la filosofía enseña es cómo el amo se apropia del saber del esclavo. Se trata de la 'episteme' (ponerse en buena posición), encontrar la posición que permita que el saber en juego se convierta en saber del amo. La función de la episteme como saber transmisible, deriva de las técnicas artesanales de los siervos, y se trata de operar de modo que ese saber hacer se convierta en un saber del que el amo pueda apropiarse, no porque le interese saber, sino para que sus cosas funcionen. Por otra parte, queda por ver cómo se relaciona la posición del esclavo-otro, con el goce.

Lacan no adhiere a la ilusión de un mensaje que llegue sin obstáculos del emisor al receptor, aspiración de la teoría de la comunicación. Sostiene que la

comunicación siempre fracasa y eso permite seguir hablando. Los cuatro discursos dan cuenta tanto del intento, como de la imposibilidad de comunicar.

Dado que estas formalizaciones permiten un gran nivel de abstracción, se puede insertar lo individual en ese marco y reducir la psicologización, lo imaginario (Lacan formula un S_1 en lugar de la figura del padre primordial, por ejemplo). No estimula lo imaginario de un psiquismo sustancial, en donde el contenido se mantuviera en las profundidades, sino que plantea al sujeto en relación con el Otro: el discurso, el deseo, son, como vemos, siempre en relación al Otro. En "El reverso del Psicoanálisis" Lacan define al discurso como una estructura necesaria con un alcance mayor al de la palabra, tanto que incluso afirma la existencia de un discurso sin palabras. El discurso existe antes de que se hable y determina el acto de habla:

*“Los discursos de que se trata no son nada más que la articulación significativa, el dispositivo, cuya sola presencia, el hecho de que exista, domina y gobierna todas las palabras que eventualmente puedan surgir. Son discursos sin la palabra, que luego se alojará en ellos.”*¹⁰⁴

Aún sin palabras subsisten ciertas relaciones estables fundamentales, que no podrían existir sin el lenguaje, porque se producen por la relación de un significante con otro. Concebido como un sistema independiente de la palabra hablada, su énfasis está en las relaciones formales del acto de habla y no en el contenido. Es decir, importa más desde dónde se habla que lo que se dice, o, lo que es lo mismo, la enunciación más que el enunciado.

El lenguaje es siempre transindividual, porque la palabra implica siempre a un interlocutor. Y el inconsciente es el discurso del Otro (desde el Otro y acerca del Otro), discurso que se produce desde otro lugar, desde la otra escena. La posición dominante es la de arriba a la izquierda y el significante que ocupe ese lugar determinará el nombre del discurso. Lo que define entonces la estructura del discurso es el agente, al que más adelante llamará también semblante

¹⁰⁴ Lacan, Jacques. *La impotencia de la verdad*, en Seminario 17: "El reverso del psicoanálisis" (1979-1980). Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 179-180.

porque “*el agente no es en absoluto a la fuerza el que hace sino aquel a quien se hace actuar.*”¹⁰⁵ Por eso el agente es apariencia, falso agente en realidad, porque la verdadera fuerza está oculta, en posición de verdad y, desde esa posición, habla a través del agente. Quien habla, que es como decir quien demanda, se dirige a otro, que es el destinatario del discurso, el resultado del vínculo se hace visible en la producción. Producción que permanece bajo la barra, desconocida por el agente aunque sea causa de su demanda.

Para la estructura de lenguaje necesitamos dos significantes como mínimo, S_1 , amo que pretende tapar la falta, afirmando ‘yo’, con la ilusión de tener una identidad y S_2 , que es el resto de los significantes, es decir, el saber que contiene la cadena. Efecto de la relación entre ambos es el tercer término $\$$. Estos tres términos son conocidos, hay que agregar lo que Lacan llama el cuarto pie, el a y ver cómo opera en la estructura signifiante. Este cuarto término hace la diferencia con las teorías de la comunicación. La cuarta posición, que es en realidad la primera, es la que introduce el punto de vista psicoanalítico: la verdad, porque el descubrimiento freudiano enseña que el hombre habla impulsado por una verdad que desconoce. Ese es el verdadero móvil, el agente no es el que habla, es hablado. ‘Yo es otro’, forma poética que toma Lacan para expresarlo. El yo no es amo en su casa, como sostiene Freud, y que Lacan formula afirmando que el signifiante es lo que representa al sujeto para otro signifiante. Una definición que no está encabezada por el sujeto, sino por el signifiante y en donde el sujeto es pasivo en la cadena.¹⁰⁶

En cuanto al cuarto término, al que Lacan llama también innombrable, digamos que toda la estructura se funda en su prohibición: el goce. En principio se puede afirmar que en toda operación con significantes, siempre hay un resto, un excedente, por lo que la totalización es imposible, tan imposible como una comunicación que no sufra ningún malentendido. El agente no puede decir toda la verdad al otro a quien dirige su demanda, hablamos del medio decir de la verdad porque no admite ser totalmente puesta en palabras (real imposible de

¹⁰⁵ Lacan, Jacques. *La impotencia de la verdad*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980). Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 182.

¹⁰⁶ Cf. Verhaeghe, Paul. *Lacan y el discurso de la histérica*, en “¿Existe la Mujer?”. Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 133.

ser verbalizado). Por la represión primaria, el objeto original queda fuera del lenguaje, mas allá del principio placer y por eso se insiste en nombrar aquello para lo que no hay palabras, compulsión a repetir un encuentro que siempre falla. Esa falla estructural funciona como causa, y mantiene el discurso dando vueltas.

En el discurso del analista la posición a ocupar por el psicoanalista para que tenga lugar el procedimiento, es la de objeto a , un vacío que permite la emergencia del sujeto en análisis. Sólo el vacío da la posibilidad de movimiento. En este discurso es imposible la relación entre agente y otro, porque el analista no está ahí como sujeto, por eso no se puede 'ser' analista, se puede funcionar como tal frente a un $\$$ ubicado en el lugar del otro. Esta es la relación que, bajo transferencia, permitirá al sujeto circunscribir su objeto, ir más allá del axioma fantasmático. El hombre cuando habla intenta superar la separación sujeto-objeto, pero el objeto está más allá del significante, más allá del principio placer, perdido, es una falta, un vacío. Cuando el analista toma la apariencia de vacío, de falta, es cuando funciona como causa, y suscita precisamente movimiento.

Para recuperar una mítica unidad, ansiando un hipotético goce, el hombre, al tratar de unirse a S_2 , acumula significantes y los combina en una red, con eso aumenta el saber pero no su goce, por eso Lacan dice que el saber es el goce del Otro, que engorda con la producción de significantes. Así se muestra el fracaso del principio del placer, la historia de cada sujeto es el modo en que reiteradamente falla en el intento de lograr volver a la primera experiencia de satisfacción. Afortunadamente, porque la imposibilidad es una estructura protectora, de lo contrario, se acabaría la existencia como sujetos.¹⁰⁷ El inconsciente es un saber desconocido por el sujeto acerca de una satisfacción que está más allá de él. La repetición apunta a ese goce desconocido pero ansiado. Sin embargo el saber aumenta la distancia, cada avance en el saber interpone algún significante más entre el sujeto y lo real, de modo que, constantemente, el goce se escurre.

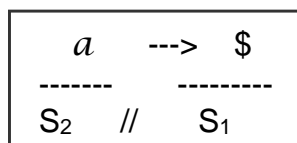
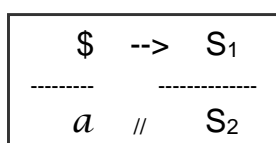
¹⁰⁷ Cf. Verhaeghe, Paul. *Lacan y el discurso de la histérica*, en "¿Existe la Mujer?". Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 136.

Al hablar de la verdad, se dijo que es lo que le falta al saber para completarse, afirmación que se basa en la suposición de que el saber puede avanzar sobre lo real. Sin embargo, cuando aparece algo que adquiere valor de verdad, en tanto da cuenta de cierta falta en el saber en relación al conocimiento de lo real, inmediatamente queda capturado por el saber establecido, es reabsorbido y pierde la fuerza de ruptura con lo ya sabido.

Podemos plantear los discursos como cuatro maneras de tomar posición en relación a la aspiración al placer (nivel superior) y a acotar el goce (nivel inferior).¹⁰⁸

*“Al analista, y sólo a él, se dirige esa fórmula que he comentado tan a menudo, Wo Es war, soll Ich werden. Si el analista trata de ocupar este lugar arriba a la izquierda que determina su discurso, es precisamente porque no está ahí, en absoluto, por sí mismo. Es ahí, donde estaba el plus de goce, el gozar del otro, adonde yo, en tanto profiero el acto psicoanalítico, debo llegar.”*¹⁰⁹

La posición del analista implica un vaciamiento de goce, su propio análisis le permitió el paso de analizante a analista y ocupar el lugar donde imperaba el goce mudo del analizante, desalojándolo de ese lugar y provocando trabajo analítico en su paciente. Del discurso de la histérica al del analista:



El discurso del analista debe evitar prestarse a encarnar la propuesta histérica que consiste en introducir y remover la figura del amo, por eso propone un lazo diferente, inédito antes de Freud. Entre S₂ y S₁ hay disyunción: S₂ // S₁, de modo que hay que elegir, las dos al mismo tiempo no pueden darse. Lo que el

¹⁰⁸ Cf. Verhaeghe, Paul. *Lacan y el discurso de la histérica*, en “¿Existe la Mujer?”. Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 136-137.

¹⁰⁹ Lacan, Jacques. *Saber, medio de goce*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980). Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 56.

analista provoca en la experiencia analítica, es la histerización del discurso,¹¹⁰ y la histérica fabrica a alguien animado por el deseo de saber. Lo que ocurre es que el saber en juego no es el mismo en un discurso que en otro. El saber que en el discurso del analista ocupa el lugar de la verdad, es un enigma que solo se puede decir a medias, “*Los analistas son los eruditos de un saber del que no pueden conversar.*”¹¹¹ La interpretación es, en consecuencia, una enunciación, queda por ver como se la convierte en enunciado y como soportar después las consecuencias.¹¹² Se dijo en el capítulo anterior que es Emmy von N. quien le asigna a Freud el lugar de psicoanalista cuando le pide que la deje hablar y escuche. Ambos crean un lugar sin precedentes, porque Freud, que supo escuchar, se ubica en esa posición y desde allí, lee el relato que se le ofrece. El analista debe ser dócil al saber inconsciente del paciente: ni amarlo, ni gozarlo, ser un ‘chorlito’ que se deja llevar. Acepta ser el ingenuo que consiente en ser tomado como objeto, es así como se ubica a la altura de lo que la función le exige. Asume la apariencia de un vacío que estimula el trabajo del analizante y ante la escucha analítica, bajo transferencia, las asociaciones van dividiendo al sujeto que queda entre significantes. Esa es la única posición posible para que el analista pueda operar como tal, cualquier otra lo desvía de la ética que debe respetar. Veamos cada caso:

-S₁ lo colocaría como amo determinando quién es el otro y qué debe hacer.

-S₂ lo haría encarnar un saber que responde a la demanda con una teoría, respuesta que obtura el único saber que cuenta: el del analizante. Un saber sobre el deseo, no sabido por el sujeto, y tampoco por la teoría que, en cambio, sí puede enseñarnos que hay una ley que rige el trabajo psíquico, la ley del deseo, inconmensurable, porque al ser singular no admite ser comparado con otro, no hay patrón de medida, hasta se puede decir que no se somete a ser medido por ningún amo.

¹¹⁰ Cf. Lacan, Jacques. *El amo y la histérica*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980) Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 33.

¹¹¹ Lacan, Jacques. “Intervenciones y textos 2”. Buenos Aires, Manantial, 1991, pág. 54.

¹¹² CF. Lacan, Jacques. *El amo y la histérica*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980), Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 37.

-Finalmente, \$ es la posición del sujeto dividido, no le corresponde al analista, el único sujeto en el encuentro analítico es el analizante. También las otras dos alternativas lo ubican como sujeto: ya sea como amo o como dueño del saber, producen un trabajo de yo a yo, relación dual y no hay producción del sujeto del inconsciente. Se volvería al punto del que nos sacó Freud: la sugestión hipnótica. Si el fin de análisis produce un analista, se dará un cambio de posición y el analista caerá como resto de una operación concluida, nuevamente sólo hay un analista.

Cuando el analista ocupa su posición (y para poder soportarla habrá sido necesario que haya transitado su propio análisis), puede producirse en el paciente ese acercamiento a lo inalcanzable, a lo real, a lo imposible y en ese encuentro imposible, fallido, algo de la creación tejerá cierta posibilidad. Se puede decir que el paciente tramará, urdirá algo propio en torno a ese vacío, y lo colocará en el lugar de la Cosa. No implica haber encontrado la Cosa, encuentro condenado a ser siempre fallido, por ser estructuralmente imposible, pero aún así, ese algo producido por el sujeto participará de una cierta dignidad transmitida por el lugar propio de la Cosa.

La ética del bien decir tiene que ver con una práctica: consiste en el intento de ceñir en un dicho lo inconmensurable propio de cada sujeto, lo imposible de generalizar, el deseo:¹¹³ *“La lección de ética [...] es una lección de semántica”*¹¹⁴, en palabras de Claude Rabant.

En “Lituraterre”, “Televisión” y “...Ou pire” Lacan define la posición del analista como la de un santo en tanto su vía es la de no deslumbrar, lo que debe brillar es el inconsciente del analizante. El brillo de las interpretaciones puede llevar al cierre del inconsciente y a sacar al analista del lugar de semblante del objeto *a*. El precio por acceder a la posición de analista implica renunciar a la verdad y al

¹¹³ Cf. Rabinovich, Diana. *Ética del psicoanálisis e inconmensurabilidad*, en Bekerman, J. y otros, “Acerca de la ética del psicoanálisis”. Buenos Aires, Manantial, 1990, pág. 16.

¹¹⁴ Rabant, Claude. *Creso o la seducción del sentido*, en “Inventar lo real”. Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, pág. 50.

goce como bienes. ¹¹⁵ Baltasar Gracián ¹¹⁶ dice que el santo se caracteriza por dejar al otro con hambre, así despierta el apetito a partir del hambre que quedó, porque el deseo es la medida de la estimación. La lealtad al ser de deseo del sujeto se expresa en la expresión ‘comer el libro’¹¹⁷, entendido como significativo y que es la única satisfacción posible, ‘*aunque para eso haya que cambiar de hambre*’.

Vappereau explica que Lacan fabrica un neologismo con un verbo en francés, juega con la construcción y no dice ‘psicoanalista yo soy (‘je le suis’)', dice psicoanalista yo lo ‘de-soy’ (‘je le de-suis’), homófono de ‘desui’ que es decepción. El de-ser del analista significa que debe decepcionar, sobre todo porque no se aviene a ser un ideal. ¹¹⁸

El psicoanálisis, para revelar el deseo, debe echar luz sobre la identificación con el otro y permitir al sujeto alcanzar una decisión acorde con su deseo, más allá del bien y del amor al prójimo. Se abren de este modo, posibilidades que resultan impensables cuando el sujeto está atrapado en ideales fosilizantes. Desde el lugar de agente, el objeto *a* causa el deseo porque, al asumir la posición de escucha, coloca al otro frente a la limitación y ambigüedad del lenguaje, a su propia división subjetiva: \$.¹¹⁹

El analista hace uso de su saber de un modo particular, el saber está en el lugar de la verdad, pero como en su posición hace semblante de objeto, el saber no se puede introducir en el análisis, es decir que el analista no puede hacer mucho con su saber mientras ocupe la posición de analista. Al

¹¹⁵ Cf. Rabinovich, Diana. *Ética del psicoanálisis e inconmensurabilidad*, en Bekerman, J. y otros, “Acerca de la ética del psicoanálisis”. Buenos Aires, Manantial, 1990, pág. 15 y sig.

¹¹⁶ Baltasar Gracián (1601-1658): escritor y jesuita español. El estilo de Gracián, se recrea en los juegos de palabras y los dobles sentidos. En ‘Agudeza y arte de ingenio’ (1648) teorizó acerca del valor del ingenio y sobre relaciones insospechadas entre objetos aparentemente dispares; el libro se convirtió en el código de la vida literaria española del siglo XVII y ejerció una duradera influencia a través de pensadores como La Rochefoucauld o Schopenhauer.

¹¹⁷ Cf. Lacan, Jacques. *Las paradojas de la ética*, en Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-1960). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 382.

¹¹⁸ Cf. Vappereau, Jean-Michel. *Topología y Psicoanálisis*. Conferencia organizada por el grupo “Encuentros Freudianos” en APA, el 23 de mayo de 2000.

¹¹⁹ Verhaeghe, Paul. *Lacan y el discurso de la histérica*, en “¿Existe la Mujer?”. Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 146.

mantenerse en una docta ignorancia da lugar a que sea el otro el que acceda a lo que determina su subjetividad.

Tal vez por eso dice Lacan que en la “...*frontera sensible entre la verdad y el saber, es ahí precisamente que se sostiene el discurso analítico.*”¹²⁰

Lo que produce el discurso del analista es el discurso del amo, porque en el lugar de la producción está el S_1 , entendido aquí como los determinantes particulares de ese sujeto. El resultado es que se produce una diferencia radical, porque, si bien en el mundo de la apariencia, todos somos iguales, más allá somos radicalmente diferentes, el discurso analítico produce un sujeto singular. Cuando se revela el significante amo que determina los avatares del sujeto, se aniquila buena parte de su poder y, en consecuencia, de sus efectos.

Al analista no le resulta posible producir en la relación analítica un saber sobre el goce, porque hay disyunción entre S_1 y S_2 . Y, sin embargo, el discurso del analista es eficaz por partida doble: ante $a \rightarrow \$$ se produce $\$ \rightarrow S_1$, que obliga al paciente a subjetivizar, a conciliarse con la verdad oculta en su síntoma. Así, en lugar de presentar su problema para que otro lo resuelva, como sería el discurso de la histérica dirigido a un amo, con la maniobra del analista que pone a funcionar el discurso apropiado, puede acceder al axioma fantasmático que es la verdad de su síntoma.

Ya hicimos notar que el discurso del analista es la inversa del discurso del amo, Lacan puede decir entonces que el psicoanálisis es subversivo porque no se somete a los intentos de dominación ni del otro ni del saber.

La interpretación del analista no se dirige a los deseos siempre cambiantes, sino que centra la atención en el objeto a , que es aquello en torno a lo cual gira el deseo en el fantasma fundamental y nos remite al deseo que importa, el

¹²⁰ Lacan, Jacques. “El saber del psicoanalista.” Charlas en Sainte Anne. 1971 – 1972. Inédito, pág. 13.

deseo inconsciente. Ese fue el cambio que introdujo Freud a partir de 1914 con “Recordar, repetir y reelaborar”.¹²¹

Una vez más se remite Lacan al sintagma freudiano: “*La finalidad que propone al hombre el descubrimiento de Freud fue definida por él en el apogeo de su pensamiento en términos conmovedores: [...].Donde estuvo (fue) ello, tengo que advenir yo.*”¹²²

¹²¹ Cf. Verhaeghe, Paul. *La segunda teoría freudiana de la histeria*, en “¿Existe la Mujer?”. Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 171 y sig.

¹²² Lacan, Jacques. *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 504.

CAPÍTULO IX

CONCLUSIONES

¿Qué es la ética del psicoanálisis? La que rige para quien pretenda asumir como analista la responsabilidad de dirigir la cura. Presentaré las conclusiones proponiendo una premisa, cuatro ejes y un contrapunto.

PREMISA: EL SUJETO DEL PSICOANÁLISIS NO ES ÓNTICO, SINO ÉTICO

La premisa de la que partimos en nuestra práctica está expresada en la siguiente afirmación: **El sujeto del psicoanálisis no es óntico, sino ético.** Freud afirmó que el conflicto que enfrenta el hombre es moral, no está de acuerdo con la índole de sus deseos pero tampoco consigue desear de acuerdo a como cree que debería. De modo que lo que puede esperar al final del proceso analítico no es acercarse a un ser sino producir un saber acerca del deseo que lo anima.

EJES DEL TRABAJO ANALÍTICO

DESEO DEL ANALISTA

El eje '**Deseo del analista**' trata sobre la función del responsable de dirigir la cura y tiene que ver con una posición y discurso acordes a los fines que se persiguen.

'DONDE ELLO ERA, YO (SUJETO) DEBO ADVENIR'

En el eje del sintagma freudiano '**Donde ello era, yo (sujeto) debo advenir**', se recorrerá lo que diseña como reglas que dan la condición de posibilidad para abordar el sujeto con el que trabaja.

'O NO PIENSO O NO SOY'

El otro eje se ocupa de las implicancias de la fórmula de Lacan '**O no pienso o no soy**' para ambos miembros de la pareja analítica y trata de una opción que

es posible por la operación transferencia y permite la producción de los pensamientos inconscientes, vía que permite acercarse a la verdad del deseo.

RELACIONES ‘

CAMBIO DE POSICIÓN’

En cuanto al ‘**Cambio de posición**’ que conllevan los sintagmas freudiano y lacaniano mencionados, se lo considerará con respecto a tres momentos privilegiados:

- entrada en análisis
- ante una verdad nueva
- pasaje de analizante a analista.

CONTRAPUNTO: ‘CANALLADA’

Por último, como contrapunto a los ejes organizadores, y “...*para hacer de sus escollos boyas de nuestra ruta*”,¹²³ incluyo una relación, que marca una postura definida por Lacan como ‘**canallada**’ y que constituye la antípoda de la ética que nos convoca y que está expresada en la premisa y en el deseo del analista.

PREMISA

El sujeto del psicoanálisis no es óntico, sino ético

Lo que considero premisa en tanto punto de partida de nuestra praxis, es la característica de que el sujeto que nos interesa en psicoanálisis es ético, el conflicto que lo agobia es moral. Debemos a la agudeza clínica de Freud, haber obtenido de la miríada de síntomas que aquejaban a sus consultantes el denominador común, reducir a su mínima expresión la naturaleza de lo que los atormentaba.

El ser humano, signado por una falta en ser estructural, no superable, es un ser de lenguaje y de deseo. El lenguaje lo separa de la determinación instintiva y, sin el amparo de que sus necesidades y objetos de satisfacción estén fijados

¹²³ Cf. Lacan, Jacques. *La dirección de la cura*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 568.

por la especie, se ve conminado a elegir, con la consecuencia de que está obligado a dar cuenta, a responder por lo que dice, lo que hace, lo que toma, lo que rechaza. Freud escucha en quienes lo consultan el sufrimiento de repudiar sus deseos sin poder, no obstante, desear de acuerdo con lo que 'se debe'.

EJES DEL TRABAJO ANALÍTICO **'Donde ello era, yo (el sujeto) debo advenir'**

El aporte inigualable de Freud, que dio nacimiento a la cura analítica, es haber encontrado el modo de acceder a un saber desconocido por el analizante y acercarse así a la verdad del deseo inconsciente, un deseo que se agita más allá de lo que puede alcanzar su discernimiento conciente. Diseña un dispositivo acorde a una clínica del deseo que permita ir a su encuentro allí, donde impera el mutismo pulsional que, en sordina, produce efectos. Poner a trabajar lo no sabido implica pasar del goce mudo a la palabra producida en asociación libre bajo transferencia. Se cumple así el imperativo freudiano que he planteado como uno de los ejes: **'Donde ello era, yo (el sujeto) debo advenir'**.

El novedoso planteo acerca de lo no sabido, provocó no pocos rechazos, atentaba contra la consistencia del saber que confiere la tranquilidad de que, cuando se sabe algo, se tiene la certeza de que se lo sabe. Agrede simultáneamente dos certezas: la del saber, y aquella de la que es solidaria, de la de ser.

Lacan trabaja intensamente las consecuencias que se derivan de la característica de que ese saber tenga estructura de lenguaje. La estructura en psicoanálisis no es completa, los elementos que en ella operan son significantes insustanciales que sólo pueden definirse por oposición a otros, su valor es posicional, en consecuencia, se necesitan al menos dos. De modo que la regla fundamental pone en marcha el discurso en el que está articulado el deseo inconsciente que el sujeto desconoce y que sin embargo, guía su proceder, determina su 'destino'.

Es en una estructura de lenguaje que el deseo encuentra un lugar, circula articulado entre los elementos, aunque sin obedecer a la mecánica que los rige. Si para Freud la dimensión moral nace del deseo y Lacan define la ley moral como el modo en que lo real se hace presente en lo simbólico, entonces de lo que se trata es de lo real del deseo, es decir, de aquello del deseo que lo simbólico de la experiencia analítica no consigue aprehender. En efecto, si el deseo siempre es resto entre necesidad y demanda, si no puede ser puesto en palabras, queda articulado pero no es articulable, es lo imposible que no cesa de no escribirse y, por lo mismo, insiste. Es decir que, como resultado de una operación simbólica, se originan efectos que van más allá de lo simbólico y no pueden ser asidos en ese registro. Afortunadamente, porque la ilusión es que al seguir hablando se encontrará la palabra justa que exprese el deseo. La ilusión de que podría ser posible conmina a seguir en movimiento.

Freud deriva una clínica acorde al sujeto y a la problemática que debe abordar y en la que ambos miembros de la pareja analítica deben obedecer reglas fundamentales para llevarla a cabo. Una clínica del deseo en un ser de lenguaje será en consecuencia una clínica de la escucha. Freud argumentaba: *“... ¿Qué otra cosa puede hacer el análisis sino adecuarse a su tela, al material que el enfermo le ofrece?”*¹²⁴

Estipula en consecuencia, una postura particular para quien pretenda escuchar ese padecimiento: neutralidad y abstinencia, no tomar partido en el conflicto, no postular guías para la vida, no dirigir al paciente. Freud entendió que el Soberano Bien a alcanzar para lograr y mantener la felicidad, no regía en su clínica; su práctica y su producción teórica dan cuenta de la postura ética que profesaba en su trabajo.

¹²⁴ Freud, Sigmund. “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial” (1926). Buenos Aires, Amorrortu, 1975, T. XX, pág. 194.

Deseo del analista

"Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista." ¹²⁵, frase formulada por Lacan cuando se ocupa de la dirección de la cura, entiende que la ética que la rige debe estar bajo la égida del deseo del analista, ese es por lo tanto, un pivote en torno al que gira la experiencia de la cura.

El lazo social propio de la relación de trabajo que se da en el encuentro analítico es el que Lacan formaliza como discurso del psicoanalista. El analista como semblante de *a*, asume en ese discurso el lugar de vacío propio de la estructura con que operamos en psicoanálisis, ofrece las condiciones para que advenga el sujeto del inconsciente, manteniendo reiteradamente la brecha de la división subjetiva del analizante, único sujeto en la experiencia analítica. Podemos decir que la posición y el discurso del analista formalizan como estructura las indicaciones de Freud para conducir la cura:

- la atención parejamente flotante correlativa de la regla analítica fundamental instituida para el analizado,
- no querer prestar atención a nada en particular,
- no seleccionar del material que escucha porque la selección obedece a sus determinantes y no a los del sujeto en análisis,
- no adjudicar mayor o menor importancia a priori a lo que escucha porque es sólo retrospectivamente que tomará su dimensión.
- abstinencia y neutralidad, respetar la índole moral del conflicto que enfrenta el analizante y aceptar que es el propio sujeto quien debe afrontarlo, hacer sus elecciones y responsabilizarse de sus opciones.

Se impone una cierta reserva frente a los términos del conflicto de quien demanda análisis porque nada nos autoriza a tomar decisiones por él, justamente, implicaría exiliar al sujeto del lugar en el que debe implicarse y desalojarnos como analistas del que nos corresponde. Si el sufrimiento neurótico tiene que ver con la angustia de no desear de acuerdo a los dictados del superyó, el analista que se salga de su lugar y ocupe la posición de amo lo

¹²⁵ Lacan, Jacques. *La dirección de la cura*, en "Escritos 2". Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 595.

estaría reforzando, no es dándole órdenes o argumentos racionales como conseguirá resolver el conflicto con el deseo, salvo transitoriamente y como efecto sugestivo. La división subjetiva es estructural, todo intento de usar la interpretación para hacer desaparecer la brecha, sería (además de ilusorio), un modo de sugestión que retrotrae a la época pre-analítica. Sólo como una maniobra calculada puede, en algún momento, oscilar de la posición de neutralidad.

Lacan, fiel a Freud, recomendaba al analista tratar de mantenerse en una posición análoga a la del supervisor, 'subjetividad segunda'.

En resumen, el analista no debe elegir por su paciente, no es al paciente a quien dirige, solo le está permitido, por su sumisión a la ética del psicoanálisis, respetar lo que su analizante elija, conservando, desde luego, la responsabilidad de dirigir la cura.

'O no pienso o no soy'

Este sintagma es el otro eje, da cuenta de que, en el proceso analítico, el analizante afronta su condición de falta en ser, porque el inconsciente no tiene sujeto, es sólo emergencia, producción en transferencia, de un saber *a*-subjetivo. El sujeto, para producirse, deberá pasar de la posición forzada de la alienación, que le da la ilusión de un ser al precio de desconocer sus procesos inconscientes, a la verdad de que hay pensamientos sin 'je', de que "*en el inconsciente, excluido del sistema del yo, el sujeto habla*".¹²⁶ ¿Qué hace que se mueva del confort relativo que obtiene de la certeza yoica para avanzar al encuentro de lo que le ofrece la operación verdad?

La ética no es del psicoanalista, es del psicoanálisis, y Lacan nos enseña que no es individualista. Solo el concurso de la transferencia posibilita que pase de aferrarse al ser que reniega del inconsciente, a los pensamientos inconscientes que revelan un saber del que el yo no puede dar cuenta. Si cambia a una

¹²⁶ Lacan, Jacques. *Homeostasis e insistencia*, en Seminario 2: "El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica" (1954-1955). Buenos Aires, Paidós, 1988, pág. 95.

posición tan poco tranquilizadora es porque el trabajo analítico se da bajo transferencia, en relación a otro, en un lazo social que Lacan llamó 'discurso del analista'. Movimiento posible al amparo del dispositivo analítico transferencia mediante. Podrá entonces 'dar su palabra', acceder a una palabra verdadera, aquella en que se implica y responder por lo dicho. La ética del 'bien decir' permitirá al sujeto cercar lo imposible de decir y 'advenir donde ello era' como reza el imperativo analítico.

RELACIONES

Cambio de posición

Paso ahora a las relaciones que pueden marcarse en lo que llamo **cambio de posición**, que se produce en algunos de los momentos privilegiados del proceso analítico de los cuales tomo los siguientes:

- la entrada en análisis
- ante una verdad nueva
- el pasaje de analizante a analista: de $\$$ a a

En principio hay que recordar que, en psicoanálisis, el que algo sea calificado como síntoma, depende de la evaluación que el propio sujeto hace, del mismo modo, el criterio de curación es subjetivo. Desde el inicio ya está presente el aspecto ético: solo puede determinarse que algo anda mal, en función de otro modo posible, considerado como bueno o como el que corresponde. Como vemos, la particularidad, sobre la que tanto se ha insistido a lo largo de este desarrollo, se extiende también a las nociones de síntoma analítico y de curación. En cuanto a la cura, en psicoanálisis no se asimila al criterio médico de restitución a un estado de salud previo, entendido como bienestar o normalidad. Es además, un proceso que tiene un límite, lo incurable, es una 'cura sin curación'. Por lo tanto, al hablar de curación hay que tener en cuenta cierta cantidad irreductible.

La entrada del paciente en análisis, es un esfuerzo ético de subjetivación por parte del analizante. El sintagma freudiano marca la entrada en análisis en tanto ordena que donde impera el goce del ello, surja la palabra del sujeto, así

conmina al analizante a que acepte conmover la armadura yoica que siente como su ser más auténtico y enfrente la división subjetiva, su estructural falta en ser.

El enorme poder de la transferencia, comparable al de la sugestión, solo puede desplegarse eficazmente a condición de no servirse de él, es decir, de que el analista se ubique en la posición de instrumento que la ética le manda. Agrega Lacan: *“A partir de ese momento ya no es al que está en su proximidad a quien se dirige, y ésta es la razón de que le niegue la entrevista cara a cara.”*¹²⁷

Por la magnitud de la apuesta en juego y su responsabilidad ética, es importante recordar que el analista no debe forzar al sujeto a ir más allá de donde quiere ir, en consonancia con la ética que lo rige, el analista respeta en cada caso la elección asumida por su analizante.

Ser fiel al deseo implica ir más allá del bienestar, es una travesía en soledad, en la que, sin el soporte de los ideales compartidos, el sujeto elige el camino de su deseo en una apuesta sin garantías. Experiencia trágica en tanto nadie asegura que la aspiración inicial de felicidad pueda ser finalmente alcanzada, y trágica también porque, aunque cualquiera de las opciones implica pérdida, sólo a posteriori se sabe qué se pierde. Se trata entonces de elegir sin saber qué se pierde, hasta que ya es tarde, se lo sabe retrospectivamente cuando está perdido, la única garantía es la de una pérdida segura. Sin embargo, es por la pérdida que algo es posible.

Ante una verdad nueva

Acceder a los significantes que lo determinan permite al sujeto la posibilidad de liberar el sentido, es decir, enfrentar el sin-sentido de esos determinantes que fijan en un determinado modo de ser, de elegir, de actuar, de posicionarse. Enfrentar que su verdad no es sino valor de verdad, establecida a partir de allí como axioma indiscutible. Así podrá enfrentarse a lo que había tomado como

¹²⁷ Lacan, Jacques. *La dirección de la cura*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 577.

determinación inevitable, lo que suponía necesario (que no cesa de escribirse), aquello que entendía era el destino al que estaba condenado, y podrá entonces descubrir que lo que tomaba como una verdad incuestionable, como el axioma que regía su vida, no era sino una contingencia, algo que cesó de no escribirse, algo frente a lo que se puede tener una mirada diferente y que puede también, cesar de escribirse o escribirse de otro modo. Sale de la determinación para pasar a la elección y a la responsabilidad de asumir su deseo.

*“Para llegar [...] mas allá de la reducción de los ideales de la persona, es como objeto a del deseo, como lo que ha sido para el Otro en su erección de vivo, como el wanted o el unwanted de su venida al mundo, como el sujeto está llamado a renacer para saber si quiere lo que desea... Tal es la especie de verdad que con la invención del análisis Freud traía al mundo. Es este un campo donde el sujeto, con su persona, tiene que pagar sobre todo el rescate de su deseo. Y es en esto en lo que el psicoanálisis exige una revisión de la ética.”*¹²⁸

Será posible entonces la separación de lo que fue para el deseo del Otro, se abre un margen de maniobra posible para el sujeto.

Lacan expresa de una manera luminosa la relación con lo que llama una verdad nueva diciendo que ‘Donde ello era, yo debo advenir’, tiene que ver con *“una de las verdades fundamentales que Freud volvió a encontrar por medio del psicoanálisis: Es que a una verdad nueva, no es posible contentarse con darle su lugar, pues de lo que se trata es de tomar nuestro lugar en ella. Ella exige que uno se tome la molestia. No se podría lograr simplemente habituándose a ella. Se habitúa uno a lo real. A la verdad, se la reprime”*.¹²⁹ Evidentemente, el sintagma freudiano nos convoca a tomar un lugar, el lugar donde ‘ello era, si el sujeto debe advenir es porque en principio no está, y para lograrlo se impone un trabajo consistente en un ‘deber decir’, pasar del goce a la palabra. Cuando pueda implicarse en lo que dice bajo transferencia,

¹²⁸ Lacan, Jacques. *La dirección de la cura*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 662.

¹²⁹ Lacan, Jacques, *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003, pág. 501.

podemos afirmar que el cambio de posición ha operado. El imperativo moral que acuña Freud y que marca la entrada en análisis, no se refiere al yo, a la conducta, sino a lo dicho, y es en torno a lo dicho que se desarrolla el trabajo analítico.

Cuando Lacan formula la pregunta '*¿Has actuado conforme al deseo que te habita?*'¹³⁰, plantea un interrogante válido para el analizante pero también para el analista en su práctica. Pone el acento en lo actuado y la respuesta es la responsabilidad por las consecuencias que se derivan de dirigir la cura, de asumir la función 'deseo del analista'. El discurso del analista aspira a conmover la certeza del ser al que se aferra el sujeto, haciendo apariencia de objeto *a*, objeto faltante, y estimulando el trabajo de decir en torno a ese agujero.¹³¹ El analista toma apariencia de objeto, del que se prescindirá cuando quede en evidencia que el objeto-*causa* es en realidad un vacío de objeto, la falta misma es *causa*.

Pasaje de analizante a analista: de \$ a *a*

Mencioné el cambio de posición que acompaña la entrada en análisis y la que implica enfrentarse a una 'verdad nueva', sin embargo, el cambio más significativo es el que se da con el final de análisis cuando el analizante deviene analista porque, en ese punto del proceso, el analista no será ya sino el resto de consistencia supuesta, que se desecha por inconsistente. Es el caso del paso de analizante a analista porque precipita un momento de concluir, el analista será derrocado como resto de una operación terminada y dará paso a un cambio de posición, asumir si así lo elige, la función deseo del analista. Si toma esta opción, no estará ya como \$, pasará a sostener un discurso por el que pagará con su persona, su palabra y un juicio sobre la acción que lleva a cabo, la dirección de la cura. El intento de dar cuenta de lo

¹³⁰ Cf. Lacan, Jacques. *Las paradojas de la ética o ¿Has actuado en conformidad con tu deseo?*, en Seminario 7: "La ética del psicoanálisis" (1959-60). Buenos Aires, Paidós, 2005, pág. 370.

¹³¹ Cf. Verhaeghe, Paul. *Lacan y el discurso de la histérica*, en "¿Existe la Mujer?". Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 153 y Braunstein, Néstor. *Goce y ética en la experiencia psicoanalítica*, en "Goce". México, Siglo XXI Editores, 1998, pág. 214.

real de la experiencia analítica, no produce cambio alguno en lo real pero, sin embargo, lo cambia todo para el sujeto.

Lo que antecede está en la antípoda lo que he llamado contrapunto de la premisa y del deseo del analista, se trata de la postura que Lacan denuncia como canallada.

Contrapunto: Canallada

Para cerrar este recorrido por la ética que nos rige, quisiera enfatizar la importancia de la postura que constituye la antípoda y que por sus consecuencias nefastas también orienta nuestra práctica. La incapacidad de sostener el dispositivo lleva al abuso de poder.

En la misma línea, me interesa particularmente la claridad no desprovista de fuerza con que lo expone en un solo párrafo Diana Rabinovich:

*“Cuando el analista no asume su papel, su posición en ese campo de espera donde deberá vencer la guardia del analizante, se esboza un riesgo grave: usar ese campo, en el que se dibujan las figuras del deseo del Otro que pueden captar el deseo del analizante, para sus propios fines. Lacan no se anda con miramientos para caracterizar este uso del deseo del Otro en psicoanálisis: lo llama canallada.”*¹³²

Por el contrario, si nos atrevemos a aventurarnos más allá de la zona en que, queremos suponer, se goza de las garantías del Otro, nos enfrentamos con una travesía donde la única garantía que se nos ofrece, es la de la ética del psicoanálisis. De acuerdo al desarrollo precedente, no es poco.

¹³² Rabinovich, Diana y otros. *El deseo del psicoanalista: una propuesta ética*, en Arenas, G. y otros. “Los rostros de la transferencia”. Buenos Aires, Manantial, 1994, pág. 59-60.

BIBLIOGRAFÍA

- Albornoz, Eduardo. "Sobre el grupo de Klein" Acheronta. Revista de Psicoanálisis y cultura. Número 17, Julio 2003, www.acheronta.org
- Braunstein, Néstor. "Goce" México, Siglo XXI Editores, 1998.
- Brodsky, Graciela. "El acto psicoanalítico y otros textos." Bogotá, Nueva Escuela Lacaniana, 2002, pág. 157.
- Cosentino, Juan Carlos. "La práctica de los analistas". Trabajo presentado en el Coloquio 'El deseo del analista'. Mendoza, 2004. También en su trabajo "Análisis, institución".
- Cottet, Serge. Freud y el deseo del psicoanalista. Buenos Aires, Manantial, 1988.
- Chemama y Vandermersch. "Diccionario del psicoanálisis", Buenos Aires, Amorrortu, 2004.
- Dickstein, María. *El alma bella y la ética del psicoanálisis*, en "Acerca de la ética del psicoanálisis". Buenos Aires, Manantial, 1990.
- Eidelsztein, Alfredo. *La sublimación entre Freud y Lacan*, en "Acerca de la ética del psicoanálisis". Buenos Aires, Manantial, 1990.
- Evans, Dylan. "Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano", Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Freud, Sigmund. *Proyecto de psicología (1895)*. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo I, 1986.
 - Sobre la psicoterapia de la histeria*, en "Estudios sobre la histeria" (J. Breuer y S. Freud) (1893-95). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo II, 1985.
 - El sueño es un cumplimiento de deseo y Los sentimientos éticos en el sueño* en "La interpretación de los sueños (primera parte)" (1900). Amorrortu, Buenos Aires, Tomo IV, 1987.
 - Sobre psicoterapia* (1905). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo VII, 1987.
 - El método psicoanalítico de Freud* (1904). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo VII, 1987.
 - Sobre el psicoanálisis 'silvestre'* (1910). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XI, 1986.

- Sobre la dinámica de la transferencia* (1912). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XII, 1986.
- Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)* (1915). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XII, 1986.
- Recordar, repetir y reelaborar. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)* (1914). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XII, 1986.
- Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)* (1913). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XII, 1986.
- Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (1912). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XII, 1986.
- 6ª conferencia. Premisas y técnicas de la interpretación*, en “Conferencias de introducción al psicoanálisis”. Parte II. El sueño (1916). Buenos Aires, Amorrortu tomo XV, 1989.
- 9ª conferencia. La censura onírica*, en “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (1916-17). Buenos Aires, Amorrortu tomo XV, 1989.
- 14ª conferencia. El cumplimiento de deseo*, en “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (1916-17). Buenos Aires, Amorrortu tomo XV, 1989.
- 27ª conferencia. La transferencia*, en “Conferencias de introducción al psicoanálisis”. Parte III. Doctrina general de las neurosis (1917). Buenos Aires, Amorrortu tomo XVI, 1975.
- 28ª conferencia. La terapia analítica*, en “Conferencias de introducción al psicoanálisis” Parte III. Doctrina general de las neurosis (1917). Buenos Aires, Amorrortu tomo XVI, 1975.
- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras” (1932-1936). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XVI, 1975.
- “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XVII, 1975.
- ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* (1919). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XVII, 1975.
- Más allá del principio del placer* (1920). Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XVIII, 1975.

- La responsabilidad moral por el contenido de los sueños*, en “Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto” (1925). Buenos Aires, Amorrortu, tomo XIX, 1979.
- Presentación autobiográfica (1925)*. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XX, 1975.
- ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial (1926)*. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XX, 1975.
- El malestar en la cultura (1929)*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, Tomo XXI, 1988.
- La técnica psicoanalítica*, en Esquema del psicoanálisis (1938). Parte II. La tarea práctica. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo XXIII, 1986.
- Lacan, Jacques. *Intervención sobre la transferencia*, en “Escritos 1”. México, Siglo XXI Editores, 2003.
 - Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, en “Escritos 2”. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
 - Función y campo de la palabra. Apartado III. Las resonancias de la interpretación y el tiempo del sujeto en la técnica psicoanalítica*, en “Escritos 1”, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
 - La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.
 - La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.
 - Variantes de la cura tipo*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.
 - La dirección de la cura y los principios de su poder*, en “Escritos 2”. México, Siglo XXI Editores, 2003.
 - La ciencia y la verdad*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.
 - Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.
 - Observación sobre el informe de Daniel Lagache*, en “Escritos 2”. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
 - El psicoanálisis y su enseñanza*, en “Escritos 1”. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2003.

- “El saber del psicoanalista.” Charlas en Sainte Anne (1971–1972).
- “El triunfo de la religión”. Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Seminario 7: “La ética del psicoanálisis” (1959-1960). Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Seminario 8. La transferencia. Paidós, Buenos Aires, 2003.
- La esquizia del ojo y la mirada*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977.
- La sexualidad en los desfiladeros del significante*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977.
- Del sujeto de la certeza*, en Seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964). España, Barral Editores, 1977.
- Seminario 14: “La lógica del fantasma” (1966-1967). Inédito.
- Seminario 15: “El acto analítico” (1967-1958). Inédito.
- El amo y la histérica*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980) Buenos Aires, Paidós, 2006.
- La impotencia de la verdad*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980). Paidós, Buenos Aires, 2006,
- Saber, medio de goce*, en Seminario 17: “El reverso del psicoanálisis” (1979-1980). Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Méndez, Miguel. *De los bienes*, en Bekerman, J. y otros, “Acerca de la ética del psicoanálisis”. Buenos Aires, Manantial, 1990.
- Miller, Jacques-Alain, “Matemas I”. Buenos Aires, Manantial, 1987.
- “Matemas II”. Buenos Aires, Manantial, 1994.
- La transferencia. El sujeto supuesto al saber*, en “Recorrido de Lacan. Ocho conferencias”. Buenos Aires, Manantial, 1987.
- “Lógicas de la vida amorosa”. Buenos Aires. Manantial, 1991.
- Patología de la ética*, en “Lógicas de la vida amorosa”. Buenos Aires, Manantial, 1991.
- Miller, Rabinovich. Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma. Buenos Aires, manantial, 1992.
- Rabant, Claude. *Estrategias del análisis*, en “Inventar lo real”. Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.

-Rabinovich, Diana y otros. *El deseo del psicoanalista: una propuesta ética*, en Arenas, G. y otros. "Los rostros de la transferencia". Buenos Aires, Manantial, 1994.

-*Modos lógicos y amor*, en "Modos lógicos del amor de transferencia." Buenos Aires, Manantial, 1992.

-"El deseo del psicoanalista. Libertad y determinación en psicoanálisis". Manantial, Buenos Aires, 1999.

-*Ética del psicoanálisis e inconmensurabilidad*, en Bekerman, J., "Acerca de la 'Ética del psicoanálisis'". Buenos Aires, Manantial, 1990.

-*Ética y topología del deseo*, en "Modos lógicos del amor de transferencia". Buenos Aires, Manantial, 1992.

-"Una clínica de la pulsión, las impulsiones". Buenos Aires, Manantial, 1992.

-Safouan, Moustapha. "Lacanianana I: Los seminarios de Jacques Lacan, 1953-1963". Buenos Aires, Paidós, 2005.

-Safouan, Moustapha. "Lacanianana II: Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979". Buenos Aires, Paidós, 2008.

-Verhaeghe, Paul. "¿Existe la Mujer?" Buenos Aires, Paidós, 1999.

ANEXO: MAPAS MENTALES

